CUENTOS

Joaquín Gallegos Lara

Los relatos que conforman el presente libro aparecieron, junto con *Las Cruces sobre el agua*, en un solo volumen, titulado *Obras escogidas* editado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana, núcleo del Guayas en 1981.

Parte de los cuentos, particularmente aquellos relacionados con la vida del montubio, fueron publicados en la obra *Los que se van*, en la que actuaron como coautores de Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert y

Demetrio Aguilera Malta y en la que cada autor aportó con ocho relatos. Sin embargo, en *Obras escogidas*, aparecen más de 20 relatos que permiten conocer más a fondo la narrativa de Joaquín Gallegos Lara.

E.D.E

Joaquín Gallegos Lara

Cuentos

Versión EPUB. Abril 2012, Editora Digital Ecuador

http://literaturaecuador.blogspot.com

El Guaraguao

Era una especie de hombre. Huraño, solo. No solo: con una escopeta de cargar por la boca y un guaraguao.

Un guaraguao de roja cresta, pico férreo, cuello aguarico, grandes uñas y plumaje negro. Del porte de un pavo chico.

Un guaraguao es, naturalmente, un capitán de gallinazos. Es el que huele de más lejos la podredumbre de las

bestias muertas para dirigir el enjambre.

Pero este guaraguao iba volando alrededor o posado en el cañón de la escopeta de nuestra especie de hombre.

Cazaban garzas. El hombre las tiraba y el guaraguao volaba y desde media poza las traía en las garras como un gerifalte.

Iban solamente a comprar pólvora y municiones a los pueblos. Y a vender las plumas conseguidas.

Allá le decían "Chancho-rengo".

—Ej er diablo er muy picaro pero siace er Chancho-rengo...

Cuando reunía siquiera dos libras de plumas se las iba a vender a los chinos dueños de pulperías.

Ellos le daban quince o veinte sucres por lo que valía lo menos cien.

Chancho-rengo lo sabía. Pero le daba pereza disputar. Además no necesitaba de mucho para su vida. Vestía andrajos. Vagaba en el monte.

Era un negro de finas facciones y labios sonrientes que hablaban poco.

Suponíase que había venido de Esmeraldas. Al preguntarle sobre el guaraguao decía:

—Lo recogí de puro fregao... Luei criao dende chiquito, er nombre ej Arfonso.

—¿Por qué Arfonso?

—Porque así me nació ponesle.

Una vez trajo al pueblo cuatro libras de plumas en vez de dos. Los

chinos le dieron cincuenta sucres.

Los Sánchez lo vieron entrar con tanta pluma que supusieron que sacaría lo menos doscientos.

Los Sánchez eran dos hermanos. Medio peones de un rico, medio sus esbirros y "guardaespardas".

Y, cuando gastados ya diez de los cincuenta sucres, Chancho-rengo se iba a su monte, lo acecharon.

Era oscuro. Con la escopeta al hombro y en ella parado el guaraguao, caminaba.

No tuvo tiempo de defenderse. Ni de gritar. Los machetes cayeron sobre él de todos lados. Saltó por un lado la escopeta y con ella el guaraguao.

Los asesinos se agacharon sobre el caído. Reían suavemente. Cogieron el fajo de billetes que creían copioso.

De pronto Serafín, el mayor de los hermanos, chilló:

—¡Ayayay! ¡Ñaño, me ha picao

una lechuza!

Pedro, el otro, sintió el aleteo casi en la cara. Algo alado estaba allí, en la sombra. Algo que defendía al muerto.

Tuvieron miedo. Huyeron.

Toda la noche estuvo Chanchorengo arrojado en la hojarasca. No estaba muerto: se moría.

Nada iguala la crueldad de lo ciego y el machete meneado ciegamente le dejó un mechoncillo de hilachas de vida.

El frío de la madrugada. Una cosa pesaba en su pecho. Movió —casi no podía— la mano. Tocó algo áspero y entreabrió los ojos.

El alba floreaba de violetas los huecos del follaje que hacía encima un techo.

Le parecía un cuarto. El cuarto de un velorio. Con raras cortinas azules y negras.

Lo que tenía en el pecho era el guaraguao.

—¿Ajá eres vos, Alfonso? No... No... me comas... un... hijo... no... muesde... ar... padre ... loj... otros...

El día acabó de llegar. Cantaron los gallos de monte. Un vuelo de chocotas muy bajo: muchísimas. Otro de chiques, más alto.

Una banda de micos de rama en rama cruzó chillando.

Un gallinazo pasó arribísima.

Debía haber visto.

Empezó a trazar amplios círculos

en su vuelo. Apareció otro y comenzó la ronda negra.

Vinieron más. Como moscas. Cerraron los círculos. Cayeron en loopings. Iniciaron la bajada de la hoja seca.

Estaban alegres y lo tenían seguro.

¿Se retardarían cazando nubes?

Uno se posó tímido en la hierba, a poca distancia. El hombre es temible aún después de muerto.

Grave como un obispo, tendió su cabeza morada. Y vio al guaraguao.

Lo tomaría por un avanzado. Se halló más seguro y adelantóse. Vinieron más y se aproximaron aleteando. Bullicio de los preparativos del banquete.

Y pasó algo extraño.

El guaraguao como gallo en su gallinero atacó, espoleó, atropelló. Resentidos se separaron, volando a medias, todos los gallinazos. A cierta distancia parecieron conferenciar:

¡qué egoísta! ¡Lo quería para él solo!

Encendía la mañana. Todos los intentos fueron rechazados. Un chorro verde de loros pasó metiendo bulla. Los gallinazos volaron cobardemente más lejos.

Al medio día la sangre del cadáver estaba cubierta de moscas y apestaba.

Las heridas, la boca, los ojos, amoratados.

El olor incitaba el apetito de los viudos. Vino otro guaraguao.

Alfonso, el de Chancho-rengo, lo esperó, cuadrándose. Sin ring. Sin cancha. No eran ni boxeadores ni gallos. Encarnizadamente pelearon.

Alfonso perdió el ojo derecho pero mató a su enemigo de un espolazo en el cráneo. Y prosiguió espantando a sus congéneres.

Volvió la noche a sentarse sobre la sabana.

Fue así como...

Ocho días más tarde encontraron

el cadáver de Chancho-rengo. Podrido y con un guaraguao terriblemente flaco —hueso y pluma — muerto a su lado.

Estaba comido de gusanos y de hormigas; no tenía la huella de un solo picotazo.

1929

Er sí, ella no

I

Contra la hoja del machete, empañándola con el aliento, tendido en el fondo de la canoa, decía palabras de cólera, de odio, de pasión.

El agua del río era de oro sucio. Herida por la luz solar partíase en millares y millares de espejos de cobre pulido. La canoa balumosa se

movía con el chis-chas de las leves olas en sus costados.

De la orilla seguramente la creerían vacía.

Acostado en el fondo, Chombo se dejaba llevar aguas abajo.

Sin dirigir a la caprichosa, besando y hablando al machete:

—Erej vos er fiel. ¡Er limpio! ¡Como er cariño que lei tenido! Y con vos vo a cobrármelas... Amarraos quisiea cogerlos...

Bajaba la marea. La canoa iba a favor. Del cielo sin nubes el sol caía en plomada. Bajo el ramaje, entre las barbas del bejuco, amontonábase la sombra azul.

—Esgraciao...

Se levantó y envainando el machete empuñó el remo. Dirigida, la canoa levantó su seno embreado de guachapelí. A poco varaba en una playita.

Una vez varada la canoa se metió entre los mangos. Sus pies desnudos

parecían alados. Ni un rumor arrancaban de las hojas muertas.

Vio su casita entre lo verde, por el lado de atrás. El lavadero de tablas. Debajo del piso un tronco a medio leñar, con su hacha clavada en él, colgado de unas estacas se secaba un chayo. Sombra floreada de luz y desgarrada por el ronquido de los chanchos que hozaban por allí.

—¡Nuei de vorver a ver esto! ¡Tengo quirme! ¡Tarbés hacesme vaporino! Rodar quién sabe pa

onde...

Los debía matar. Sí: a él, afuera, en la manga real, como hombre.

A ella, como a una perra. Adentro, en cualquier parte.

Se escondió porque veía amarrado a la puerta, por el otro lado, el caballo de Juan...

Un vuelo de catarnicas pasaba rozando los pechiches. Los olleros silbaban y silbaban. Como llamando a un viajero imaginario. Tibiamente el sol pegaba horizontal sobre la

muralla alta de los cañales.

II

—¡Juan!

—¡Chombo!

—¡Baja der caballo! Quiero peliar con vos. ¡Jalarme ar puñete, ar machete, quiero bebeste la sangre!

Entrecortado y nervioso; lenta y opaca la voz hablaba. Lo había esperado afuera.

Y se encontraban. Lo inevitable

tras el engaño hacía meses.

—Aguajda... ¿Por qué?

—Vos lo sabes... No tiagas er candilejón... No me insultes más u te vo a matar pior quia culebra...

—Pero...

—¿Y Chabela? ¿Chabela? ¿Dónde vienes ahoritita? ¿Onde has estao todoi mardecido, hijo e perra? crees que no tei visto...

Los insultos le azotaron la cara esta vez. Era como cruzar a pie un

brusquero de plazartes. La sangre le corrió más fuerte. Tal que al salir con frío de tembladera, un lapo de mayorca.

—Güeno pué: De vos es la culpa...

Juan en tierra.

La tarde había cerrado. Las masas negras de la huerta envolvían todos lados. La vuelta de la manga era propicia.

—Tamo sólidos, po aquí naiden pasa.

Sin hablar más enrollaron los ponchos y desenvainaron.

—¡Guarda er jierro!

Desarrugaban las caras. Salpicaron las burlas como espumas de aguaje en barrancos demasiado altos. Los grandes rabones tocaban arrebato.

—Para u t'ensarto,

—Ejta pa vos.

Un choque enorme. A tajos gigantes. Amenazando ya la frente, ya

los pies. Alzándose, bajándose, engañándose; siempre ágiles a pesar del peso.

Canción del acero. Del músculo de caucho. Canción de los senos de ella, broncíneos y veteados de violeta, terminados en punta palo-rosa.

La chispa en la sombra. El sudor chorreando y mezclándose al vértigo como un tibio claro de jora que anublase la cabeza.

La rabo de hueso que salta con

bruscos coletazos negros en los ojos traidores de la mujer.

III

Tac... Tac.. Tac...

Resonaban rápidos los cascos sin herrar en la tierra blanda.

Chombo había vencido. Se mareaba.

Una plasta de vaca traidora. Juan perdió pie, agitó los brazos desesperadamente y descubriéndose.

Chombo quiso parar. No era así como quería matarlo. Fue tarde.

—Me jodist...

La punta que se robaba toda la luz errante de la noche pálida, se bañó desnuda en el río de la noche roja de la sangre. El pescuezo quedó cortado más de la mitad.

—¡Lei volao er pescuezo, caracho!

Entre borbotones estertoraba ronquidos.

Chombo se arrodilló a su lado. Le alzó la cabeza. Le miró los ojos en blanco y experimentó una sacudida a sus sacudidas. Ya no le tenía odio.

Lo dejó descansar en el suelo y se palpó la camiseta empapada, pegajosa. Sentía coágulos en el vello del pecho y pringues en la cara. Guardó el machete sin limpiarlo.

Le dio horror la sangre y asco del muerto.

Cogió de la rienda el caballo del

otro y montó. Su cabeza era un incendio en la montaña.

Los casos del caballo sonaban; sonaban no sabía si en la tierra, en el aire, en el monte o dentro de él.

Tac... Tac... Tac.

IV

Llegó a la orilla del estero. Era tarde de la noche. No hacía frío. Más bien un vaho cálido se alzaba del monte veranero tostado de sol en los

días.

Las estrellas se agachaban p' abajo.

Un gran silencio.

¡Y qué angustia! ¡Qué dolor de cabeza! ¡Qué asco!

Se quitó la cotona desgajada y la echó a un lado junto al poncho. Se arrancó casi la camiseta. Desnudo se tiró al agua.

Nadaba firme. Había nacido nadando o lo creía. Y el agua fresca

confortaba su fiebre.

La sangre sucia se le fue desprendiendo y sin saberlo le parecía purificarse. Se abría lejos; sin temer a los lagartos. Ni revesas ni palizadas.

Se hundía en las pozas, abajo, muy abajo. Donde el agua es lamosa "como pellejo e camarón" y aprieta "como tenaza de cangrejo".

Y pensó en ella.

... Por ella había matado. Se había esgraciao y le daba miedo

pensarlo. Mas: ¿lo valía ella?

¡Ah! sí: lo sentía. A pesar de todo se volvía a su recuerdo como las guantas heridas a los brusqueros donde anidan.

La evocaba. Braceando en contra para aturdirse en la furia continua de la correntada.

Tuvo, palpable y ruda, la sensación de la mujer; de sus manos suaves que le alisaban el pelo arisco.

—Zambo...

Y la dulzura de esa boca le fue necesaria como el agua para la sed.

Entre la tibieza líquida —¿era fría? ¿era tibia aquella agua del estero a media noche?— su carne se levantó llamando a las caricias de siempre. Estaba cerquita de la casa. Conocía: hacia el lado ese del haz de caña brava. A una cuadra quizás.

Nadó al sitio donde dejara la ropa. Se puso el pantalón y lo demás lo amarró al pesado machete y lo arrojó al fondo.

Estuvo en la casa. Subió los cuatro guacayes que eran los escalones.

Empujó la puerta junta... Buscaba a tientas. Teniendo cuidado de no hacer ruido al pisar las cañas del piso.

Al fin llegó a la tarima donde dormían.

Tanteó encima. Ella estaba virada de lado. Cara a la pared. Tapada hasta la cintura con una frazada. En su mano topó la tersura

de la nuca. Se tendió a su lado, a lo largo de ella, con la boca junto a su oído.

—Chabela.

—¿Eres vos, Chombo? Mi has asustao...

Pasó su brazo bajo el cuerpo de ella. Le cogió por dentro de la camisa los senos en las palmas de las manos...

—Aguajda —dijo ella— quitando la frazada y dándole los labios al ponerse sobre la espalda.

Preguntaba:

—¿Cómo has llegao?

—Dende que vendí la fruta.

—Mi había quedao dormida. Jue con vaciante ¿no?

El movimiento hacía sonar el piso. Las mentes se apagaban de placer.

—¿Acabaste, mijito?

Le habló él sordamente. Estando aún enlazadas sus carnes desnudas.

—Oye, Chabela... Voj eres una puta. Pior quiuna perra. Pero te quiero, te quiero muchísimo. Por vos mei esgraciao... Por vos hei matao a Juan... Ar que me robaba esto...

La sintió saltar como lisa en atarraya. Al choque se desprendió el lazo de carne que los unía. El aliento caliente de ella se le vertió en la cara.

—Mardita sea, .. ¿Qué ices?

—Que luei matao... A Juan, a Juan, Ar que me robaba esto —la

nerviosa mano le apretaba entre las piernas— y hay que fugar. Ar Guayas... Lejos. Lejos... Onde sea... Hay que fugar.

Un pájaro, entre el monte, a distancia, cantaba:

—Bujío...

¡Era la mama!

I

No supo cuántas cuadras había corrido. A pie. Metiéndose en los brusqueros. Dejando tiras de carne en los grises y mortales zapanes de las alambradas.

—¡Para, negro mardecido!

—Dale vos la vuerta por ahí.

—Ha sido ni venao er moreno.

Jadeaba y sudaba frío. Oía tras él los pasos. Y el casco bronco del caballo del capitán retumbaba en el muelle piso del potrero.

—Aquí sí que...

El viento se llevaba las palabras. Al final del potrero había una mancha de arbolillos. Podría esconderse. ¡Aunque eran tan ralas las chilcas y tan sin hojas los guaramos!

—Riss... Riss...

En las orejas se le reían los balazos. Y el golpe de la detonación de los mánglicher le llegaba al pecho: porque eran rurales.

Más allá de los árboles sonaba el río... Gritaban unos patillos.

—Er que juye vive...

¿Se estaban burlando de él?

—En los alambres me cojen.

El puyón del viento le zumbaba en las orejas.

—Manque deje medio pellejo yo

paso...

Metió la cabeza entre los hilos de púas. Una le rasgó la oreja. Las separó cortándose los dedos, chorreaba tibia la sangre por las patillas, por las sienes. Se le escapó el hilo de arriba cerrando la cerca sobre él. De un tirón pasó el torso dibujándose una atarraya de arañazos en las espaldas negras.

—Deje er caballo pa pasar —advertían atrás montado. Una patada en las nalgas lo acabó de hacer pasar

la cerca. Se fue de cara en la hierba.

—¡Ah! Hijo de una perra.

Esta vez la bota del rural le sonó como un campanillazo al patearlo en la oreja. En la ya rasgada.

Se irguió de rodillas. La culata del rifle le dio de lleno en el pecho. Las patadas lo tundían.

—Ajá, yastás arreglao...

Pero era un mogote el negro. Rugía como toro empialado. Y se agarró a las piernas del otro

fracasándolo de espaldas. Quiso alzarse y patear también. Veía turbio.

Se culebreó sobre el caído. Forcejeaban sordamente.

—Ajá.

Lo tenía. Le había metido los dedos en la boca. Él otro quería morder. El negro le hundía las manos abriéndole la boca sin sentir el dolor de los dientes. Y súbito tiró. Las mejillas del rural le dieron un escalofrío al rasgarse. Chillaron como el ruan que rasgan las mujeres

cosiendo. Al retirar las manos sangrientas oyó que la voz se le iba. No tenía boca. Raigones negruzcos de muelas y de dientes reían. Se llevaba las manos a la cara recogiendo las piltrafas desgajadas.

—¡Ah! Hijo de una perra...

De todos lados las culatas y las botas le llovían golpes. Giró el negro los ojos blanqueantes. Agitó la bemba. Quería hablar. Los miró a todos en torno allí de rodillas. ¡Recordó que todo había sido por el

capitán borracho y belicoso! Se cubrió la cara con el brazo y cayó otra vez.

—¡Ah, mardecido!

—¡Lo ha fregao a Rangel!...

—Démosle duro.

—¡Negro mardito! Bailaban sobre el cadáver.

II

—Hey, señora.

Del interior de la casa respondían. Se oían pasos.

—A ver... ¿Qué jue?

—Una posadita...

—¿Son rurales?

—Sí ¿Y qué?

—Bueno, dentren nomás.

Brilló un candil sobre la cabeza de la vieja negra. El grupo kaki claro al pie de la casucha semejaba una hoja de maíz entreabierta. Hablaban entre ellos:

—Déjenlo ahí guardao adebajo er piso.

—Era de habeslo enterrao allá mesmo todoi... Onde cayó.

—Mañana lo enterramo. Anden. Cuidao se asusta la vieja.

Subieron ruidosamente. El cuerpo del negro muerto a patadas hizo una pirueta y cayó montado en el filo de los guacayes horizontales del chiquero. Bajo el piso.

Apoyaban los rifles cañón arriba

en las paredes. El capitán se sentó en la hamaca. Ya se le había pasado la borrachera que lo hizo disputar con el negro. Los otros se acomodaron en bateas boca abajo. En el baúl. Donde pudieron.

—¿Han comido?

—Ya, señora.

—Pero argo caliente ¿un matecito e café puro con verde asao?

—Si usté es tan güena...

—Petitaa... ¿Ta apagao er fogón?

Del cuarto interior salió la muchacha.

—No tuavía, mama.

—Entonce vamo a'sar unos verdes y un poquito e café puro pa los señores...

La muchacha había hecho encenderse los pai-pais de los ojos del capitán.

—Oye "Pata e venao", trai la damajuanita e mayorca. Pa ponesle un poquito en er café puro e la

señora y de usté tamién, niña... niña Petita ¿no? No pensaba habesme encontrao po aquí con una flor de güenas tarde como ella...

Petita reía elevando el traje rosado con la loma de su pecho duro, al respirar. E iba y venía con un ritmo en las caderas que enloquecía al rural.

Después del café puro hubieran conversado un rato con gusto. La vieja negra cortó:

—La conversa ta muy güena...

pero ustede dispensarán que nos vayamo pa dentro a acostarno yo y mija... Tenemos que madrugás... porque tarbés amanezca aquí mijo que llega e Manabí mañana... Ahí les dejo er candil.

La puerta de ocre oscuro, de viejas guadúas latilladas, se cerró. Sus bisagras de veta de novillo chirriaron. Los rurales la miraban con ojos malos. El capitán los detuvo con el planazo de su mirada:

—Naiden se meta... La fruta es

pa mí. Y pa mí sólo ta que se cai de la mata...

Ella le había guiñado el ojo. Apagó el candil. Por la caña rala de las paredes salían ovillos de amarillenta claridad. Pegó la frente febril a las rendijas frías.

—Se está esvistiendo...

Miraba, tendida atrás la mano deteniendo a los otros. Cruzó en camisón la vieja hasta la ventana con un mate en la mano. A verterlo afuera. Y ágil metió por la puerta

entornada la cabeza el hombre. Una seña violenta y breve: vendré. Espérame. La Petita apretó púdica el camisón, medio descubierto, contra el seno. Sonrió: sí.

La vieja, sin darse cuenta de nada, se metió bajo el toldo colorado de la talanquera del frente. Apagando su candil.

Una hora más tarde crujía la puerta.

Y crujía la talanquera de Petita.

La vieja roncaba. Los rurales

soñaban en la cuadrita con la suerte de su jefe.

III

—¡Señora, muchísimas gracias. Y nos vamos que hay que hacer en er día!

Petita se sonreía con el capitán a espaldas de la vieja. Uno dijo:

—¿La joven es casada u sortera?

—Ta separada el esposo —aclaró la madre.

—Y, una cosa, señora, pa saber a quién agradecesle, ¿cómo es su gracia?

—Panchita e Llorel.

Petita ve al herido —al de la cara desgarrada en la lucha de ayer —y pregunta:

—¿Qué jue eso, capitán?... Como anoche no ley visto...

—Jue antier una pelea...

—¡Pero qué bruto er que se lo hizo! Sería con navaja...

—No, con los dedos...

—¡Jesús! Lo han dejao guaco pa toda su vida...

Bajaron. Ya era claro. La manga húmeda brillaba como si hubiera llovido del sereno. Cantaban caciques en los ciruelos de las cercas.

Las dos mujeres empezaban sus quehaceres. A Petita le dolían las caderas: ¡es que tres veces!

—Oite, Petita... Baja a ver ar

chancho que ha estao moviéndose y hozando toda la noche...

Bajó Petita y la oyó gritar la madre:

—Mama, mama, estos marvaos le han echao un muerto ar chancho... Venga... Eso es lo que ha estao comiendo toda la santa noche... ¡Jesús! ¡San Jacinto lindo! Venga.

—¡Ar fin rurales! Son la plaga: con razón nuey dormido nadititа: y antes que no han querido argo pior con vos...

Acudió. Como cluecas rodearon el chiquero. No sabían de dónde empuñar el cuerpo mancornado con la cara sumergida en el lodo. Comido por el cuello. Por el pecho. Descubiertas las costillas.

—¡Pero qué mardecidos!... De adeveras: ar fin rurales... ¿Y quién será er pobre hombre este?

Por un brazo lo pudieron alzar. La camiseta tenía mucha sangre. Pero el pantalón ¿lo conocían? Con un canto de la falda limpió Petita el

prieto embarrado hediondo de la cara. El cuerpo descansaba a medias en la vieja, a medias en el filo del chiquero.

Fue un grito corto el de Petita:

—¡Ay, mama! Si es Ranulfo, mi ñaño...

La vieja no dijo nada. Su cara negra —arrugada como el tronco leñoso de un níspero— se hizo ceniza, ceniza.

A Petita le dolían los besos del rural —los besos a de la noche

oscura— como si hubieran sido bofetadas...

Cuando parió la Zamba

Era un hecho. Estaba preñada. Andrés no había vuelto por la casa de ella desde que se lo dijo. ¡Le daban tanto asco las mujeres así!

—Ej abusión que tengo pa mí: la mujer embarazada ej pior quer muerto di amaliadora: lo pone pujón a uno.

¡Era todo eso! Y era también la imagen gentil de su negra que se le deformaba. ¡Cómo se perderían esas

caderas y ese talle en el montón de carne templada!

—¿Pa qué vesla hecha una botija?

Había también... El pensar si fuera suyo el hijo que estaba en la barriga de Lucha.

El negro Manuel —el marido— por su parte lo creía de él. Andrés dudaba.

—Yo monto al anca... ¿Pero cuar la empreñó?

Porque sabía que no era posible que fuese de los dos, como burlonamente decían. Del uno o del otro.

—Si es mío sale amestizao... Si es der, carbón entero... vamos a ver.

***

La zamba Lucha se vio con Jacinto, el amigo más próximo de Andrés.

Era Jacinto un blanco venido a

menos. Antes, en la ciudad, fue alguien. Ahora era vaquero en una hacienda cercana al pueblo. Ahora era "Er colorao"; sobrenombre traído por el pelo, de un rubio llameante.

Se vieron en la pulpería.

"El colorao" había dejado el macho romo que montaba amarrado a una argolla del portal.

Al ir entrando se enredó la uña del dedo grande del pie en la herradura clavada en el umbral "pa que dentre la suerte".

—¡Mardecida sea! —dijo y entró.

Entonces, entre el olor penetrante de los víveres metidos en las perchas o apilados en sacos entreabiertos —olor de sebo, de cacao, de panamitos y mayorca— la vio.

Estaba al pie del mostrador. Sin zapatos, los polvosos pies apoyados inquietamente en las tablas del piso. Con una bata colorada, sucia de mugre en las prominencias breves de los pechos y en la gran loma de la

barriga.

Jacinto susurró:

—¡Qué preñadota questá!

La pereza de las largas siestas y las ojeras del mucho vomitar se veían en la cara de la zamba. Y en su pelo casi sin peinar, que parecía escarbado de gallinas.

"El colorao" venía a llevar arroz a la hacienda donde trabajaba. Ella hacía su comprado. Se saludaron:

—Güenas tarde Lucha, comostá?

¿Y mi compadre Manuer?

—Er ta güeno ¿y usté?

—Así, así; de usté nada le pregunto porque la veo medio embuchadita... ¿De qué jue el empacho?

Lucha se rió y callaron. La miraba. ¡Si el pasado estuviese escrito en la cara de las gentes cómo se correrían los dos! No se decían nada. La pulpera preguntó:

—¿A ver, qué jue?

—Una cuartilla di arroz.

Lucha bajando la voz le dijo de pronto:

—¿Ques de su amigo Andrés?

—Ahí está.

Volvió a quedar silenciosa un instante.

—Igamele qué le ha pasao... ¿Que por qué no va? Que vaya...

—Bueno.

Y fue todo. Ella recogió la hoja de maíz en que le habían despachado

su manteca. La unió en la vieja canasta serrana al resto de la compra. Pesada, pipona, salió de la pulpería.

***

El negro Manuel estaba encantado con la preñez de su mujer. Le blanqueaban los ojos de gusto. Y pelaba el coco de los dientes en carcajadas de muchacho.

—Ja, ja, ja... ¡Va ser como er

padre un negrazo güen mozo!

Y se miraba el torso áspero de guayacán quemado. Los hombros y los brazos como raíces nudosas.

De noche en la talanquera se revolvía sobre el cuero e venao y ponía su mano callada, que quería ser ligera, encima de la barriga levantada, y le decía:

—¡Negra, quiero que te cuides pa que no me albortes a mijo!

Desde que tuvo los tres meses, Manuel, que antes no dejara una

noche de caer sobre ella, con ardientes ansias, cesó de molestarla.

Cuando el calor del cuerpo próximo o el roce de sus pechos o de sus nalgas lo enardecía, escapábase afuera. Con pretexto de orinar.

Lucha encontraba a veces —y se reía— manchas pegajosas como de mullullo, en la parte baja de las cañas de la pared. En la cocina.

***

—¡Ay! ¡Ay! Manuer, andavete tráite a ña Pancha, ¡ay! yo me muero, yo soy primeriza...

Corrió e hizo correr también a la vieja curandera que sabía hacer parir.

Se cerró la puerta. Fue un rato. En el cuarto casi a oscuras sólo se oía quejarse a la zamba. Y la voz velada del negro Manuel:

—Pare nuestro questás en er cielo...

***

Otro amigo se lo contó esa misma tarde a Andrés. En la chingana de la plaza del pueblo.

Entre chicha y chicha.

El día bejuqueaba de amarillo las casas de enfrente, yéndose. Un chancho roncaba en el polvo, en media calle, como un cantor borracho carraspea limpiando el pecho.

Andrés oyó la historia viendo

turbio. Cual si mirara todo tras el cristal ochavado de los vasos.

—¡Izque jue la der diablo en esa casa!

—Ajá, cuenta vos.

—Er negro rezando, creo que hasta hincao abiesta e patas y la vieja Pancha jalándole ar chico ¡Cuando Lucha dejó e berriar y la vieja lavó a la criatura vino la güena! Manuer dice: A ver ña Pancha, empriésteme pa ver a mijo. Y er que lo coge: ¿Pero ques esto? No es negro como

er padre esta criatura... Pancha izque le dijo quer crestiano ej mismamente como er ratón y como er zorro, que nace pelao y colorao y más después güerve a la color natural...

Andrés pensó: Es mío. La iré a ver. Conoceré mi chico. Las chichas le bailaban adentro. Veía adelante muchas cosas. Se sentía padre.

—¿Entonce er chico nués negro? ¿Ej de color montuvio? ¿Ej amestizao?

—No. Er muchacho nués negro ni

amestizao tampoco. Ej blanco como potrillo talamoco. Y er pelito catiro. Como el único blanco e po aquí amigo e la zamba y catiro ej er colorao Jacinto, der tiene que ser er bendecío chico.

—Ajá... ¿Y qué cara pondría la zamba? ¡Caracho! ¡Eso tiene er ser perra!

El sol se había ido. La ropa de la tarde se rompía en andrajos de claridad.

Soplaba un viento que olía a

aguacero. Los platanales que estaban a la entrada del pueblo, curvos ante la racha sonaban. Andrés anchó las narices respirando la lluvia.

Y de allá del monte vino un sonido.

Un sonido de punta áspera rallando un vidrio. Largo de un solo aliento, de cinco o diez minutos, que de pronto avienta las orejas de un empellón en la poza del silencio.

—La cigarra pide agua. Va a llover. Va a llover... ¡Y eso tiene er

ser perra! ¡Eso tiene er ser perra!

1930

El Tabacazo

—Icen que Mateo ha regresao ar pueblo,

—Ajá, ¿no?

Se lo contaban talvez malignamente. Pa vesle la cara...

—¿Y a tú qué te paece, Manuela?

—Nada.

—¿Ti acuerdas?

—Tarbés...

La dueña de la chichería no

delataba emoción alguna por la vuelta del antiguo amante. Algo sin embargo, muy remoto, muy rápido, en los negrazos ojos, pasó...

***

Ya se habían ido los últimos borrachos. En la calle del pueblo se cerraba los ojos de sombra se apagó un amorfino. Un amorfino de un dejo hondo y largo. Un amorfino aguardentoso:

Mañana me voy pa Quito
a comprar paper sellao,
para escribisle una cartita
a la hembrita que mi ha orvidao...

No eran nada las palabras. Lo que en las almas sacudía cosas viejas era esa voz estremecida de temblores de puro que se arrastraba con ganas de llorar

Y Manuela vio venir entonces a Mateo. Saliendo de la noche. De la

noche que olía a monte con aguacero.

***

—Ti acuerdas, ¿negra?

—...Claro...

El candil bamboleaba sus trazos amarillos en cañas violadas de humo. El tufo del kerosín hacía toser a Mateo. Por otra parte sonaban en el silencio los manotazos con que ambos se mataban las mantablancas.

Y no hablaron más. —Ya hei

regresao...

Y era todo. El pasado se borraba. Las manos enlazaron comunicando la vibración caliente. Se buscaron las bocas. Los duros senos de ella entre el vestido colorado se aplastaron contra la cotona de él.

Los grillos saltaban en extravagantes raids... Un murciélago aleteó. Afuera las ranas tejían un toldo a sonidos sobre la noche de invierno. Las cañas crujieron cuando los dos cuerpos como cogollos se

doblaron, meneándose.

***

Al día siguiente tenía en la boca todavía el sabor de los besos de él. No sé por qué los asociaba con las ausencias. Le sabían a lo que ella suponía era Guayaquil.

... ¿Volverían a unirse? No lo sabía. Después del loco estrechón, ella, limpiándose adentro, con un canto del traje arrugado, lo empujó:

—Andavete... Cuidao mi mama... Manque vos eres er padre e mi chiquita. Tarbés no le guste...

Y de prisa había cerrado las puertas anchas de la chichería, que eran el último ojo de claridad en la cara negra del pueblo en sueños.

***

Dejó la chichería a cuidado de la madre. Pretextando ir a lavar una ropa al estero.

—Yo no m'embromo. No vo a lavar con jabón que se corta en el agua e río. Con cabuya se friega más la ropa, es cierto; pero es más breve. Ya vengo, mama...

Y cruzó con paso veloz las calles donde empezaba a encender la mañana. Lavó de apuro. Agachada en la

Al pie de ella saltaba como un puñado de chispas blancas y brillantes la chautiza. Un raspabalsa crujía abajo.

Era una mañana clarísima. Los patos cuervos bailaban en la corriente.

A ras de agua partían con un vuelo, derecho, alas inmóviles, y de improviso se sumergían.

Distraída acabó de lavar y quiso bañarse. Con una bata sucia por todo traje, habiéndose desvestido sin miedo, cubierta como estaba de las miradas del pueblo por el barranco, entró al estero frío.

La bata se le pegó al cuerpo. Era

casi transparente. Se veían los gruesos botones de sus pechos levantar su vértice en la cima. Y la negrura de sobacos y su bajo vientre se llenaba de finas gotitas de agua resplandecientes como chaquiras en terciopelo.

***

De regreso, bañada, fresca, se encontró con él en la plaza. En el banco de la peluquería.

—Anda a la casa... Quiero hablar

con vos...

—¿Y tu mama?...

—Ta cocinando adentro. Ven nomás.

La siguió de lejos. Un instante después que hubo entrado penetró él en la chichería.

Ella lo esperaba apoyada de espaldas en el mostrador.

***

—Mateo, vos vas asejme

franco... ¿Piensas vos vorver conmigo?

La limpia mirada de Manuela lo turbó. Buscaba evasivas.

Ella fruncía los labios finos. Se pasó la mano apartando un churo de pelo mojado de la frente.

—Anda, contesta... ¿Erej er mesmo di antes? ¿Me quieres tuavía como me lo juraste? ¿Le darás argo a tu hijita? Manque ella no necesita con er favor de Dios, pero siempre er cariño er padre...

Quizo abrazarla. Tendió la mano y le cogió la barbilla. Sonreía sabiendo que ella lo amaba.

—Ve... Tarbés me tenga que largás... Tarbés tamién me quede... Si me quedo claro que me vendré con vos y la chiquita...

Y le metió la mano por el descote, abarcando con ella toda uno de sus pechos, elástico y grande, cuya punta estrujaba despacio... despacio.

La empujó adentro al cuarto. Los

cueros de chivo se mullieron para recibirlos.

***

Y bruscamente lo supo.

—¿Er Mateo? ¿Onde ha llegado ices? A la casita er compadre Bolívar Carrión, onde está dende que llegó, con la blanca que trujo der Guaya...

El piso se le hizo como el puente de una balandra en el mar —se

acordaba una vez que fue al Morro— y hasta los ojos se le cerraron del mareo.

No dijo nada. Quedó pálida tal que si viera al muerto.

***

—¡Manuela, er desprecio es más mejor! ¡No t'enjurescas y no te apenes! ¡Aguajda!

—¡Ej un perro! ¡Un perro!

Las cejas negrísimas se unían en

un solo rasgo duro. Era una mujer hecha; no era una niña. Ni cuando la abandonó la primera vez había llorado. Supo vender sus prenditas que le dejó la abuela y puso la chichería con la madre. Se había sabido mantener. No temía. Pero qué odio le causaba el mal hombre.

—¡Se sabe burlar de las mujeres! ¡Se ha reído e muchísimas pobres! ¡A cuenta e güen mozo!

La amiga asentía. Con un ligero ímpetu de deseos en lo íntimo. Con

esa aureola de odio que tienen ciertos hombres y que tan fácil es convertir en amor.

—¡Pero, mujer!

—¡Figúrate, Petita! Yo era una muchacha inocentona, cándida. Y era niña. ¡Er me perdió! Jué en Taura, en la haciendita que tenía er finadito de mi agüelo. ¡Qué cangreja jui! Le abría er zaguán toitas las noches Cuando me nació la chiquita y er viejo quiso hacer bulla jué tasde... Er se largó... Ahora izque se ha traído

engañada una pobre blanca... ¡Si ej un perro! ¡Un perro! Y teniendo mujer viene y yo, ¡qué bestia! Mei dejao...

—¿Vos has estao con er?

—Sí, anoche y todoi...

—Pero ¿por qué habiéndote dejao botada en antes...?

—Pues... ¡Porque lo quiero!

***

—Güeno, don Mateo. Yo, su

comadre, quiero tomar esta copita por er santo y por las paces...

—Güeno, comadre Petita, sírvete vos eso sí tamién Manuela.

—Salú.

Lo dijeron todos tres y bebieron. Era víspera del santo de Petita.

—¿Er puro ta argo juerte, no? Pa mañana téngase unas cuantas damajuanas de chicha. La chicha es mejor.

Así hicieron las paces esa tarde

asoleada y clara. Cuando ya se venía el verano. Cuando el pueblo hervía por correr San Pedro.

Se alistaban los parejeros. Había palo ensebao. Y de Guayaquil había venido un carrusel.

—Va tar güeña la fiesta... ¡Yo vo a correr San Pedro hasta por gusto!

Del patio venía un humo acre. Era humo de las candeladas donde se cocinaba la jora. En el fogón hervía una paila de mazamorra. Y arremangados los brazos arriba del

codo, ellas dos trabajaban.

Cuando Mateo salió, y su albarda fue sonando al compás del trote del caballo por la calle en siesta, las dos mujeres se miraron. Y Manuela dejó caer como una piedra, deisipacio, estas palabras:

—¡Y ér que piensa correr San Pedro!

***

Esperaban el momento de la

bulla. No debía tardar. ¡Ah!

—Y ar fin no mi has dicho cómo jue que te dijo "ella" que hicieras...

—Cuando jui taba dando e comer a un armadillo... Mizo dentar pa dentro er cuarto... ¡Había yerbas y olía di una manera! ¡Tenía argo e canillera yo! Más pior cuando vide a la cabecera e la talanquerita e la vieja una calavera. Y más pior tuavía cuando salió arrastrándose una rabo e güeso di adebajo e la cama... Grité y quise correr recogiéndome las

polleras... Pero la vieja mizo alentar.

—Yo nunca hei tao onde una bruja... Jesús Ma...

—Aguajda. Ar fin acabó e darle e comer al armadillo y me dijo: "¿Güeno, hija, vos qué quieres? Que vuerva con vos u hacesle daño. Me quedé entonces quedita. Y le dije: esté... ¿Qué mejor? —Lo que vos quieras—. Deme e las dos maneras que yo le pago er doble. Pa pagaslo hei tenido que vender mi gallo giro er fino y la gallineta americana. Y me

enseñó dos porquerías desas...

—¿Y cuáles jueron?

—¡La una pa traeslo e nuevo es puerquísima! ¡Me dasta vergüenza!

—Dila, hombre, anda. ¿Qué jue?

—No... Pero güeno... Vos eres de confianza... Hay que lavarse todita la cosa y dasle di argún modo esa agua. Y tamién quemar tres pelos de la cabeza, tres der zobaco y tres di abajo... y er porvito u cenicita esa se le echa en chicha u en fresco... Así es que vuerve con una el hombre más

emperrao.

—¿Y la otra cosa qué jue?

—Ej argo menos puerco... Pero más piorsísimo... En una botella e puro se pone media libra e tabaco. Se deja ar sereno una noche. Y después se ciesne... Er puro ese...

—Güeno y vos cuál li has dao?

—¿Pa qué jue perro? Lei dao er tabacazo... ¡Pa que se revuerque con más gana con la blanquita esa!

—¿Y qué le va a pasar?

—Vaj a veslo vos mesma...

***

—¡Manuela! ¡Venga! ¡Venga!

—¿Qué ice, ña Chepa?

—Venga a ver ar Mateo. Si ha caído der caballo. Y sé ha gorvido loco. T'aullando, pior que perro y revorcándose en er porvo echando espuma por la boca. Venga pronto. En la esquina e la chichería.

***

Sucio de polvo. Caído de rodillas. Hirsutos sus cuidados rizos de hombre de mujeres. Apagados los ojos. Como vidrios de botella empañados. Riendo a carcajadas estúpidas. Así vio Manuela al Mateo. Al Mateo que un tiempo tuvo en sus brazos.

—Negro, negro ¿qué ti ha pasao?

Ella no sabía cuál era ese arranque. La gente hacía círculo. Causaba cierto horror y no se

acercaban a auxiliarlo.

—Pero ve...

—Vayan avisen pa la casa dér. Onde la blanca...

Cruzó entre todos abriéndose paso. Se echó de rodillas junto a él.

—Ahí viene la blanca —decían.

Qué baba apestosa a mayorca le escurría de los labios. ¡Cómo estaba sucio de tierra!

Los ojos vidriosos le bailaban. En medio de un aullido chilló:

—¡Ajá erej vos so pedazo e puta! Anda a tirar con er perro que t'engendró.

Ella le apartó con su fina mano el pelo sudado sobre la frente. Con dulzura exquisita.

Inclinó la cabeza y le besó los ojos.

—¡Que venga mi blanca! ¡Iganle que la hei visto revorcándose con er mono, pero que no importa... Que venga con er miquito pa que me los lama cuando me la atranque...

¡Mardita sea! ¡Er miquito! ¡Er miquito!

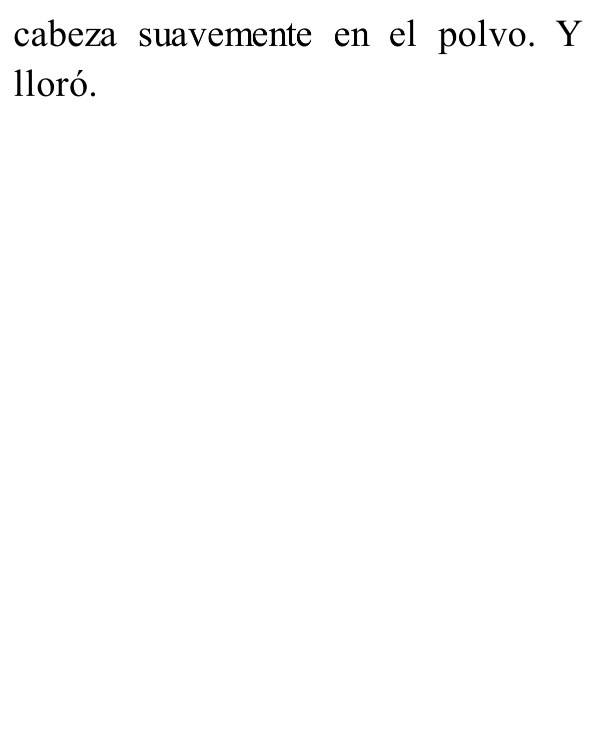
Seguía:

—¿Y vos quién eres? ¿Vos eres la Manuela? ¡Ajá, perra, anda a la ñoña! Yo toi especha o e mujeres... Pero no puedo ser maricón... Apreúntenle ar cura ques maricón si es güena esa pendejada...

Dijeron:

—La blanca.

Manuela le dejó descansar la



cabeza suavemente en el polvo. Y lloró.

Los Madereros

—Ejta madera se la robamo a una viuda pa otra viuda...

—¿Y vos crees que la der tamarindo no se calienta?

—Tarbés...

—Puede pasarle argo malo... Atacarnos er tigre u llevarnos argún hombre la sarvaje...

Fumaban por hacer humito pues el güitife ardía sobre ellos en densas

masas. Y ni ese humo los contenía.

Eran las doce. El calor llenaba la montaña de madera de un gran silencio. Pasaron los últimos loros hacia el oeste:

—Guerre... Guerre...

No había una nube en el azul. El río correntoso no reflejaba el cielo. Se veía blanco y estriado por el andar del agua.

Los madereros callaron chupando sus cigarros. Tan grande era el silencio a ratos que sólo se oía el

garraspear de sus uñas en la piel rascándose.

O abajo, al pie del playón de vaciante el brusco chapuzón de algún guanchiche.

Con placer contemplaban los dos hombres tendidos ante ellos en el playón a sus tiburones de vientre rojizo —las alfajías.

Lama babosa nacida al beso de las mareas las cubría. En la cáscara se adherían cangrejitos. Y en las puntas, en la herida collar que abre

el hacha para sujetarlas, se incrustaban caracoles. Unos delicados caracoles de agua dulce y de lodo.

***

—Oíste, Liberato...

—¿Qué?

—¿Vos viste la marca er tigre?

—La hei visto, Caslo... ¿Y vos?

—Yo también... ¡Er tigre ese es malo!

—Y ya todos se han fijao en que me pisa la güeya. Y te juro. Caslo, que yo no le tengo miedo... Y sin embargo cuando er tigre le pisa la güeya a uno es porque ése le tiene miedo y ar fin se lo yeva... ¡A mí me va a yevar!

—¡No seas pendejo, hombre! No ices que vos no le tienes miedo!

—Pero ar que le pisa la güeya se lo yeva... ¡Y también a mí me ha gritao la viuda!

Por entre la pelambre de un

verde sombrío de los árboles pasó el fijazo de un sonido.

Era un cacho. Al apagarse fue surgiendo muy lento un canto largo. Un canto de amorfinos. Cuya letra se perdía, pero cuyo dejo cuando se oye no se borra nunca de los oídos. Porque es tal que el zumbido del güitife o el grito de los aguajes. Y se apaga con el mismo dejo que el chillido del "perico ligero".

—¿A vos ti ha llamao la viuda er tamarindo, Liberato?

—Mi ha llamado Caslo... Por mi nombre e Liberato Franco...

Las yuntas desembocaban por la vuelta de la manga. En la pampita del playón. Los peones a caballo cantaban aún. Dirigiendo con sus palancas puntonas el andar de los bueyes.

Un rumor sordo de truenos vagos y una polvareda se alzaban tras las alfajías. En medio corría el hilo del chirriar de las toscas ruedas de rodaja de tronco de árbol.

Los bueyes gigantes de petral de montaña y pezuñas de hierro tiraban con un impulso continuo de los tiburones de palo, de barriga roja medio descascarada.

-A mi me ha mi ha llamado la viuda. A mí er tigre me ha pisao la güeya...

***

Todos los zambos eran así. Parecían sacados de las mismas prietas alfajías.

Eran de cueros ásperos, curtidos, que sólo el pinchazo mínimo del mosco traspasa.

Con la yunta que acababa de llegar, Liberato y Carlos estaban contentos. Eran figueroas y nigüitos. Arboles que tienen trescientas capas de fibra —viejos —cada capa es un año— viejos hasta haber visto pasar al pie suyo a los huancavilcas.

—Con una yunta más tenemo pa dos barsas. Pasao mañana comenzamo a barquear...

—¿La una barsa es par Pailón, no?

—Sí, y la otra e nigüito pa la viuda, e por la calle El Oro.

***

—Hasta mañana e mañana no vorvemo pa dentro. La montaña e noche es medio jodida; mejor es pasar cerca er río...

La gente pasó la tarde acomodando las alfajías para

facilitar la próxima barqueada.

Cuando uno de aquellos palmeros descansaba en los hombros de ocho morenos, alzados en el aire, nadie respiraba.

Se movían cubiertos de sudor, desnudos por completo, a pasos cortos. El peso no los dejaba desligarse bien de la tierra.

Hacía volver a cada uno un retoño. Un retoño clavado por las diez y seis raíces de sus piernas al tronco del suelo. Y que reptaba como

un lento ciempiés.

—Up... Up...

Las gargantas contraídas por la tensión de todo el cuerpo daban un tono especial al grito de ánimo.

—Up... Up...

Y con la rapidez de su peso dinamizado la alfajía resbalaba sobre las otras alfajías. Con un salto de bufeo.

A las cinco refrescó el día. Ya los palos estaban muy abajo en el

playón. En orden para el amarre de las balsas.

***

Los hombres se acercaban a la candelada. Uno de ellos cocinaba. Muchos pelaron verdes y los metieron a asar en las brasas. Se sentaron rodeando la olla de la que se elevaba un olor a pescado.

Liberato y Carlos vinieron.

—¿Ta ya?

—Vo a servís.

Oscurecía. Una lluvia de tierra parecía caer. O más bien un vaho negro se alzaba de la manga, de los brusqueros, del mismo río.

—Patrón, ta mañana hemos visto ar tigre...

—¿Sí? ¿Onde?

—Tábamo amarrando la yunta... Tarbés quería asustajno los güeyes... Pero yo dende que sentí quedarse callaos a los micos y salir volando

una paba e monte le ije a éstos: ¡er tigre! Y aunque era e día hicimo una candelada... Lo vimo e lejos... Agazapao. Sólo li alumbraban los farolotes en lo oscuro er monte.

Intervino otro:

—Benavide y vos crees en lo que icen que le pisa la güeya ar que le tiene miedo y ar fin se lo lleva... ¿ah?

—Claro, yo luei visto...

—¿Cómo jue?

—A un longo... Un longo medio

loco... La viuda er tamarindo lo llamaba...

Carlos dio un salto. Lo mismo que su amigo.

—Tábamo barquiando mangle... Pa abajo. Onde los cholos. Teníamos una ramadita arta. Er nunca quiso dormir abajo. Y er tigre le empezó a poner la pata en la pisada. ¡Dende áhi le cogió un miedo! A la oración no más y taba ya trepao en la ramada.

—¿Y lo llamó la viuda er tamarindo?

—¡Qué va!

Benavides sonrió como quien conoce.

—Yo luei oído.

Acaso todos tenían un escalofrío en el espinazo. Y la oscuridad venciendo ya en su pelea con las latigueantes lenguas del pelo de la candelada.

El río era de tinta. Un chagüiz gritó y encima graznó una lechuza. Se lo comía seguro.

—Yo luei oído... Ej una voz tar como e vieja. Medio como er grito er patillo u de las marías. Y toítas las noches no fartaba er grito... Argo como: Juan, ben pacá...

—¿Y er qué hacía?

—Taba pior. S'enjuermó der miedo. ¡La diarrea lo mataba! Se puso amarillísimo. Y una noche, víspera e regresar par Guaya er tigre se lo llevó. Di arriba e la ramada mismamente y tando nojotro abajo. Tuavía me paece oír er grito que

pegó: y como había prendido un candil vi er burto er tigre llevándolo en er jocico!

En la cara del hombre espejeaba el fulgor de la candela. El que había cocinado recogió los mates vacíos.

Liberato arrojó lejos un pedazo de verde asado frío y sonrió:

***

—¿Er murciégalo ej er mesmo quer vampiro?

—No, er vampiro es más grande...

—Ven a ver este quei matao... Taba chupándome er dedo grande der pie.

—Entonces es vampiro.

Carlos separó la frazada y se sentó en los cueros de chivo. La luz del candil movía agigantadas a las sombras de los dos y las hilachas colgantes de la paja del techo, sobre el follaje cercano de los nigüitos.

Fue hasta su amigo. Se agachó sobre el murciélago.

—¿Luás matao der todo?

—Fíjate. Creo que sí. ¿Ices p'haceslo jumar cigarro, no?

Al ir a tocarlo con un palito el vampiro aleteó y zigzagueó dos saltos. Ellos retrocedieron. Como el bicho estaba cojo se volvió a quedar inmóvil. Como estúpido.

Entonces lo amarraron de las puntas de las alas, templándolo, con

dos zapanes.

Liberato extendió su cigarro y antes de que se lo pudiera impedir Carlos, lo hizo fumar al murciélago.

—A, pendejo... Ya te jodiiste...

—¿Por qué?

—Li has dao tu cigarro. Y cuando er murciélago juma un cigarro empezao trai esgracia pa er que lo jumó más primero...

Ya no les divertía ver la punta del cigarro dauleño como un carbón

encendido. Ni los gestos del bicho.

—Hácele la contra...

—¿Cuár?

—Méatele encima...

Liberato cubrió con el chorro salino a la bestezuela, apagando el cigarro. Y no podían dormir.

***

Amarraron los caballos y los bueyes. Un peón sé puso a cuidarlos. Espantaba los tábanos.

Y con un bejuco golpeó la yerba para hacer salir las culebras o los gusanos pachones.

Los tumbadores empuñaban las hachas, blancas del feroz filo, no de nuevas. Y comenzó el trabajo.

No sudaban todavía. ¡Como hacía tanto fresco! Y los gavilanes de las hachas le daban claras chispas de regalo al sol mañanero.

Todos estaban alegres. Al día siguiente navegarían. Y pasado mañana en Guayaquil. Ya se veían en

el Malecón por el Conchero. Tomando cerveza en cualquier salón. Porque si bien ellos no despreciaban el puro, preferían, la cerveza.

—Ajuma meno y hasta alimenta.

Benavides se había cogido con su figueroa medio cortado. Después de poco rato podía gritarles:

—¡A ver! ¿Tan bien puestos los cabos? Va a caer...

Se apartaron los especiantes. Del lado que le dictaba su cálculo de maderero viejo, el hombrón esgrimió

el hacha en los postreros golpes.

—¡Guarda abajo!

Cayó con estrépito impensado.

Rozaba follaje contra follaje.

Tropezaban las ramas contra las ramas, quebrándose con un brutal crujido.

Y el trueno grande del tronco que hacía temblar la tierra y repercutía en los ecos de la soledad.

Se sentían sordos pero corrían al ramaje. Solían haber huevos de pava

o de gallina de monte. O miel de mosquiñaña.

Uno vio a tiempo:

—Cuidao los cubos...

Benavides le contestó saltando adelante entre las temibles avispas que se habían alzado zumbando en dorada nube:

—¡Yo dentro: qué ñoña! ¡Pero la miel es mía!

—Si es quiai...

Otro saltó también:

—Ajá. Ya sé por qué dentras sin miedo: sabes la contra: morderse la punta e la lengua...

Con las cotonas espantaron a los cubos. Pero no había miel.

Delante del ramaje del nigüito caído le nació la idea. ¡Verían que podía!

—¡Ah! ¡Pa eso soy hombre!

Un arranque y:

—¿Y si es verdás? ¿Si toy maliao? ¿Si er murciégalo y la viuda

er tamarindo y la pisada e la güeya?

¿Y si toy pa moris nués lo mesmo en la ramada que acá...? Güeno, pues; suejte u tripa...

Con el machete cortó la rama. Una rama de nigüito derecha como una voluntad. La peló y gozó en palparla.

Era un trazo blanco. Una palanca redondita, no muy gruesa, en cuya punta amarró, con recios zapanes del mismo árbol, su tetillera, fino relámpago de acero.

***

Vo a sacajte l'alma... Pa que vayas a ecisle a la viuda er tamarindo que me cago en ella y en la perra que la jaló e las patas...

Se había quedado atrás de las yuntas, esa tarde. Montado en su rosillo parejero.

Carlos le había visto la palanca hecha lanza:

—¿Qué vaj a hacer? No te quede atrás...

—Vos verás. No tengas cuidao...

Y el socio que atornillaba supersticiones contra Liberato, sonreía cuando se quedó atrás mascando insultos contra el tigre.

***

¿Cuánto tiempo lo esperó? No sabía: perdió la cuenta de las horas.

Le tenía el caballo puesto de cazonete. Amarrado, pastando por allí.

Y él —sin arma de fuego— lo acechaba a poca distancia. Porque le había nacido en el pecho un odio feroz contra esa bestia que lo insultaba. Que le hacía la afrenta de llamarlo cobarde pisándole la huella.

Estaba inquieto; el corazón le pateaba, cierto; pero eso no era miedo. Si tuviera miedo no lo esperara.

La manó le sudaba trincando el pescuezo liso de la palanca. La apretaba de tal modo que parecía

querer hacerle sangre o asfixiarla.

Una hora de mediodía. Las dos y media. Las tres, acaso. Los animales callaban hacía rato; tal vez del calor, tal vez del tigre cercano.

En un brusquero de raíces. Con manchas de sol filtrado, encima, se agazapaba Liberato Franco esperando a su enemigo.

Lo consideraba como a un hombre. Como a un hombre odiado; el que nos roba la mujer, por ejemplo.

Se entretuvo: vio por un hueco un chorro de hormigas guataracas. En una pocita de agua saltaban pejesapos. Una ardilla lo miró con sus ojos dulces, en medio de la carrera, y de pronto quedó inmóvil.

Único indicio.

Enseguida vio los dos globos glaucos y fosforecentes frente al caballo. Metidos en el suelo casi. Poco a poco distinguió su contorno gracioso de gato grande. Divisó el rabo que como un bejuco silencioso

briscaba resortescamente sobre los flancos. Así tendido, bajo, bajo, se alargaba hasta verse larguísimo.

—¡Langaruto!

Liberato también tenía los ojos con luz. El cuerpo tenso. Y la palanca, que en el mismo aquel alucinado vio tan blanca y luminosa como cualquiera de los rayos de sol filtrados del ramaje, estaba recta, quieta. ¡Ah! Estaba seguro de su pulso.

No lo perdía de vista. Todos sus

poros atendían y se alistaban limpiamente. El corazón le bailaba terribles pasillos. Se le había subido al pescuezo: allí lo sentía; pero ¿qué importa que salte el corazón si el cuerpo está quedito?

Lo malo era que el tigre podía oír los saltos del corazón. Porque en verdad era una pelota: ¡cómo brincaba!

Llegó el tigre al límite del brusquero y se detuvo,

Pasó una ráfaga tumbando ramas

secas y frutas de pan viejas. Soplaba del tigre al, hombre. No del hombre al tigre. Era favorable.

Y después decían que la viuda del tamarindo lo había llamado. Si ella lo odiara soplaría viento contrario con el abanico de sus toquillas.

—¡Qué lindo era el pecho de la bestia! ¡Blanco como el Guayas al mediodía! ¡Parecía de cola de garza! ¡Y le esponjaba tan fuerte como el suyo!

—Si a vos te nada er cuero a mí tamién —se susurraba Liberato.

Lo demás fue breve.

Saltó simultáneo al tigre, porque lo tenía así de cufiado.

Al tigre le falló el salto —¡hasta bruto era!— y en lugar de caer en el anca cayó a lado, rasgando sólo apenas al caballo.

Miró el tigre al hombre, pero no tenía tiempo de calcular bien. Le saltó encima, fallando de nuevo.

Los dos empujes se unieron matemáticamente. Y se fue toda la tetillera fulminante —él creyó que se ahogaba en el rugido— y se fue adentro con ella una cuarta de la punta de la palanca.

Liberato sudaba frío y se figuraba que de un momento a otro iba a escupir el corazón.

El parejero rosillo con el tigre cruzado al anca —el mismo tigre que lo había hecho relinchar de espanto y encabritarse y corcovear— dejó una

polvareda en las vueltas de la manga.

***

—¡A Benavide, por ahi viene ño Liberato!

—¡No juegue, hombre! Ño Liberato ta en la barriga er ti...

Cuando Liberato saltó del parejero y desamarró el cuerpo del tigre, haciéndolo caer como saco de papas —todos lo rodearon.

—¿Vieron? ¿Vieron? Er

murciégalo se jumó mi pucho e cigarro y er tigre er pucho e mi lanza... Jue a ér quien le gritó la viuda er tamarindo y yo quien le piso la güeya... Ja, ja, ja, ja...

Se sentía alegre, tras el susto pasado.

—Y sepan cará, que yo no creo en brujerías ni abusiones. ¡Ahí ta!

Benavides decía a uno de sus compañeros, junto a las balsas ya preparadas, y viendo reír al hombre:

—Ejte ej un montuvio der tiempo

pasao...

1930

Al subir el aguaje....

—Te quiero y nuay más...

—Y yo me río e vos...

Estaban frente a frente. Desafiante ella; él ardiendo. La balsa sufría el lento balanceo del aguaje.

Desaparecían los barrancos. Los árboles tenían el agua a la rodilla. La hierba se ahogaba. Culebreaban los rayos verdes de la fuga inquieta de las iguanas.

Los alacranes de monte se refugiaban en las rendijas.

"La Manflor" y "Er Cuchucho" se miraban.

Era una balsa con ramada cuyo bijao ensopado parecía querer agobiarse.

El vivía allí. Solo, soltero. La "Manflor" había venido. ¿A qué? ¿A provocarlo? No: había venido a lavar.

—Hey, "Cuchucho", vo a lavar

este quipe e' ropa...

—Ta bien.

Pero no se contuvo. Dejó ella el sombrero de paja a un lado. Con una bateíta sacaba agua e iba lavando agachada. "Cuchucho" seguía ávidamente el dibujo de las caderas y de las nalgas, casi transparentadas por la pollera, en la posición forzada.

Crujía la balsa. El aguaje seguía avanzando. La balsa subía con sacudidas que se dijeran nerviosas.

Algo tenía lavado y exprimido con sus brazos redondos de músculos medio varoniles, cuando un crujido más recio conmovió la carcasa. Se volvió:

—¿Qué jue? ¿Siunde el almastrote?

Muy adentro en los campos se veía el agua crecida hasta más arriba de la mitad en los troncos conocidos.

—Tamos solitos... Y no podemo salís de la barsa.

—¿Y la canoa?

—Nuai canoa.

Miró a "Cuchucho" dándose cuenta. ¡Qué cara de bruto tenía! ¡Cómo la miraba! ¿Qué se creería?

El saltó; un salto vago, por saltar, como salta el camarón en las orillas, para hacerse ver.

Le puso una mano en el hombro:

—Te quiero, Zoila, te quiero...

—¿Vos? Vos no eres hombre pa mí... Yo me río e vos...

La voz de "Cuchucho" tomó vibraciones duras y dolorosas:

—Te quiero y nuay más...

—Y yo me río e vos... ¿Nuentiendes?

***

Entonces "Cuchucho" se acordó del apodo y de la leyenda. Así como a él le decían "Cuchucho" por enamorado, ella tenía su historia...

—Ajá ya sé por qué... A voz

izque no te gustan loj hombres sino las mujeres como vos mesma... ¡Voj eres tortillera!

—¡Y más que juera! ¿A vos qué t'importa?...

Iba a saltarle encima.

La "Manflor" reía nerviosa. Mostrando la peinilla de sus dientes fimos y parejos.

Un golpe muelle resonó arriba. Un cabeza e mata aislado de su banda y perseguido por el aguaje saltaba el techo desde uno de los

"mataserranos" de la orilla.

Miraron a lo alto. El pequeño felino se resbalaba sujetándose con las uñas por una guadúa. Quería llegar a uno de los palos de balsa de abajo. El techo crujiente y móvil no le agradaba.

—¿Vej ar cabeza e mate? —soltó ella con acento preciso.

—Sí y ¿quiái?

—Ve

Con un ademán breve y seguro —

uno sólo— arrancó del puntal donde estaba clavado un rabón y lo lanzó.

Tan fuerte fue cogido el gato salvaje que la punta del machete se hundió vibrante en el palo de balsa, prendiéndolo como a mariposa con alfiler.

"Cuchucho" se rió y le escupió su aliento encima:

—Yo no soy un cabeza e mate .....

Y se aventó sobre ella tratando de alzarle las faldas.

Lucharon. Ella estaba furiosa y era fuerte. El la deseaba y era hombre.

Cayeron debatiéndose.

—¡Mardecido!

Sentía la mano apretarle adentro pellizcando la carne y el puñado de íntimos vellos.

Lo mordió en el hombro. Babeándole la camiseta. Y en una vuelta lo pateó. Un seco puntapié a lo prohibido.

—¡Culebra!

Y la soltó con ganas de brincarle de nuevo.

La "Manflor" se llevó la mano al bajo vientre adolorido y retrocedió.

El aguaje parecía subir aún. Los campos seguían inundados hasta lejos.

—¡Pa las dos vacia!... ¡Y antes que vire l'agua vos tiras conmigo, so perra!

Le contestó con una carcajada:

—Vamos peliándolo ar jierro... Si me ganas ta noche me quedo con vos... Duermo con vos en la barsa'sta mañana... Si te gano no friegas más... ¿Quieres?

—Yastá.

¡Jura que si te gano no me molestas más!

—Por esta cruz, negra. Y jura vos que me lo das esta noche si te gano...

—Ta jurao, por San Jacinto, mi

patrón...

***

A los cuatro campanazos de los machetes la marimacho hizo saltar al estero el rabón de "Cuchucho".

—¡Ah! ¡Mardita sea!

Tenía que cumplir. Se quedó quieto. Después se metió en el cuarto y se acostó en la hamaca. No decía una palabra. Y luego ella también había callado.

***

Bajó la marea como baja en aguaje. Antes de que hubiera caminos, "Cuchucho" asó un bagresito y un verde y le brindó. Ella aceptó y comió seria, sin desafiarlo ya.

Al fin salió de la balsa.

—Ta otro día...

Caminó por la tierra enlodada de la que salían húmedas evaporaciones de caliente sol.

—"¡Ta otro día! ¡Ta otro día!".

Y él sabía que no volvería más. Porque odiaba a los hombres y su contacto, la mujer esa; era la "Manflor"...

"Cuchucho" empezó a arreglar sus cosas. Al día siguiente se iba para Guayaquil.

Ahora el estero estaba tan vacío que la balsa descansaba en firme sobre su cama de lodo.

Y no se veía sino un surco, una

herida llena de lodo —pus de la carne de la tierra— en cuyo fondo chorreaba un hilo de agua turbia...

1930.

La Salvaje

¡La Salvaje!

Viviña tenía ganas de conocerla. Se burlaba de todas las historias sin creerlas. Esta le daba el atractivo del incitante sensual: la Salvaje raptaba a los hombres. Se los llevaba al monte. A tenerlos de maridos.

¡Los otros cuentos eran nada! El descabezao. La gallina e los cien pollos. ¡El ventarrón der diablo! ¡Bah!

No temía a los muertos. En cuanto a los vivos, los había probado. Cuando peleó con Toribio al machete. Por un pañuelo e la Chaba. Le rompió las costillas y delante de todos que gritaban:

—¡Cójanlo! ¡Cójanlo!

Lamió la negra hoja cubierta de coágulos.

Su ociosidad lo hacía vagar. Acostumbraba irse a dormir al monte. Y se iba a Güerta Mardita. Sin importarle una guaba la penación

del moreno que estaba allí enterrado con la mujer y los hijos, a los que mató. Los que la cruzaban de noche decían que oían salir gemidos de bajo la tierra. Viviña oía únicamente el silbido del machete del viento tumbando ramas viejas y matas de plátano secas. Las congas haciendo huecos en los palos podridos. Y la noche caminando.

***

Oía tanto de la Salvaje. Muchos

guapos le confesaron:

—Si juese más alentao... Palabra que me iba pa dentro a buscasla...

La describían con una mezcla de temor y de procacidad:

—¡Es güeña, caracho! ¡Izque le relampaguean los ojos pior que ar tigre! ¡Tiene unos pechotes! Y es peludísima. Pero er cristiano varón que cae en su mano no vuerve más nunca pa lo poblao. Y ej imposible seguiste er rastro: tiene los pieses viraos ar revés...

Viviña se reía por dentro y contestaba:

—Ajá.

***

Y un día se marchó al monte. Compró unas chancletas serranas de cabuya. Se ciñó el crucerito. Y caminó p'arriba por las huertas interminables. Atravesó sabanas y bejuqueros. Rodeó las últimas haciendas. Hizo tres jornadas comiendo frutas, ardillas y conejos;

bebiendo agua arenosa de los ríos.

Dormía enhorquetado en los árboles altos. Buscando los que no son vidriosos para no ir a derrumbarse en medio sueño.

La obsesión de la Salvaje lo seguía. De día, nerviosamente, la buscaba tras todos los brusqueros. O metida en el hueco del tronco de los gigantescos higuerones. De noche soñó dos veces con ella. Velluda y lasciva. Con su carne prieta que imaginaba igual a la leña rojiza de

los figueroas.

Tan vivamente soñó que al despertar —poniendo un poco en ello de su burla de siempre— se acarició solitario.

—Bará que se mi ha parao. ¿Qué haría la Sarvaje trancada con este pedacito?

Con furia. Como en el tiempo en que se metía debajo de la escalera a aguaitar bajo las faldas de sus hermanas. Cuando era muchacho.

El árbol se estremeció. Cuando

Viviña se sintió marear —"Ar fin, casi es lo mesmo que er sapo de ellas..." una lechuza graznó. Follaje arriba de su cabeza.

***

Al cuarto día cruzó un río. Río Verde —pensó—. Era un canalón de verano. En invierno se llenaba. Ahora estaba medio de agua lamosa. Cubierto de una capa de baba pestilente.

Del otro lado estaba la montaña. Bejuco. Bejuco. ¡Qué arbolazos! Y el silencio negro debajo.

Viviña había estado allí sacando madera. Pero no solo. ¡Ahora le pareció un brusquero enorme y cerrado! Donde no le daban muchas ganas de penetrar.

—¡Ahí tarbés ta la Sarvaje!

Se quedó en la orilla de Río Verde.

Toda su vida se acordaría de la

tarde que pasó allí. Sentado en un tronco caído. En una playita.

El silencio le daba miedo.

La quietud del brusquero gigante tras el cual había quién sabe qué...

Toda la gente tan lejos. El agua verde acostada con los brazos abiertos. Se aclimataba el prodigio... o enloquecía.

¿Con quién hablar?

***

De noche oyó rugir al tigre. La bestia lo olía. Viviña lo olió también. A verraco. A perro sarnoso. A meao podrido.

En casa ajena no se hace bulla. Y allí se estuvo. Quedito. Sin palabras. Con la lengua seca y la boca salada.

El matapalo de muchos troncos era espeso y rumoroso. Quizás eso lo salvó. El tigre se contentó con un mono. Un mono alto, alto, que estaba agazapado más abajo de Viviña. Un mono igual a un negro. De barbas

temblorosas. Y que del miedo gemía como un niño.

Saltó el tigre. El bultazo rompió el ramaje. Le pareció grande como un chumbote o un burro.

A la madrugada lo despertaron gritos de pájaros que no conocía.

Empezaba a temer la montaña. Cuando clareó bajó al suelo a beber. El agua inmunda le dio asco. No había otra cosa. ¡Y el susto da sed!

¿Y la Salvaje? Nada.

Cada vez creía más que todo era un cuento. Rompió el bejuco a machete. Se cansó. Pisaba con temor la hojarasca: "por si aca una rabo e güeso..." Avanzaría sin abrir camino. Deslizando su cuerpo ágil. Entre las enrevesadas atarrayas vegetales.

Desayunó zapotes que sabían a yerba. Comió guabas y cauges.

Al mediodía, de un garrotazo mató un armadillo. Encendió una candelada y lo asó en su misma concha.

Pensó que no pasaría otra noche como la anterior expuesto al capricho del tigre. Encendería fuego y pasaría despierto.

***

¿Cómo se durmió en tierra? ¿Vino el sueño del olor agreste de las frondosidades de los árboles desconocidos? ¿Fue sólo el cansancio?

Allí estaba. Caído como un tronco más. Rotas las raíces.

Tumbado de espaldas en las hojas secas: Inmóvil... Y al despertar...

¡La Salvaje!

Unos brazos ¡Qué brazos duros y blandos a la vez, como el caucho! Una boca. Un caimito succionante y pegajoso, que chupaba activo y de repente cesaba; se dejaba; parecía nada más ya que la pulpa dulce de una rara guanábana sin pepas.

Y un peso encima. Se iba dando cuenta. Los pechos —era verdad lo que contaban— eran redondos y

tibios. A Viviña le recordaban los de una longa, criada en el pueblo y que fue suya.

Se notó echado de espaldas. Apoyados los ríñones en una raíz de higuerón.

Ese vientre en movimiento.

Y la sensación chupante y ruda del centro de esos muslos que lo envolvían con avideces de culebra. Y vino el mareo de amor.

Pero entre esas caricias cada instante más multiplicadas y feroces

que en el extremo vibrátil de su ser le dolían y las gozaba, ¿qué sentía?

¡Ah! ¿Por qué?

Los brazos amantes le apretaban el cuello. Se ahogaba. Había tenido todo el rato los dos ojos de "ella", negros y llenos de luz llameante frente a los suyos. En la angustia los vio borrarse y perderse en el apretón.

—No. Suerte... No.

Las palabras no sonaron.

Tabletearon como martillazos dentro de su cerebro. Ya no se defendió. Ella encima, cálida, lo envolvía. Se le entretejía con brazos y piernas. Por los besos entraba en él el jugo de la montaña.

Y todo, todo, se le volvió confuso, turbio. Menos la palabra extendida, inacabable, que le retumbaba dentro:

—¡La Sarvaje!

1930.

La Extraña Pareja

para Ángel F. Rojas

El muchacho averiguó:

—¿Y usted, señora, tampoco tiene familia?

—Estoy íngrima en el mundo desde que me dejó el difunto ¿y vos?

—Lo mismo.

Callaron un momento. Ardía el suelo rojizo, polvoriento, reseco, de la cantera. A plan estaban sentados.

Junto a ellos crecía lentamente la ruma gris de piedra número dos, conforme la iban picando.

2

Había sido poco después de empezar. Cada cual por su lado sudaba. El polvillo que saturaba el aire, sobre la piel húmeda se volvía masa en el cuello, en la cara. Los lentes negros con que defendía sus ojos el chico, le daban un aspecto de calavera.

—¿Como pica sin lentes? Se puede hacer tuerta...

—No tengo para comprar...

Al golpe de los martillos las piedras sonaban como si fueran de cristal. La trituradora mecánica comenzaba a rugir allá abajo, junto a la cerca, bajo su cobertizo. El chico se fijó en que, en los extremos de los ojos, ella tenía dos amarillas lágrimas de pus, que limpiaba con la manga del traje a ratos.

3

Estaban tan próximos que seguían conversando.

—No se avanza.

—¿Para cuándo calcula su metro?

—Para pasado mañana.

—¡Y es uno veinte no más lo que pagan!

En las paredes pétreas, mordidas por la dinamita y el pico y la lampa, la luz del día arrancaba coloridos

tornasoles. Pardo cascajo, piedra blanca, piedra roja, azul gris, en vetas, estrías de un músculo sin pellejo. Crecían malvas en los rincones donde el trabajo estaba abandonado. Arriba de la cortadura gigante que era la cantera, encrespaba el viento la salvaje melena de los algarrobos. Ella sugirió:

—Si juntáramos las rumas podríamos cobrar el uno veinte hoy día.

—Juntémosla, ¿a medias?

—A medias.

Con una lampa, arrojada por ahí, y que fue a recoger el muchacho, empujaron los dos montones pequeños hasta fundirlos en uno más grande.

4

—¿Vos cómo te llamas?

—Benito.

—¿Benito de qué?

—No sé. ¿Y usted?

—Juana Soto.

—Ajá.

A cielo despejado el calor asfixiaba. Cuánto costaba cada piedra. Se hacía tarde. Al terminar de romper las piedras grandes a certeros martillazos, reduciéndolas a un tamaño uniforme casi —tamaño número dos— extendían la mano para coger una nueva. Cerca había montones de piedra de base.

—Y antes que es blanca: la azul es más dura.

—Y peor la de granito.

5

Benito volvió a fijarse en la picapedrera. Vestía ella una bata andrajosa, oscura de mugre. Al agacharse martillando, frente a él, por el escote, le veía los pechos flácidos y caídos. ¡La cara, aunque pálida, lucía vestigios de belleza; pero los ojos!

—¿De qué tiene las vistas enfermas?

Juana se pasó la manga, limpiándose vivamente.

—Del polvo de la piedra, como no tengo anteojos.

El roncar de la trituradora llenaba el silencio. Percibíase distinto, en el jadear enorme, el zumbido del "Diesel" y el golpe bruto del mazo contra las piedras que le echaban en la fauce. A ratos

callaba, cuando tras una masticación demasiado fuerte, se le entorpecía su dentadura y se la tenían que limpiar. Entonces hasta la cantera, soplos de brisa traían la voz rumorosa de Guayaquil.

6

—Dizque van a pavimentar la ciudad: habrá mucho trabajo aquí en las canteras; vendrán camiones.

—Desde tiempísimo andan diciendo lo mismo.

Ahora sí fue cierto: al patrón le han dicho.

—Pero ¿te crees chico que será mucho? ¡Cuando más el centro será lo que arreglen; y eso con poco! Y aun cuando fuera todo: uno no es el que gana...

—Pitó la Proveedora: a alzarnos.

—Sí.

De las faldas del cerro se venían los trabajadores: taladradores, barreteros, lamperos. Otras mujeres

y muchachos que picaban piedras más allá, se levantaron. Calló la máquina. El rumor de la ciudad crecía o cesaba según el viento.

7

—Vamos.

—No.

—¿Por qué?

—Aquí no cierran a la hora de almuerzo, no tengo ni medio ¿a qué salir?

El sol cenital convertía el hueco inmenso entallado en el Santa Ana, en un horno de luz y calor. Un gallinazo volaba hacia los algarrobos de la altura: única mancha negra en el campo celeste.

Estaban los dos sudados y cansados. Las caras llenas de tierra. Juana tuvo una ternura para el chico mísero.

—Ven no más: yo tengo un real, comeremos guineos.

Salieron.

8

Rodar febril de las horas calientes del mediodía. Han vuelto al trabajo con todos. Ronca interminable la máquina. Se agitan hombres y mujeres alrededor de ellos, como muñecos. No los comprenden. ¿Por qué se mueven? ¿Qué hacen?

No tienen nada qué decirse. En la mañana es diferente: no cae este baño de llamaradas estupefacientes. Sólo una cosa piensan, martillando

incansablemente piedras, piedras, piedras.

—El metro...

—El metro para comer esta tarde.

Una vasta sensación de angustia se exhala como un vaho de la tierra, de los hombres, de las cosas. Una carreta vacila en los altibajos del cerro, cargada de material pesado. La mula que tira de ella, pone en tensión su musculatura toda. La voz asoleada del carretero retumba,

mientras menea el boyero con que le hace cruces de mataduras en el lomo.

—¡Mula! ¡Mulaa! ¡Mulaa hija de perraaa!

Afuera, distante y quebrada, la voz de un vendedor de dulces, chilla:

—¡Cocada y melcochaa!...

9

—Patrón, allí está el metrito. A ver si, aunque no sea sábado, nos da algo...

—Si ¿Cómo no? Y qué bien se aconchaban ustedes para el trabajo. Vengan a la oficina.

Refresca el aire. En sus pesebres las mulas comen. El janeiro echado frente a ellas, huele tiernamente.

Salen contentos: les duelen todos los miembros, los callos de las manos les arden, aumentados. En el bolsillo les suenan los seis reales.

Un plato de caldo, en el que nadan papas y en cuyo fondo turbio descansa un concho de arroz. La

chingana estaba llena.

Comieron juntos y salieron. Benito se encasquetaba la gorra. Quería decirle algo a su amiga del día. Caminaba hacia la ciudad, por el polvoso camino crepuscular. El Salado parecía fuego líquido. Tras ellos, el agua dormida de la tarde tranquila se apagaba. En las chozas de los cholos, se veían fogones con candela destacándose en la noche naciente. Por la parte baja del barrio cañizo, la marea del Estero que hasta

ahí entraba, al retirarse dejaba camas de todo: las ranas comenzaban a cantar.

10

—Oiga.

—¿Qué?

No prosiguió. De súbito le había invadido al chico rara turbación. Se sintió hombre y la sintió mujer. El frío de la noche de verano insinuaba la proximidad de un cuerpo cálido.

Sus formas femeninas se dibujaban en la penumbra violeta, prestigiándose. Al mirarle la cara le notó limpios los ojos y dulce la boca. Tuvo miedo de solicitar lo que quería. Juana insistió:

—¿Qué decías? .

—No tengo a dónde ir a dormir...

—Vaya: vos eres chico, ven a mi cuarto.

—No. La gente hablaría. Yo ya estoy grande...

Juana rió a medias.

—¡Qué cansada estoy! No seas tonto. Anda. Eres chico. Ven.

Benito recordó los muelles de donde lo arrojaban a golpes, los rincones de las callejuelas lóbregas de la Quinta Pareja donde se refugiaba a veces, las Bombas de donde también era expulsado. Juana mintió convenciéndolo:

—Vivo con una comadre que es lavandera.

—¿Y por qué no es usted lavandera también?

Ella se quitó el trapo con que, durante el trabajo, defendía la cabeza del sol.

—El difunto era barretero en esta misma cantera, trabajábamos juntos, estoy enseñada.

Entraron.

11

Desde ese día fue así. Benito

tenía trece años; Juana, veintiocho, aunque los trabajos la hacían aparecer más. Trabajaban juntos y juntos aguantaban la vicia parra.

No se sabía cuáles relaciones eran las que los unían. Al verlos pasar acompañándose, por la puerta de la chingana del barrio, Maruja, la chinganera, murmuraba:

—Pero qué corrompida la Juana: no encontraría para vivir más hombre que ese chico...

Un chofer que bebía fresco de

tamarindo, gritó hacia afuera, a su camión:

—¡No pite oficial, que me desgasta la batería, no pite, maldita sea!

Bajó la voz:

—No crea, Maruja —dijo—, los hombres somos perros, más mejores son los muchachos. Y sobre todo ¡qué caramba! Todos dos tenían hambre.

La Guerra

a Henry Barbusse

Llegaba el niño, sofocado.

—¡Tío, tío, cuánto he jugado!

El hombre que sentado junto a la ventana abierta al campo, trataba de gozar el aire calentado dulcemente por el pálido sol de abril, enjugó la frente sudorosa del niño.

—¿Y a qué has jugado?

—Pues a la Guerra con Mauricio

y Geo.

¡Los niños jugaban a la Guerra!

Y eso que a uno de ellos le habían matado al padre unos días antes del armisticio; en tanto que el padre del otro había vuelto con una pierna menos.

Jugaban de todos modos a la Guerra.

Para ellos era un juego. Habían sido heridos por ella, pero no se daban cuenta.

—¡Felices cabecitas de pájaros! —meditó el hombre acariciando los cabellos del niño.

¡La guerra! El bien sabía lo que era. Era un sobreviviente —si así podía llamarse— después de veinte meses en el frente. Lo cogieron los gases. Su mordedura le arrancó los pulmones. Le habían diagnosticado un fin cercano. Era su única perspectiva. Le ocultaban que estaba tuberculoso. Pero los 100 por 100 que le concedieron le instruían al

respecto. Ante él tenía algunos meses, un año o dos a lo más de esta vida tan bella, tan dulce que los sanos no saben aprovechar. Esta vida que uno se obstina en decirla tejida únicamente de dolores y penas.

El hombre es un ser ingrato e inconsciente. No comprende lo que es bello y no aprecia lo que hay de bueno en el milagro cotidiano de vivir. El milagro de la sangre que se renueva a cada instante. El milagro de las estaciones sucediéndose y

cada una de las cuales tiene su dulzura.

Los hombres se quejan sin motivo y vegetan...

En otro tiempo, como ellos, no habría sabido comprender y tal vez hubiera permanecido así pueril y frívolo como sus semejantes, si hubiera conservado la salud.

Sólo desde que conoció su fin inminente gustó los mil fulgores diversos que constelan la veste de las horas.

Todo es hermoso. Vivir es el don supremo. Y he aquí que este don que los otros no aprecian, le iba a ser arrancado prematuramente. Intentaba no pensarlo. Quería hundirse en la embriaguez del minuto presente.

—¿Es el último o el penúltimo?

¿Para qué desperdiciar su saldo de vida en abrumarse y gemir? "Moriré pronto. Y bien, sea. ¡Estaba escrito sin duda!".

Pero ¿hasta qué punto está escrito en el destino de los hombres

asesinarse entre sí?

Habían aceptado. Así la fatalidad no intervenía en ellos para nada. Habían sido millones en lo® diferentes países, los que consintieron en el sacrificio de sí mismos. ¡Y su ceguera, su cobardía combinada la llamaban fatalidad!

Se volvería a empezar y volvería a ocurrir de un modo idéntico. La debilidad es consentir la ley que rige más poderosamente en el alma de los hombres.

Los salvados, orgullosos de su calidad de antiguos combatientes, habían traído de sus largos años de permanencia en el abismo, una tendencia a la inercia y hábitos egoístas. Gracias a este sueño los interesados en provocarla volvían a hablar de guerra. Los fantoches que ya antes determinaron la colisión, aparecían ansiosos de suscitar otra. Y se les permitía decir que la guerra no había sido conducida suficientemente adelante, ¡que era necesario hacer sentir la victoria a

los vencidos! El herido puso las manos sobre los ojos, como para evitar una visión penosa. El pensar en una nueva carnicería le era intolerable. Le descuartizaba el alma. Aunque él no iría ya otra vez. No iría porque estaba deshecho.

!Ah¡ locos que creyeron que sería la última guerra y que después de la aventura reinaría eterna la paz. Hablaban de nuevo de guerra y sólo la escasez de dinero les impedía reanudar la locura...

Esperando su advenimiento, los hijos de los "héroes" se distraían jugando a la epopeya.

El hombre lloraba. Lloraba por su impotencia para denunciar el peligro que amenazaba a los dormidos; se lamentaba por su existencia rota en vano. Era en balde que había padecido y sufrido atrozmente, cayendo en cama dos días de cada tres, febril, escupiendo sangre... ¡Era en balde!

Pero el chico se aburría. Para

hacerse presente al tío, posó su manecita en las rodillas del herido.

—¿Tío, estás triste?

Al principio, el tío no respondió. Experimentaba un poco de rubor por haberse dejado vencer de la tristeza. Luego apartó las manos afiladas, de su rostro velado de lágrimas...

—Pequeño...

Una violenta crisis de tos sacudió su ser endeble.

En un espejo columbró su rostro

congestionado, violeta, y se asustó.

—¡Voy a reventar! —murmuró.

En la jaula desvastada de su pecho había un batir de alas locas y aquello hacía un ruido de arenas agitadas.

El chiquillo temeroso retrocedió; no se movió ya.

Al enfermo se le calmó la tos. Acercó el pañuelo a la boca y lo tiñó una mancha de sangre. Tuvo un gesto de loco que se reprochó demasiado tarde. El movimiento fue espontáneo.

Mostró el pañuelo enrojecido al niño.

—¡La guerra es esto!— le dijo.

—La guerra es sangre!— exclamó el niño, asombrado.

—Sí.

Las lágrimas lentamente descendían por sus mejillas flacas.

—¿Lloras?

—Me hace llorar lo que a ti te divierte tanto.

—¿La guerra?

—Sí.

Y de nuevo se inflamaba. La guerra, explicóle, es el padre de Mauricio con su pierna perdida, es el pequeño Geo que no tiene ya padre; la guerra tiene la culpa de que el hijo del vecino esté ciego, y de miles y millones de desgracias que dejan por todas partes familias desoladas.

—Entonces... ¿No se debería jugar a la guerra? —preguntó el niño intentando comprender.

—Así es.

El chico reflexionó largamente. Lo miraba con atención el hombre, queriendo adivinar lo que pasaba en el pequeño cerebro. Al fin el chico dijo:

—¡Pero si yo quisiera jugar a otra cosa nadie querría jugar conmigo!

Era un grito del corazón.

El herido hubiera querido responder; mas su cabeza se ponía

pesada: no encontraba las palabras que hubieran sido necesarias. El niño, pues, jugaría a la guerra todavía más, porque, aseguraba cándidamente, sin ello no jugarían los otros con él. Más tarde, si guerreaban, el niño, ya hombre, iría porque sus semejantes no le dieran el ejemplo del rechazo.

—¡Ay! ¿Y qué hacer?

El, personalmente, ¿qué podía? ¡Estaba tan enfermo y es tan difícil luchar con los instintos de la bestia

que se despierta hasta en las almas infantiles!

Un instante permanecieron silenciosos los dos.

La crisis había cansado al hombre. Se sentía abatido. La noche pasada no había podido dormir. Ahora, la necesidad de sueño lo laceraba. Intento combatir la fatiga, pero era más fuerte que él.

—Anda juega, chiquillo, voy a dormir —terminó.

El niño lo besó y alejóse.

En el camino los niños juegan. Gritos y rumores suben hasta los oídos del herido. Su voluntad lo mantiene aún unos momentos despierto. Medita en la pesada tarea de los padres, tarea que ni entrevén, o que se niegan a mirar cara a cara. Ah: son culpables...

Después, los rumores se acercan.

Los chicos brincan en un prado vecino. Desde su sitio puede ver sus maniobras. Distingue a su sobrino mezclado al tropel ruidoso.

—¡Atención! —grita una vocecita— ¡atención que allí están los boches!

Tres chicos saltan de un foso. Gritan más fuerte.

El herido no los oye ya. Con la cabeza inclinada en el respaldo de su asiento, duerme.

La luz del sol baña su cara pálida.

La Fauce

Roncó el motor, tropezó el auto en un bache y traspuso el portalón. Era casi de noche. Arellano hizo resonar la portezuela y descendió de un salto.

—¿El señor Vélez?

Un cholo capataz le contestó.

—Ya lo llamamo. Está merendando.

—Mejor voy.

Aún retumbaba el trueno de la cantera en movimiento. La trituradora hacía temblar el suelo. Las barretas llovían sus golpes metálicos y múltiples: cuarenta peones al pie del muro a pico del cerro alzaban y bajaban sus cuerpos desnudos de cintura arriba y lentamente bañados en sudor. Dos camiones cargaban cascajo.

Podía hacerse lo que Arellano quería. Tendría Vélez que pagar sobretiempo, eso sí. Pero él quedaría

bien con los gringos. Les haría ver que era el mejor contratista de cuantos proveían de material a la pavimentación.

—Amigo Vélez.

—Ah, señor Arellano. Un segundo. Bajo.

Comía, con la familia, en el corredor de la parte de atrás de la casita. Esta era de tejas y caña; y edificada junto al portalón. Arellano hubiera querido subir, por acercarse a las hijas de Vélez, pero el dueño de

la cantera le adivinaba la intención y se le anticipó bajando.

—¿En qué puedo servirle, mi querido viejo?

Al mismo tiempo que le estrechaba la mano, saludaba con la cabeza y con su mejor sonrisa a una de las hijas de Vélez, asomada arriba. El viento de la tarde mecía remolinos de áspero sabor a polvo de piedra.

En el sur de la ciudad, en la cloaca madre de la canalización se

había roto la bomba. Chorros turbios inundaron el zanjón: el agua ocre y espesa subía por minutos de nivel en el entablado y amenazaba toda la red de zanjas. Brincó el timbre del teléfono. A Zenck lo ponía furioso el teléfono incesante en su escritorio. Todo el día lo llamaban. ¡Del patio Nº 1, del Nº 2, del 5; de las bodegas, de la gerencia, de contabilidad, de qué se yo! Descolgó el auricular.

—¿Sección camal? Ajá, sí. ¿Qué dice?

—¿Cien metros? ¿A esta hora? Imposible.

—¿Y por qué dejan pasar esas cosas? Responsabilice a los capataces y al taimquiper.

—Voy a pedir al contratista. Chao.

La cara sonriente y el diente de oro de Arellano se le vinieron enseguida a la memoria al jefe de construcciones. Era, sin duda, el contratista más rápido, más amable, más eficiente. Y era querido en toda

la compañía. Se metía como un diablo por todas partes. Muchas veces en el auto, al lado de Harrison, el gerente inglés, cruzaba entre las hileras de peones cholos y negros, los días de pago, Zenck cedió a la simpatía y a la conveniencia. Un telefonazo también y le pidió:

—Cien metros cúbicos de piedra hasta las doce de la noche en la cloaca grande del camal. Sesenta de base; treinta, uno —y— dos y diez, chispa.

Arellano respondió.

—Al tiro. Treinta por ciento de recargo. Y... tengo mucho que contarle de aquellas chicas, almorcemos juntos mañana para hablar.

—Convenido, pero ahora no me falle.

El auto traqueteaba y lo sacudía. Las calles eran lodazales apenas cascajeados en parte para el paso de los camiones. La pavimentación sé imponía hace mucho. Y sólo ahora

comenzaba. ¡En cambio, decíase Arellano, desde cuándo la tenían en Quito! Pero, los serranos no eran culpables: lo eran los costeños que los dejaban llevarse todo: ¡si sólo la ría les faltaba!

En el centro de la ciudad, ocho calles por ocho, subsistía el viejo adoquinado colonial. Canalización y pavimento eran dificilísimos en el suelo de lodo, plano y fofo, cavando dos metros el cual ya se hallaba agua. Pero, Arellano se sentía a gusto

en la agitación, la bulla, la gente, en las calles en su mayoría abiertas en zanjas que dejaban ver la entraña lodosa, verdusca, grasa y resbalosa como jabón prieto. Dentro, se rompían de sol a sol las cuadrillas. Caras embarradas o pringadas miraban pasar, entre lampazo y lampazo, el carro del contratista:

—¡Gallazo es!

—¡Los negocios que hace! Sale rico de ésta.

—Amiguísimo'e los gringos.

—Chupa con Harrison.

El no oía esas conversaciones. Se arrellanaba lo mejor que podía para resistir las sacudidas. Aunque cuando llegó a la cantera era un poco tarde, se dedicó a discutir el asunto con el dueño, al pie de la casita. Le sonreía con el irresistible diente de oro. Le daba palmadas en el hombro. Lo cogía del brazo, apartándolo como para revelarle un gran secreto, y le soplaba con la voz suya, convincente:

—Usted puede, querido Vélez. Usted es un industrial joven, eficiente, con un gran equipo, buenos obreros y la mejor cantera del cerro del Carmen. Por eso me vine acá y no fui donde Rosales.

Extendió el brazo izquierdo, tirando de la manga de la americana y descubriendo el reloj pulsera que ceñía con ancha cinta de oro la muñeca velluda.

-—Cinco para las seis. Decídase antes que alce la gente. Tiene seis

horas.

—Pero es que, oiga Lisandro, no hay un stock de piedra así en la cantera. Habría que pegar dos tiros, lo menos.

—Se pegan. ¿Hay barrenos hechos?

—Sí, pero va a llover y no están ni cargados.

—Por lo mismo, antes que llueva.

Se inclinó hacia él con ojos casi

magnéticos:

—Y ya sabe, cinco por ciento en metro.

La mayor de las hijas de Vélez, desde su baranda del corredor veía a Arellano y le gustaba. Cierto que la buena vida lo hacía engordar un poco demás y que la frente limitada por zambos alizados con brillantina era muy estrecha aunque se procuraba abrir entradas haciéndose depilar con pinza; cierto que era casado... Pero, su viejo era muy celoso. Rara

vez las dejaba ir al centro. El barrio era apartado. Sólo veían cholos. ¿Y no se sabe de tantos que se divorcian para volver a casarse? Lo seguía curiosa, en sus expresivos gestos.

Vélez se decidió:

—Vamos a hacer lo posible.

—Esa no es palabra para usted, mi admirado Vélez. Nosotros somos hombres de hechos. No vamos a hacer lo posible, vamos a hacerlo. ¿Quiere?

Vélez era blanco y rojizo;

enrojeció más, frunció su bigotillo y puso en alto los ojos. Hacía testigo al cielo u observaba la atmósfera. Prietas nubes grises se desbocaban por encima del talud. Cerníase amarilla claridad sobre el semicírculo polvoriento de cuyo suelo y muros, abiertos en piedra viva calentada, se desprendía un vaho de horno. Húmedo olor al Salado cercano y a aguacero inminente, se respiraba. Caían los brazos de barreteros, lamperos, picapedreros y carretilleros. Los

choferes pitaban y los últimos camiones se dirigían a la salida. Vélez ordenó:

—Que no se vaya nadie. Hay sobretiempo. Llámame al negro Llorel.

—¡Va a dar piedra hasta por castigo! —había dicho, al anunciar que estaba terminada la perforación. Le costó tres jornadas de tirar combo, en el saliente estrecho y elevado a veinte metros. En ese tiempo se rompió, como decían en la

cantera.

Desde que La Proveedora pitaba a lo lejos las siete de la mañana, ocupaba su sitio arriba. El gran mazo caía con un toque de campana sobre la chata cabeza del taladro. ¡Ah, si tuvieran uno eléctrico como el de la cantera de Benjamín Rosales! Ese zumbaba como un gigantesco moscardón y su zumbido hacía destemplar los dientes.

—Acho, pero en dos chinchorrazos dentra a medio cerro.

—¿Y cierta será que dizque tiene punta de diamante?

—Yo qué sé, pero es durísimo, lo mismo para piedra azul que para la floja.

Mas, a Llorel, viéndolo bien, no le gustaría que en la cantera donde trabajaba tuvieran taladro eléctrico. No necesitarían tanto de él. Tal vez le rebajaran el jornal; esto si no lo botaban. Y tampoco podría lucir su pecho y sus espaldas que parecían talladas en la misma roca del cerro.

No tendría que batir el combo. No dirían como a veces había oído a su lado:

—Cuerpazo el del negro. ¡Para boxear fuera bueno!

Temprano hacía fresco: más tarde encendía el día y la sed lo aguijoneaba. Sudar tanto era lo que debía hacer dar tanta sed. Se asomaba y haciendo alta voz con ambas manos gritaba:

—¡Agua! ¡Agua, muchacho!

Bebía dos tarros, de los de

salmón, a sorbos, y seguía. En la cantera era él quien se entendía en todo lo de los tiros: calculaba la profundidad y la dirección de los agujeros, el espesor de las vetas, el número de los cartuchos, según lo que se deseara extraer; y, a la vez, daba mazo al taladro, revisaba a última hora la dinamita, colocaba las conexiones de los cables y apretaba el botón de la batería.

En los tres días, sólo se ocupó del barreno. La mujer, una muchacha

blanca, paliducha y frágil, casi no le arrancaba palabra. Acariciaba apenas a su chico, de año y medio de edad, que gateaba comiendo tierra por las tablas cochosas, pegadas contra el suelo fangoso sin riostras, del piso del cuarto. Comía de prisa y caía rendido como un muerto. La mujer se quejaba:

—Vea que tú te matas. Estás tan cansado que caes ni piedra en pozo. Ni hablar se puede contigo.

—Es un gran tiro el que vamos a

dar: diez y ocho pies lo menos. ¡Lindo el hueco en punta piedra azul!

De mañana, el día que debían dar el tiro, Vélez se le quejó:

—¡Lo que son las cosas moreno! ¡No podemos dar el tiro hoy! No habría qué hacer con la piedra. Los pedidos escasean. Va mal el negocio. ¡Los tiempos mismos que están malos!

Durante la jornada barreteó por ahí descontento. Y se alegró el negro Llorel cuando el patrón lo llamó para

hacer el tiro esa misma tarde.

En pocos instantes cambió el aspecto de la cantera. Al pie de la casa de Vélez, cerca del portalón, se apiñaron las cuadrillas.

—Están metiendo la dinamita.

—¿No sientes el olor del aceite de birbano?

—Fuerte ¿no? ¡Buenos tiros van a ser!

—¿Y cuántos?

—Tres. Es para el Camal.

Necesitan como cien metros, dicen.

Los camiones habían partido para volver enseguida. Otros, de regreso de anteriores viajes, aguardaban en la calle, fuera de la cerca. Un silencio de espera transía el aire. Apenas espaciado y único, el golpe de un combo sobre un taladro, venía del fondo, de junto al muro envuelto en las primeras sombras.

El muro no era recto, descendía en oblicuas protuberancias, en vetas agrietadas o salientes, permitiendo

pequeñas sendas escarpadas. Terminando de preparar el barreno de abajo subieron al más alto el grande. Llorel sudaba.

—Apurémonos antes que nos coja el aguacero.

Taquearon apresuradamente el segundo barreno. Penetraba en una veta de piedra azul y apuntaba al centro del cerro. Mordía roca y el otro sólo piedra ligera, cascajo. Las uñas del negro chirriaban de polvo. En su garganta se espesaba la saliva

con el sabor oleaginoso del explosivo.

—¡Este hace corcovear al cerro!

—Pone piedra hasta fuera de la cerca.

El saliente casi no les dejaba sitio. El viento recio, precursor del aguacero les pegaba las camisas al cuerpo. Veinte metros abajo se empequeñecían la casita con la gente al pie, la trituradora apagada, la cerca, los camiones vacíos, la calle blanca en la penumbra, y más allá de

ella la sabana fangosa con casuchas de cholos y la barreta torcida, pulida como plata que era el estero Salado a la última luz.

Se impacientaba Arellano. Quizás ya eran las siete. ¿A qué hora empezaría el acarreo si no había aún material? La trituradora que bota piedra numerada, falta de qué moler, callaba. La gente comía pan con queso y empanadas, fiándole a los vendedores de canasto. Y la noche y la lluvia se venían encima. El y

Vélez se acercaron:

—¿Qué pasa, negro?

Lo vieron hacer un gesto con la mano y le distinguieron blanquear camisa, ojos y dientes.

—Ya mismo.

Todavía se inclinó, manipulando, sin duda, los cables de la batería. Arellano trataba de ver la hora en la pequeña esfera perdida de su reloj. Confiaba en que le alcanzaría el tiempo para ir a ver salir a las mujeres de la función especial del

"Olmedo", dejando hechas las primeras cargas.

El negro se apartaba del barreno. De lo alto agitó ambos brazos mandando retirarse. Vélez dio orden:

—¡Retirarse! ¡Retirarse todos! ¡Mejor tras de la cerca!

La peonada salió fuera del portalón. Gente del barrio acudía a presenciar el tiro. Un chico gritó:

—¡Rompo cabeza, costilla no pago!

Las primeras gotas menudearon en el polvo. El olor a tierra mojada recorrió a todos. Vélez y Arellano clavaban los ojos en el lugar del barreno que en lo oscuro casi no se percibía. Se destacaban las camisas del moreno y del serrano su ayudante, separándose del agujero y caminando a lo largo de la cornisa.

Como en toda espera, les batía el corazón ligeramente precipitado, aunque nada de anormal tenían. Se tardaban mucho únicamente. Y ellos

aguzaban los ojos para darse cuenta a lo que el negro subiera y bajara el brazo, estableciendo la corriente. Las gotas se volvían aguacero cerrado. Con el mutismo, su rumor crecía. Si no tiraban inmediatamente todo se inundaría, no habría tiro.

—¿Qué será?

—No sé. Se atrancaría. Vea, ahí van al barreno otra vez.

Por la cornisa los miraron acercarse al punto en que sabían estaba la perforación. Caminaban

lentamente. A Arellano le parecían dos muñecos. Los vieron llegar y vieron al negro arrodillarse, casi meter la cara en las piedras. El machetazo del relámpago cortó las tinieblas. A Vélez y a Arellano la detonación les ahogó el pecho, les pateó las sienes. El cerro se rajó explosionado en una pluma enorme de piedras y polvo.

—¡Dios mío!

El eco repetía ahora el hondo estampido en las laderas vecinas. Se

oyó las piedras menudas ametrallar las tejas de la casa, la cerca, la calle. Un griterío estalló en la gente. Todos se precipitaron corriendo adentro.

—¡Se mataron!

—¡Jesús!

—¡Corran!

—¡Un médico! ¡Camilla!

—¡Vamos a ver!

Arellano avisó débilmente:

—Voy a ver al médico.

La noche los rodeaba. El otro se detuvo:

—Eso es, vaya. Tiene que haber sido que se atrancó, y, a lo que movieron el cable pasó la corriente... ¡Qué desgracia!

—¡Horrorosa!

Subió a su auto. No quería ver los despojos. Serían muñones desmembrados, carbonizados, sangrientos. Atontado, pisó el acelerador. La lluvia hacía la noche fresca y dulce. Puso en movimiento

el limpiador automático del parabrisa que el aguacero llenaba.

"Se Ha Caído Una Casa"

Las bestias resoplantes de los camiones hollaron el lodazal de la calle ancha, vacía de edificios, con solares y covachas, donde se erguía solitaria la fábrica. Giraban en falso sus llantas lisas en el lodoso lecho de sartenejas abiertas por las carretas. En el portal de mosaicos depositaron los grandes cajones de madera de pino, recién sacados de la

Aduana.

—¿Son los nuevos motores de más caballaje?

—Sono lo Diesel de maior potenciale, sí.

—¿Cuántos?

—Dos. Ma mío hijo, apurarsi.

El dueño de la fábrica, ventrudo y rubio, secábase el sudor. Los cargadores pujaban. Se prendían a un tiempo en colectiva actitud de hormigas.

—Cuidado se sale el polín...

—Contén allá, upaa...

—Hazle simbarra de atrás.

Las puertas brunas, de tablones macizos, abrían la boca. Adentro, de la confusión extraña de máquinas, unidas por cabelleras de correas de transmisión; de las mesas de amasar fideos, de las bodegas de cacao; venían vahos de olor vital, a aceite, a galleta, a chocolate. La secadora enorme daba vueltas, repletas sus repisas. Los cajones reposaron por

fin en las nuevas dependencias, que se les destinaban.

En la esquina, la covacha no había sentido nada.

El viejo Rugel arrugaba su cara de cholo, en ternuras seniles al hablar de su covacha.

—Vieja, viejita...

El dorso oscuro, la palma pálida, posaba sobre la carne de cañas fofas grises, que parecían de un momento a otro hacerse polvo, la mano temblona. Acariciaba las hebras de

sol de los antiquísimos bijao-pajas que cubrían el techo, deshilacliadas.

Se lo dijo al italiano:

—¡Mi viejita, señor gringo, mi covachín! Vivo en ella desde tiempísimo: ¡ahí murió la difunta! Me la van a tumbar los cajones esos, sus máquinas nuevas...

—¿Y qué vamo a hacere? Per sentimentalisma non si pierdono negoci, signor Rugeli. Se li pagará indemnizacioni, compraremo sua covacha...

Rugel trató de explicar que no era el valor en dinero lo que le importaba: era recuerdos... El subgerente de la fábrica se impacientaba:

—Ya sabe lo que podemos hacere, Rugeli, se li paga...

Insistió un rato, luego no pudo más; evocó sus tiempos; se irritó:

—Vaya al carajo, bachiche sin entrañas, ladrón... ¡gringos que vienen a fregar al hijo del país!

El gringo golpeó al viejo.

—¡A mí no me alza la mano, gringo!

Los separaron. El viejo Rugel fue conducido por los pacos a la calle Cuenca, a la Policía.

Surgió de los cajones, olorosa a pintura nueva, la acerada estructura de los Diesel. Brillaban los cilindros; henchíase opaca su caparazón inferior. Los albañiles les preparaban pétreas camas de hormigón, los mecánicos armaban su

postrer acabado; los obreros calificados los conectaban a las máquinas especializadas.

Un mediodía, las bestias resoplantes de los camiones volvieron a hacer trepidar el barrio desierto.

Venían cargados de tanques de petróleo: manchados peones les hicieron resbalar sobre el mosaico rojo del piso de la fábrica.

En la esquina, la covacha no había sentido nada.

Una vibración violenta se comunicó al hormigón. El incendio explosionó el petróleo en los cilindros. Tomaron carrera los émbolos; se movieron los cojinetes; cantaron las válvulas; chillaron las transmisiones; las correas lubricadas chillaron. Un soplo de aire removido azotó las caras de los curiosos. Se estremeció el suelo, bajo sus pies, brutalmente sacudido.

Se pudo seguir en su camino alado a la ola de violencia a ras de

tierra. Hizo rendijas en los mosaicos, salió al portal, agarró los resistentes estantes de los edificios de la fábrica. Vaciló porfiado en moverlos. No pudo y continuó su carrera. En la calle de tierra, sin pavimento; separó los guijarros, movió los adoquines, resquebrajó terrones de sartenejas.

—¡Corría a la redonda de los Diesel! Llegó a los rieles del tranvía, superficialmente clavados a los durmientes y los hizo saltar. Golpeó

otro portal, éste de tierra; guacayes mal tenidos, viejos maderos semisepultados en el suelo; cabeceras podridas sin calces: la base de la covacha de Rugel. La violencia reía.

Un estrépito en la esquina hizo salir a todos los que admiraban la prueba, la prueba de los Diesel, a la puerta de la fábrica. Donde estuviera la covacha no había sino una polvareda que al dispersarse dejó ver un hacinamiento de palos viejos,

cañas rotas, pajas removidas.

—Se ha caído una casa.

—Es el covachín del viejo Rugel.

Mataburro

Ya al avanzar hacia su puerta, le pareció raro a Miguel Saavedra tambalearse sin haber bebido. Lo asombró más aún, notar que el gallo atado a su banco de zapatero, apareciese teñido de azul. ¿Estaría tan borracho que no sabía que lo estaba?

—¡Azucena! —llamó a su mujer.

El aprendiz le contestó:

—La señora Azucena salió a

unos comprados.

Se restregó los párpados. Respiró hondo el tanido y la sombra del taller. La tintura del plumaje del gallo no alcanzaba el pico, la cresta ni las patas. Pero al alzar casualmente la vista a la pared, Miguel se asustó: en el fondo gris del retrato, a Stalin se le habían puesto los cabellos y los bigotes tan azules como se le veían canosos en las últimas películas.

Se volvió al operario:

—¿Y Juan Illich se fue con la mamá?

—Sí, maestro.

Miguel se pasó los dedos por la frente. Lo rodeaba un vago miedo. Era demasiado. Su oficial, el zambo Anselmo, apodado Sapo de la Grecia, mostraba sus crespos embetunados de legítimo añil. Lo mismo ocurría con sus terrosas uñas y con el acero de la lezna que empuñaba.

—A ver, Sapo de la Grecia,

acércate y déjame soplarte el ojo. Quiero que me digas con franqueza si apesto a aguardiente. Te ofrezco que, en diciéndome la verdad, no voy a calentarme.

—Yo lo olfateo, maestro, pero no vaya a querer pegarme: de no, no le digo.

—Te juro que no te pego. Es por una cosa...

Sapo de la Grecia se levantó y se arrimó a su patrón, cautelosamente y adelantando la nariz.

—¡Milagro! —informó —. Sólo a cebollas y a muela picada larga el tufo: ¡lo que es a trago, ni hostia.

A Miguel le empapaba las patillas un sudor frío. Una arcada de náusea le torció el estómago. Fue a la puerta y se cruzó de brazos cara a la calle. Mas, allí se le acabó de virar patas arriba el mundo: el ciclista, la cocinera que cruzaba balanceando una canasta, los chicos que zumbaban sus trompos, los sones del piano de la vecina del piso alto de la casa de

enfrente, todos iban con cabellos azules, eran azules.

—¡Ajo! ¿Qué será esto? ¿A qué hora vendrá Azucena?

Retrocedió y se dejó asentar en la banqueta. Con ambas manos se tapó los ojos. Sapo de la Grecia le observó ceniza en la piel morena, antes seca como la cabritilla y últimamente más floja que badana. Alarmado le preguntó:

—¿Qué le pasa, maestro? ¿le duele la barriga? ¿le traigo un jarro

de agua?

El aprendiz se levantó y puso en el hombro de Miguel, su mano azul. A éste no le cupo duda: él estaba loco. No podía, eso sí, contestarlo. Sapo de la Grecia escaparía. ¡Lo dejaría a solas con las leznas, las tenazas, el gallo, el retrato y la calle, tan azules!

—¡No te vayas, Sapo, no te vayas! No quiero agua. Mejor toma una ayora y cómprate un lapo de puro.

Debía serenarse. ¡Qué iba a haberse vuelto loco así de repente! Serían nerviosidades. O tal vez se le habría indigestado la merienda de la víspera. Los locos hablan bestialidades sin sentido. ¿Y no había él mandado a Sapo de la Grecia con palabras sensatas?

Sólo este instante, Miguel cayó en cuenta que la moneda y su voz fueron también azules.

Retorcido vértigo lo azotaba de la cabeza a los pies. Se sostuvo en el

filo de la banqueta. Seguía a ojos cerrados, pero sus párpados eran dos cuajarones de soldadura autógena.

—¡Azucena! ¡Azucena! ¡Ven pronto! ¡Estoy enfermo, envenenado o yo qué sé qué! ¡Maldita sea! ¿Dónde se han metido? Y tú, Sapo de la Grecia ¿te robaste el sucre? ¿Qué fue del trago?

Tenía, irreprimiblemente, que ver: y miró. Por la puerta del fondo, en el oscuro cuartucho, el catre revuelto, el baúl, la mesa con sus

libros, despedían azulencos destellos.

A su lado, la penumbra de su taller de remendón hediondo a cuero roído de sudor de pies, irradiaba como si lo alumbrara una lámpara fluorescente. ¡Su única despintada repisa, resplandecía más que vitrina de lujo: los zapatos con media suela pero siempre chuecos, se veían hasta bellos!

—Aquí tiene, maestro, el mataburro. Pero cuidado no vaya a

salir haciéndole más daño.

No averiguó a Sapo de la Grecia si él también percibía la inexplicable iluminación. Aunque le desagradase reconocerlo, sí debía estar un poco mal. Callado recibió el turbio vaso. Sin un gesto se bebió aquel sorbo de la vasta mar azul. Miguel no conocía el mar sino en el cine. ¿Cómo va a conocerlo un remendón de un puerto a la orilla de una ría blanca de fango?

—¡Ah! ¡Ah! —chasqueó la

lengua.

Se irguió confortado. Recobraba su confianza. Ya no sudaba frío. No estaba loco. Más loca era la gente que le había puesto a Anselmo el apodo de Sapo de la Grecia. ¿Qué tenía su oficial de Sapo, de sabio ni sabido?

—¿Y? ¿Le asentó bien el trago, maestro?

El fuego del mataburro le ascendía y descendía en oleadas. Las fulguraciones azules le danzaban

como vetas o trombas marinas, verticales del tumbado al piso.

—¿Se mejoró, maestro?

Sin duda, Sapo de la Grecia ponía la voz azul para burlarse de él. ¿Por qué iba a enloquecer? Cierto que se lo habían prevenido los camaradas, al suspenderlo por tres meses de la militancia en el partido. Fue una sanción por sus borracheras. Miguel apeló contra la resolución de su célula. Pese a sus argumentos, el Comité Regional la confirmó.

Recordaba que odió más aquella sentencia, por haber encargado a un universitario comunicársela.

—Sí, camarada Saavedra, tienes que corregirte. Con tu vicio perjudicas y desacreditas al partido. Tres meses son plazo corto: ya volverás a nuestra lucha...

Vestía un limpio terno de dril, zurcido en codos y puños, el camarada estudiante. La risa franca le movilizaba la cara de piel muy oscura, desde el mentón razurado a la

ancha frente. Con Miguel se habían estimado mucho. Ahora, le tuvo rabia:

—Ustedes, los intelectuales, vienen a nuestro partido como a la iglesia... ¡Vienen a imponer reglamentos, disciplinas, payasadas! ¡Alguna vez tendremos que botarlos!

—Tú no eres obrero, sino artesano, camarada. Luego, le apretó cordial el hombro. Añadió: —No bebas más. No te alejes del partido: aunque no sea con la célula, éntrale

al trabajo sindical. Además, Miguel, la sanción no es sólo por el partido: es también por ti. Si sigues chupando, te enfermarás. Tus hijos van a nacerte ataquientos o idiotas. Tú mismo terminarás por volverte loco...

Abandonó el trago por quince días. Pero se arrastraba en un abatimiento inaguantable. Se dormía en el sindicato. Causaba extrañeza la desaparición de su entusiasmo. ¡Cuándo antes! Vivaz, parlanchín,

sacudía con su aliento alcohólico las reuniones. Ya hasta la charla y la lectura lo aburrían.

Al fin volvió al aguardiente mataburro, aunque sabía decir él, que es el alcohol más canalla con que se pueda envenenar a un pueblo hambriento y sin esperanza. Y parecía que Miguel quisiera ahogarse en sus bizcas olas de pesadilla.

En las chinganas, durante las borracheras, insultaba a los ausentes camaradas. Los culpaba de la

imposibilidad de vencerse. Dentro de la célula, estaba seguro, habría dominado su vicio.

Un compinche de bebezonas le replicó, con impertinencia. Era una especie de calavera o momia negruzca. No lo lograba olvidar. Los blancos de los ojos se le veían purpurinos:

—¿Te crees, pendejo, que te lo han dicho por gusto? A mí también me lo han advertido, mi hermano que es médico y varios médicos: los

chupistas nos volvemos locos. Siempre nos morimos locos...

—¿Entonces cómo sigues jalando trago?

—Porque a mí nada me importa en el mundo... ni mujer ni hijo ni partido ni ñoña... Así es la cosa, hermano. ¡Mientras más pronto reviente, mejor!

Días después, Miguel empezó a defecar sangre. Se asustó. Corrió a hacerse atender de médicos del Hospital. Le prohibieron el alcohol.

Por el mismo tiempo, el partido le comunicó que la suspensión se mantenía tres meses más. Esta vez, se encogió de hombros y se fue a buscar más mataburro.

—¡Azucena! ¡Azucena!... ¡Juancito! Vengan, vengan ... Anda a buscarlos, Sapo de la Grecia. No, no estoy loco: ¡mentira! Es que oigo y toco todo azul.

La marea de tristeza del piano de la vecina, avanzaba con la envolvente gracia de una ola,

salpicando encajes de espuma. Pero, Azucena no venía. No vendría, por más que Miguel clamase por ella. Deseaba mirarle los ojos. Querría abrazarla, magullarle de caricias el cuerpo, morderle la boca. ¿También vería azules sus labios, y no rojos y brillantes de mojados, como esa vez?

—No, azules no.

Azucena era la última belleza que le quedaba. En un tiempo lejano, él había soñado fabricar zapatos bellos y no remendar cueros podridos.

Ahora descubría que no habría querido morirse sin haberle cosido para ella, los zapatos más hermosos que pueda calzar mujer alguna en el mundo. Era su mujer.

Y era mejor que cualquiera de las blancas, esposas de los enemigos de clase. Era bella como todas juntas las mujeres de las ciudades comunistas del futuro, que empujarán con sus torres, antenas y terrazas, los horizontes diáfanamente rojos en el canto de las albas: rojos, no azules.

Pero, lo que es él, ya no conocería nunca el mar.

La Entrevista en Guayaquil

(Estampa Americana)

Las cortas ondas de la ría se agitan turbias. Sentado cerca de la popa del bote, el General San

Martín, vestido de uniforme azul oscuro, mira sin fijarse los muelles, las balsas, la orilla fangosa. Busca con los ojos al General Bolívar. Canoas y lanchas bogan en torno. El iris de la bandera colombiana y el blanco y celeste de Guayaquil y de Argentina se mezclan en los gallardetes. ¿Cuál de los militares que se agrupan en el muelle es Bolívar? Cree que sólo al verlo lo identificará de golpe. Presiente que ha de ser un soldado de ojos sanguíneos, piel morena y nariz de

pico de cóndor. Pero ¿no es el cóndor tan argentino como colombiano? ¿No es en los Andes argentinos donde se ha ganado Chacabuco y perdido Cancha Rayada?

—Comandante —dice al Edecán —, ¿usted conoce al General Bolívar?

—Cómo no, mi General, allí está.

—¿Cuál?

—Aquél que se apoya en el pilar.

—¡Ese!

Y desde ese instante sus ojos no se le separan. Bolívar se inclina cortés, tendiéndole la mano con la desenvoltura cautivante que lo caracteriza. Está rodeado de sus oficiales. Son todos héroes. No sabe por qué San Martín no siente héroes a los suyos, no siente héroe él mismo. Hasta le desagradan un poco los héroes. Hubiera deseado gobernar en paz, organizar. No le gustan las batallas ni la sangre.

Detesta el ambiente de cuartel. Pero la vida exige. Ha tenido que guerrear. Y que vencer. Mas, si ha vencido es por que ha jugado las batallas como partidas de ajedrez, las ha trazado como cálculos matemáticos. ¿No era él el mejor matemático entre los cadetes de la Escuela del Rey, en Cádiz? Ahora es el jefe de los ejércitos argentinos. Mañana, tal vez, el primer magistrado de la paz argentina.

En cambio, mi General Bolívar

¿qué se hará cuando cesen las guerras? Dicen que en Cúcuta ha dictado una Constitución admirable. ¿Podría volverse un gran gobernante demócrata, un Washington? No, la América Española no es los Estados Unidos. Hay aquí, en nuestra América, y especialmente en Colombia, demasiados generales mulatos y salvajes, demasiados soldados analfabetos y demasiados gamonales y clérigos, moviéndolos, para que surja una democracia como la del Norte. Tampoco podrán

florecer las monarquías en este nuevo mundo, arrancado a la nada como un sueño. ¿Y entonces? San Martín se hace esta pregunta como quien se agacha sobre un abismo, el abismo del porvenir americano.

—¡Mi General, es una satisfacción, es un honor único!

—¡He aguardado con ansia este día de mi vida!

San Martín es más alto; Bolívar, más esbelto. Una corrección de acero y de finura se perfila en la persona

pulcra del argentino. Un desafío grácil que no llega al descuido, aureola de impremeditación y de genio al colombiano. Sonríen al estrecharse enérgicas las pianos. Cae a plomo el sol radiante del Guayaquil luminoso sobre los uniformes y sobre las espadas.

El pueblo de Guayaquil ha hecho el 9 de Octubre. Ha dado sin contar, soldados para el ejército de Bolívar. Ha combatido en Yaguachi y vencerá, en Pichincha. De los pisos

bajos vecinos al lodo, de las covachas a la sombra de los algarrobos, salen hombres y mujeres morenos, aceitunados de paludismo, con avidez de ver a los héroes de América.

Para San Martín se confunde la impresión cálida de la ciudad tropical, hecha de sombra azul y de sol, con la acogida del hombre que lo recibe como huésped. Experimenta cierta amargura de ser recibido y no recibir él. Y desconfianza oculta. El

tuvo la delicadeza de aguardar en Lima. Bolívar le presenta el hecho consumado de su presencia en el puerto astillero mayor de la mar del sur, la presa codiciada desde siglos por los piratas, y que será colombiana.

Pero es imposible guardar rencor al hombre alegre que destierra solemnidades con la cordialidad con que lo acoge. No puede sostenerle la fría, la casi hostil cortesía que deseara. San Martín es sincero,

modesto y bueno. Está ya admirando al soldadote al que preveía detestar. ¡Tiene tan leal sonrisa, tantos sueños grandes y tanta fuerza para realizar los sueños, mi General Bolívar!

La casa donde se realiza la entrevista es de techo de tejas, de amplios balcones coloniales y cortinas de lienzo como velas de barco. Una palma de coco la sombrea. Las habitaciones guardan un vago olor de crudas maderas tropicales. A solas, los dos hombres

a ratos callan, a ratos hablan con vehemencia. Algunas veces ríen. El eco de sus voces distintas en los cuartos sonoros se vuelve plástico, casi se podría tocar.

—¡El porvenir y la libertad de América, mi General!— dice Bolívar.

—¿Y la paz y el orden?— responde San Martín.

Sus juventudes han sido parecidas como todas las de los años heroicos. Han leído los mismos

libros y han hecho los mismos viajes. Los españoles se llevaban el oro y la plata de México y del Alto Perú. Las aduanas de Buenos Aires enriquecían a los oidores y virreyes. Los galeones cargados de cacao que salían de Guayaquil para Sevilla, debían hacer escala en Acapulco, por obra y gracia de la centralización y del capricho. ¿Y qué decir de los azotes y el cepo a los negros y los indios en las haciendas? A ellos, americanos, les dolía. No se podía tolerar más. América ha luchado y ha

vencido. Es libre. ¿Qué va a hacer con su libertad?

—En ocasiones me pregunto si no aramos en el mar... Es cuando reflexiono demasiado. Por eso prefiero reflexionar sólo lo suficiente para hacer.

—¿Qué harán de nuestra obra? Debemos organizar el porvenir.

—¿Cómo? La vida desborda toda previsión. Pero mi estrella dice que América seguirá marchando hacia la libertad.

—¿Y la paz y la felicidad de los pueblos?

—¿Y está usted seguro, mi general, de que la paz vale algo sin la libertad?

Al llegar la noche han conferenciado tres veces. Las ideas de Bolívar han asombrado y desengañado a San Martín. Bolívar acaso se siente defraudado al encontrar prejuicios en el único hombre a quien cree su par en América, a quien juzga, al menos, la

segunda personalidad después de él. Mas, ya en la noche que ha refrescado el aire tostado de la ciudad, los dos se sienten de nuevo aproximados. Al fin son ellos la esperanza vislumbrada por algunos millones de hombres en el continente. ¿Se separarán en desacuerdo?

Y mañana se separarán. Mañana los malos hijos de Colombia y los buenos hijos de Argentina, los lanzarán al ostracismo y al olvido. Mañana es Santa Marta y Boulogne

Sur Mer, y sobre el caos americano el tropel chúcaro de los generales mulatos y los gamonales descendientes de la España negra.

Mañana, en otro mañana, nuevos hombres, bajo el signo de la estrella bolivariana, volverán a hablar de la Libertad.

Ahora, en la fragante noche del trópico, antes de ir a la fiesta que les ofrecen, donde beberán Jerez y bailarán con las pálidas criollas, Bolívar y San Martín oyen a los lejos

gemir una tosca guitarra: bruscamente perciben que es el mismo su destino, experimentan la fraternidad viril de su camaradería, se miran a la cara y se comprenden.

La Patrona

Frou-frou se quedó sola entre los doscientos peones de la hacienda. La "Relámpago" —150 H. P. 90 nudos, con hélices de aire— tajó el vidrio de botella de las aguas quietas del "Esterón der venao" y se perdió de vista. Al timón iba Jiménez,

fruncidas las cejas por la atención que tenía que poner en las yerbas y palizadas, funestas si chocaban con el frágil deslizador.

Frou-frou se arrimó con un gesto de sensual aburrimiento en la lustrosa baranda del muellecito. Sus ojos verdes —claros como las hojas húmedas de las chilcas— parpadearon al sol. Caía éste arropando con su hilachosa colcha de oro toda la tierra del contorno. Sin una nube en el azul. Con el grito de

un pacharaco desparramado a los cuatro vientos de la sabana. El zinc del techo del muelle daba crujidos secos. Los palos de la balsa se veían luminosos agachándose en busca del beso fresco del estero. Y Frou-frou se aburría.

Consultó la pulsera chiquitína que sujetaba con cinta de moaré rojo el relojito. Eran las once y media.

—¿Qué haré todo el día?

Se imaginaba al marido que a las tres de la tarde estaría en Guayaquil,

pero no regresaría hasta el día siguiente.

—Debí haberme ido... Juan irá al Olmedo esta noche: y yo me tendré que acostar a las ocho.

Al ver que aquello era ya imposible el zapatito golpeó las tablas sonoras del muelle. Su mirada vagaba distraída sobre el barranco descubierto en vaciante: contemplaba sin ver las grietas hondas, los agujeros negros que semejaban cuevas de extraños monstruos

fluviales. Arriba mustiadas, colgando secas, en el aire, las yerbas lacias. Abajo el gorgoteo levísimo del estero en repunta. Frou-frou, silueta esbelta, envuelta en su denso vestido rojo, subió con andar de azulejo por el muelle a su casa. El ají del sol le picaba —no tenía costumbre— en los tersos y blanquísimos brazos, descubiertos por el traje sin mangas.

Frou-frou era la linda querida del hacendado Jiménez. Los montuvios decían:

—Qué linda hembra la der Jiménez. Pero qué gracia si tiene compacto con er diablo. Tarvez ella es er diablo mismamente. Y er nombre masón que tiene: Fru-frú.

Ellos la habían admirado en los rodeos y en las señaladas famosas de la hacienda. Montaba, cabalgaba, como baquiano viejo, los potros más jachudos. Manejaba la beta con sus manecitas blancas enguantadas. No sabían qué pensar de ella cuando en un arranque repentino arrebataba el

fierro de marcar de manos del herrador. Cuando arrodillada se lo aplicaba en el anca, rechinando los dientes. Entornando los verdes ojos al oír el berrido ronco y al sentir estremecerse entre los lazos el cuerpo pataleante.

La casa estaba arreglada con un lujo raro hasta en Guayaquil. Y lo mejor: flotando sobre los cuadros, sobre los bibelots y fetiches extraños, sobre los muebles exóticos y los libros dijes, la distinción de

una mano de gusto. Había pianola.

Habitaciones llenas de luz. Rejas con flores. Un ambiente que cuando llegaban a entreverlo les parecía de otro mundo a los toscos hombres de lodo y guayacán.

En medio ella, con un amanecer de potrero luminoso en la chorrera de su rizosa melena rubia Frou-frou... La patrona.

Con la rueda del timón siempre en la mano, Jiménez había salido del dédalo de esteros de su hacienda a la

corriente amplia y profunda del Babahoyo. El río se veía esmerilado. La carrera de la "Relámpago" aumentó. Las orillas eran dos culebras negras, muy rectas y paralelas que huían. Se cruzaban con blancos vapores de chimenea oscura y con la toldilla cubierta de tarros de leche.

Jiménez —mandíbulas de chicle, ojos inocentes, hombros cuadrados, metidos en un suéter azul— dejó el timón al chino Alfredo, su chófer.

Un vacío se le hizo en el pecho de haber dejado a su Frou-frou. ¡Cómo la iba a extrañar en Guayaquil! Al refrescar hubiera podido —después de arreglar él sus asuntos en la oficina— coger la "Marquette" e irse a Chongón o a Pascuales a bailar en los saloncitos de mala muerte. Solo no tenía ganas de nada. Que pasara el tiempo... Al día siguiente, apenas tuviese contestación de la carta que iba a largar, se volvería.

Frou-frou, tendida en la chaiselongue de la galería, chupó naranjas. El jugo chorreaba por sus labios y hacía más blancos sus dientecillos fieros, más roja la encía donde parejos y menudos se implantaban.

Se había desvestido para meterse al baño. Se refrescaba antes. Envuelta en un kimono verde de una fina tela china bordada con arrozales, torres agudas y dragones. Sus movimientos tenían languideces

dejosas. Hundía la cabeza chirapa en un cojín de raso.

Cansada de su postura se movió bruscamente, elevando un pie al aire y del envión arrojó lejos el chapín. De una mesilla cercana alcanzó el tarrito de "Capstan" y se metió uno entre los labios. Más que fumarlos le agradaba el olor de higo pasado, de té o de opio, confusamente hecho de imaginaciones orientales, de los cigarrillos.

Cogió un librillo abierto como

estaba. Era un excelsior pequeñito: los versos enfermos de Medardo Ángel, el suicida; leyó:

"Por donde ella pasaba la tragedia surgía: tenía la belleza de una predestinada..."

Por un ratito se sintió la mujer de las estancias amargas. Se sonrió. Y concluyó por reírse del poeta atormentado y arrojar el libro. Recorrió altos y bajos de la mesilla con la vista.

—¿Qué leo? Ese Blasco Ibáñez

es un grosero. Ese de Verona, un sucio. Ese Bourget es aburrido... ¡Ah! Sí: tú, Loti. Loti.

Cogió "Aziyadé". Empezó a leer. Se aburrió de nuevo. No, ni Loti.

—Ajá, tú: Musset.

Tenía un Elzevir rosa, menudo, en papel del Japón con las "Nuevas poesías". Cruzó Rolla, Lucía. No era eso. Empezó imaginando al poeta adolescente, al joven dios rubio; atormentado él también por sus feroces amores con la "(Jeorges".

Paladeando el sabor ardiente, demasiado dulce que se hace amargo, de los versos, leyó:

"Honte a toi, femme a l'oeil sombre
dont les funestes amours
ont enseveli dans l'ombres
mon primptemps et mes beaux jours..."

Hacía calor. El calor explosión de las dos de la tarde metiéndose en

olas por las anchas ventanas. Froufrou sintió un dolor que le venía de dentro a estrellársele en la frente. Se llevó la mano y secó un tibio sudor. Se había dormido. Fue a bañarse.

Entró al cuartito mosaicado de azul, con los pies desnudos cogiendo fresco en el suelo. Entró a la bañera... y todavía se aburría.

***

—¿Tú quién eres?

—Soy er pastor de los chivos.

—¿Qué dices?

—Es que aquí le manda mi mamá estos güevos de pava. Me digió: ile a la niña Fru-frú que ahí le mando pa que se sirva con er patrón ño Jimene. Que pejdone la humirdá y la puerqueza der cariño nomás.

—Ven acá.

Ella no supo que fue. ¡Era tan ingenua la sonrisa, tan recio y sano el aspecto del muchachón de catorce

años, curtido en apacentar chivos por los sartenejales secos del verano y los blandos lodazales de los potreros en invierno!

—¿Cómo te llamas?

—"Er chumbote"... Pesdón: Luis Piedra.

—No, no, mejor es el Chumbote. Siéntate aquí conmigo. Vamos a ser amiguitos.

El chico miraba casi con susto a la rubia recién bañada, olorosa a piel de España y a carne de mujer con

amor. Y al cuero de Córdoba belga de la chaiselongue de muelles, tan tenso que a él le parecía la panza de un burro.

—Patrona, vo a manchar el cuero ese con er pantalón .

—¡Tonto! Cuando yo te mando...

Lo tomó por la muñeca. El Chumbote estaba como borracho. ¡Era grave lo que le sucedía! La patrona —¿cómo?—. Pensaba en las mujeres de su color a las que se aproximara. Olientes a cebolla o a

jabón prieto. Mal envueltas en sus trajes oscuros y mugrientos: a él siempre le dieron la semejanza de un tamal, de un tamal de chancho. Al que se le pela las hojas de plátano y emerge así, bruno, caliente, sabroso. Esta mujer que ni en sueños se pensó tener cerca le causaba una sensación nueva. De mareo. Así cuando en una chingana por alardear de cabeza fuerte le dieron puro y puro... Así se puso.

Por eso no se dio cuenta bien de

cuando lo besó. Ni cuando vio levantarse las faldas de seda roja en una espuma de ropa interior. Ni cuando esas pierna duras, blancas y rosadas, se abrieron y lo ciñeron como las tapas de un extraño lagarto.

***

Jiménez saltó del auto cerrando violentamente la portezuela. Era media noche. El Malecón liso, desierto, se tendía de arriba abajo. El pito de algún paco culebreaba

como un hilo de cometa de rato en rato por las calles. Se veía pasar el pitador soñoliento, curvo en su capa azul gris, ante la luz trasnochadora de algún arco voltaico.

El cemento de los portales opacos blanqueaba. Los muelles negros. Jiménez viendo todo a contraluz y como en el film que había estado viendo en el teatro, bajóse a la garita.

—¡Hei, chino!

—¿Qué pasa? ¿Quién es?

—Soy yo. Ven que nos vamos.

Rasgueo de fósforos. Salió luz hecha astillas por las hendeduras. El chofer, callado para no mostrar mal humor al patrón, abrió la puerta de la garita. Salieron a la balsa barrida por las escobas negras del viento de medianoche. En el cabrilleo de algunas farolas se notaba el movimiento de la correntada precipitada río arriba.

—Tenemos marea y aunque no la tuviéramos la "Relámpago" corre

como un aeroplano.

—¿Tienes miedo?

—¿Yo? ¡Qué va!

—Si tienes, dilo nomás. Me voy yo solo, que lo dejé en casa guardado debajo de la cama.

El cascaroso deslizador se movía un poco con la marejada. El zumbido ronco del 150 H. P. latió como si fuera el corazón de la noche. Los gases de la primera combustión olían a gasolina cruda. El viento de la hélice azotó la cara de Jiménez. La

anticipación de las caricias que alcanzaría con la madrugada, cantaban más que el motor y que el río en el hombre inclinado hacia adelante. Hacía la sombra y hacia ella.

En la madrugada de esa noche de locura, el Chumbote despertó. Todo era silencio, silencio. Y ¿qué tenía encima? Volvió el recuerdo. Algo suave como las mejillas de sus hermanitos menores y que olía bien. Era un muslo de la patrona que en el

revuelto sueño le ciñera la cara. Se movió, alzó una mano y tropezó con los sedosos hilos de un íntimo bello. Despertó Frou-frou...

Un estrépito de maderas rotas que los hizo brincar atropelló de una patada los nervios del silencio. Ella le dijo como un soplo:

—¿Quién es?

El Chumbote respondió:

—¿Será er diablo? ¿No izque er patrón tiene com...?

Se hizo la luz eléctrica de la Diesel de la hacienda y todo el cuarto desde el tocador blanco al roperito de espejo y a la cama con colcha de seda granate y a la piel de tigre de al pie, entró en la claridad.

Con ademán medio teatral, Jiménez estaba allí. Cruzado de brazos. Sereno. Arrugada la frente. Vestido de negro y con un titilante temblor de luz en el brillante de la corbata. En los pies tenía trozos de lodo del barranco cogidos al saltar.

Frou-Frou se mordió los labios, sonriente y engreída. Bajó la mano y se subió el calzón rosa de la pijama hasta la cintura. Con esos sus ojos verdes claros, como las hojas húmedas de las chilcas.

—¿Qué?

—¿No ves lo que haces? ¡Con quién!

Una desencajada amargura atenazaba las mandíbulas de chicle, signo de voluntad firme. Frou-frou dijo:

—No lo tomes a mal... Es un capricho... Yo soy así, medio rara...

Una palabra le sonaba adentro al Chumbote, repetida maquinalmente: ¡er patrón! ¡er patrón! ¡er patrón! Y no entendía lo que ellos estaban hablando.

Ella insistía mordiéndose los filos de los labios, sonriéndole prometedora.

—No te acuerdas del otro... del muchachón ese de la otra hacienda...

—¡Pero a ése lo maté!

—Si no es más que eso... ¡Tonto! Hubieras dicho.

El Chumbote no comprendía lo que iba a hacer. Aunque lo hubiese comprendido. Siempre lánguidamente metió el mórbido brazo bajo las almohadas. Sacó un revólver chiquitín, niquelado y cacha de nácar.

El Chumbote vio el anillo brillante y el hueco redondo y negro. Estaba helado. Callaba. Lo sintió en

la sien. Vio un rayo violado y sintió como una pedrada en la cabeza. Algo caliente le inundó la cara. No eran lágrimas. Una cortina colorada le tapó todas las cosas que empezaban a girarle.

Frou-frou lo empujó de la cama sobre la piel de tigre. Al caer se descubrió la camisa —las nalgas amarillentas picadas de mosquitos se voltearon. El miembro pendíale lacio como brizna de janeiro reseca. Y las talegas moraduzcas...

Jiménez lo apartó con el zapato puntón de charol, manchado del lodo oscuro del barranco. Y al chupar en un largo beso la boca amada, se acercó a los claros ojos, verdes como las hojas húmedas de las chilcas.

1939.

Viento del Golfo

A la hora del mediodía la calma chicha se aplanaba frente a los Farallones. Cinco mil cocos traía en la estiva la "Niña del Mar". Caían como alas lacias las velas mugrosas. Crujían las maderas bajo el sol. La corriente cristalina y verde hacía derivar lenta la balandra a palo limpio. El aire se volvía metálico de lo luminoso. Juana de Jesús que cocinaba junto al mástil, se persignó.

—¡Quieta, tuerta! —le gritó el piloto Pablo Mite, desde la popa en cuya borda iba sentado, manejando la barra del timón con el pie descalzo.

Es que le conocía las mañas a la Juana. Lentamente volvió ella la cara y le replicó:

—Con er sol parao, por estas aguas sale la mardita.

—La mardita eres vos, tuerta. ¡Atraes er mal!

A ella le blanquearon más los

ojos. Miraba al piloto y parecía estar mirando la lejanía donde apenas se divisaban remotos palmares. Su cuerpo oscuro olía a pescado como todo a bordo. El vestido remendado era igual a las velas andrajosas impregnadas de sal.

—Vos sabes, Mite, er que amalea de a deveras.

El piloto cruzó el dedo en la boca y contestó:

—¡Cuidao!

El único ruido era el del agua en

la proa. No había un solo pájaro marino. Los otros tres cholos y el patrón dormían la siesta bajo la ramada. En esa calma, ambos pudieron oír claramente la voz que llamaba:

—¡Hey la balandra!

Un escalofrío paralizó al piloto y a la cocinera, porque por estribor pasaba, con las velas henchidas del viento en popa, una balandra oscura, sin pintar y que bajo el cielo blanco de sol aparecía gris. Ni un soplo de

aire les llegaba a la cara.

—¡La mardita!

Vieron que cruzaba muy cerca. Querían gritar, llamar a los marineros. Pero las gargantas se les hacían nudo. A bordo de aquella balandra sólo se veía a un cholo vestido de blanco que hacía señas. Al abordar casi a la "Niña del Mar", de nuevo oyeron:

—¡Ar blanco que lo espero ar pie de los Farallones!

Aulló el perro en la estiva. Se

restregaron los ojos. La balandra que navegaba ahí hacía un segundo, había desaparecido. Nada alteraba la llanura lechosa del mar. Con un grito corrieron a la ramada. Los otros cholos salían, arrancados al sueño de sus petates.

—¡La mardita! ¡La mardita!

—¿Qué jué? ¿Onde? ¿Onde?

—Acaba'e pasar bordiándonos. Y nos ha gritao.

—Juren.

—Por ésta.

Encontrarse con la maldita es señal de naufragio. Todos lo sabían y los ceños se arrugaron. La única salvación para ese encuentro es saber quién es el que atrae la desgracia y deshacerse de él... tirarlo al mar. El viejo Verrugate habló:

—¡Mal vamos!

—¿Qué hacemos, don Verrugate, qué hacemos?

—Si no hemos pasao los

Farallones hasta la noche, no respondo.

—¿Y quién será er que amalea?

—No se sabe.

Una primera mutua mirada turbia los envolvió. El blanco los oía, erguido a la puerta de la ramada. Entre su barba negra destellaban los dientes como la carne de los cocos que colmaban la estiva, cosechados a miles en su hacienda "El Palmar" al borde mismo de las resacas mugidoras.

A sus pies el perro lanzó un ladrido corto y ronco.

—Remen, si quieren, cholos estúpidos, pero no me hablan más majaderías.

Batieron los grandes remos la nata de estaño de las aguas. Reposadamente empezó a avanzar la "Niña del Mar". Las arrugas de la cara del viejo Verrugate lo hacían parecer a los mangles cascarados. El blanco en la proa, cruzado de brazos ante el botalón, miraba a lo lejos.

Después de almorzar pescado con coco, volvieron a empuñar los remos y a agachar los lomos sudorosos. Sentían que la vida les dependía de los brazos. Si la noche los cogía sin haber traspuesto las rocas que como inmensos lobos marinos se veían negrear a estribor, no darían un plomo de red por todos juntos. ¡Y qué pesada era la "Niña del Mar" con sus cinco mil cocos en la bodega!

Mite se hundía en el silencio

como los demás, siempre sentado en la borda de popa y con el pie en el timón. Le brincaban de rato en rato la ceja y el pómulo en guiño involuntario.

—¡La mardita!

La tarde insensiblemente encapotó el cielo. El agua se hizo una tersa plancha de zinc. Los cholos se ponían febriles. Hundían a cada momento más veloces los remos, levantando aceradas lluvias de gotas. De los párpados entrecerrados les

fluía una vidriosa mirada de peces. El viejo Verrugate, repentinamente, se rió a carcajadas, mirando a todos con ojos picaros.

—Talvez nos digan quién es er que amalea.

Su voz caía rara.

—¿Quién?

—Los gentiles que andan en balsas, los viejos... los indios que supo haber por aquí... a la oración pasan ... son igualitos a los sechuras que vienen de Paita.

Desde que lo dijo algo nuevo erguía a los cholos al compás de los remos para registrar las lejanías. Habían oído hablar de los gentiles, indios antiguos que a veces se aparecen en los palmares o en los mangles o a los que se ve marisquear por los esteros. Ellos les podrían decir.

Soplaron las bruscas ráfagas del viento del golfo. Aún negreaban a estribor los Farallones. Largo cerco de espuma los rodeó. Al primer

golpe de aire el blanco ordenó:

—¡Arriba las velas!

—¡Cuidao, patrón, no haga alzar! —se opuso Verrugate.

—¡Icen! ¡Icen! ¡Icen? ¡He dicho! ¡Tú, Ranchón, a la botavara! ¡Tú acá! ¡Tiesa la barra, Mite!

Obedecieron. Caía la noche. La balandra se tumbó de lado. Se abrieron las alas de tijereta de sus velas y engarzándose en la proa canosos bigotazos, se precipitó. Crujía el pico. Azotaba el foque

como un bejuco. Realizada la maniobra, los cholos vinieron de una borda a otra y de proa a popa, como gatos. Acaso aún pudieran columbrar las balsas de los gentiles.

De un aletazo cerró la tiniebla sobre el mar. La tempestad cogió el comando.

Las olas ensordecían. La balandra se sacudía con un crujir enorme de las viejas maderas.

—¡Arriar! ¡Arriar!

La maniobra se hizo posible. Cegaban las cortinas de agua. El viento dotaba de vida a los cabos rabiosos que desollaban las manos. Apuntaba el botalón un momento al fondo del mar, otro al centro del cielo. De las entrañas de la balandra subió un sordo traqueteo.

—¡Los cocos! ¡Maldición! ¡Los cocos!

Cinco mil cocos en la estiva, chorros de agua, el blanco adelante extendiendo los brazos, sordo, sin

ver, llena la boca de agua salada. Detrás, los cholos descendieron a la bodega. Otra vez quedaron solos Juana de Jesús y el piloto Mite.

—¿Oyes, tuerta?

—Sí, cholo condenao.

—Son los gentiles.

—¡Ahá! Hay que decir.

—¡Vea quién ha sido er que amaleaba!

Unos tras otros volvieron a la cubierta. El cargamento seguía

atronando abajo. Azuladas y doradas chispas brotaron en la punta del mastelero, y pusieron un aro en la cruceta. Juana de Jesús los vio antes que nadie.

—¡Er fuego! ¡Er fuego malo! Vean. —¿Ya vio? ¡Ya vio, blanco! ¡Fue cierto lo de la mardita! ¡A bordo hay alguien que amalea! —rompió a gritar el viejo Verrugate. Su voz se ahogaba en el estruendo de las olas y del cargamento desquiciado.

El blanco se volvió como se

vuelve el tigre en los salitrales, cuando los perros lo acosan y los cholos lo alancean. En el pelo corto y desmelenado y en la barba, le brillaron chispas como las del mástil.

—¡Maldición! ¡Cholos imbéciles! Eso es el santelmo... ¡no es ninguna diablura ni tontera ni la perra que los parió!

La voz chillona de la cocinera tuerta se quebró como si se quebraran los vidrios de los faroles

de posición:

—¡Er blanco! ¡Er blanco es er que amalea! ¡Al agua¡ ¡Al agua pa no ahogarnos todos! El blanco sacó el revólver.

—¡Tuerta desgraciada!

—Los gentiles lo gritaron. ¡Pregúntenle ar piloto!

—Juren.

—Por ésta.

Los disparos del patrón se perdieron en el aire. Lo alzaron en

brazos. Y no tuvieron tiempo de echarlo por la borda. Un cerro de agua inmensa, pesada, se volcó encima. La "Niña del Mar" se iba al fondo.

En esos pocos segundos, con un río de agua salada en la garganta, para Mite todo volvió a ser: el viejo taita en la choza pajiza y destartalada; el terreno donde cosechaban sandías y cocos; los días de pesca en el bongo chato como un tiburón; en el fondo del salitral ocre

los castillos del petróleo; el panteón de cruces de palo, deshechas de sol y aguacero en el pueblo, donde dormían el viejo, la vieja, la hermana, todos los que murieron escupiendo sangre... ¡Si no hubiera venido el blanco con su abogado de Guayaquil, a quitarles el terreno, a hacerlos peones!

No había de dónde cogerse. Se hundía, se hundía cuando dejó de sentir.

La Sombra en Cruz

La lancha entraba al pequeño puerto. Moisés calculaba las horas aburridas que lo aguardaban. Preveía la monotonía del pueblito al que lo traía su empleo .

—Capitán, aquí habrá para bostezar, ¿no?

—No crea. Es bonito el pueblo. Hay mucho movimiento, lanchas, balandras, gente de los ingenios... ¡Y para que usted se distraiga,

contrabando!

—Si ¿no?

—¡Además, aunque no lo parezca, hay muchachas lindísimas, macanudas!

El capitán de la lancha se alejó. Bajo las manos de Moisés la borda viraba. La corriente verde oscura se abría en turbio espumarajo ante la proa. La brisa era tibia y traía un remoto olor de miel.

El motor resonaba entre las orillas doradas de caña y de sol. Las

casas del pueblo eran en su mayoría de paja. A lo lejos, perdidas en la extensión de los cañales, se veían chimeneas y techumbres pintadas de rojo, de los ingenios.

Moisés no había venido nunca al campo. Tenía casi dos años de guarda. Con el tiempo había ido disipándose el desprecio que, como muchacho que se llamaba decente, sentía al principio por el cargo y los compañeros de trabajo.

Había aceptado sin desagrado ir

a Río de Caña. Últimamente su familia lo encontraba adelgazado; pensaban que mejoraría.

—¡Acepta nomás. Te sentarán unos meses de campo!

—Eso sí cuídate: ¡es tierra de caña de azúcar, ha de haber contrabando durísimo y esos montuvios dizque son tremendos!

—Pediré pronto el pase... Recordaba que la madre había llorado al despedirse. Pero el viaje le arrancó los pensamientos tristes.

Todo era novedad: la lancha, las embarcaciones, el gran olor de las aguas que lo tonificaba y le daba inesperadamente hambre.

Al llegar, sentía bruscamente vaga tristeza. Extrañó su casa, sus caras conocidas y queridas, la esquina de su calle, los amigos del barrio. Nada lo esperaba en aquel montón de casuchas, en cuyas calles dormidas corrían chanchos y muchachos desnudos. La tarde hacía elevarse un vaho de sol acumulado

de los cálidos campos. Se escuchaba el canto de un pájaro desconocido. Sí, nadie lo esperaba al saltar. Los guardas eran bastantes. La comarca los necesitaba. Los montubios odiaban al estanco. Los gamonales contrabandeaban: a las buenas o a las malas. Se sabía descubrir alambiques ocultos en ramadas de la montaña. En las noches, por las mangas solitarias, pasaban recuas de mulas cargadas de damajuanas de aguardiente.

—Moisés, salimos enseguida —decía el inspector —. ¡Parece que los chinos van a hacer pasar esta noche por Montañita un paquete gordo!

—¡Siempre listo!

Estuvo en tiroteos, en descomisadas enormes, en la captura de alambiques clandestinos. El sol del monte le curtió la cara en pocos meses. El Inspector lo estimaba.

—¡El muchacho de la ciudad había sabido resultar hombrecito!

No tuvo tiempo de aburrirse. El servicio era movido. Las chinganas del pueblo, de los recintos, de las haciendas, expendían aguardiente a ríos.

¡Moisés sabía cómo se bebe en la ciudad! Pero era nada en comparación con la catarata de alcohol que se hundía en las fauces de las peonadas sedientas. Los sábados las tierras ardían de borrachera.

En las zanjas y cunetas de las

mangas, en las calles de los pueblecillos, en los placeres de las casuchas de bijao, racimos de hombres rodaban como muertos.

Las riñas a machete y a tiros dejaban muertos y heridos. La policía rural se cruzaba de brazos. Fomentaba, mejor dicho. Los rurales contrabandeaban licor, asaltaban casas, violaban a las mujeres e hijas de los montuvios. En ocasiones se daban bala con los guardas, que tampoco eran mejores.

Moisés no llegó a cometer desafueros. Pero no pocas veces alguna chinganera sorprendida y asustada pagó su silencio aceptándolo atrevido y entrador en su petate. Lo que sí, mantenía una áspera repugnancia por la bebida.

—¡Tómate este lapo, hombre! ¡Está brutal!

—No chupo. No me gusta.

—¡Ajo que eres cangrejo!

—¡No creas —intervenía otro—

pa la bala y pa las hembras este es paradísimo! Al trago es que no hace paro.

—Tal vez tenga mala juma.

—Y él se ha de conocer.

—Ahá.

Al final del pueblo, en una casa piso de madera, vivía Magdalena, la hija de don Catalino. En la ventana crecían madreselvas. Era la más linda muchacha del contorno. Desde que la conoció le gustó a Moisés. Pero sólo meses más tarde habló con

ella, la empezó a querer, se hizo querer...

Napoleón, el peluquero, era el guitarrista de Rio de Caña. Moisés lo hizo tocar y él cantó algunos serenos frente a la casa de don Catalino. Napoleón le aconsejaba:

—¡Cuidao, Moisés, cuidao! Don Catalino es un viejo malo. La chica vale la pena, pero el veterano es medio verraco, no aguanta pique; puede fregarte si no andas vivo!

Moisés se reía sin contestar. La

fachada de la casa se hacía borrosa en las noches de luna. En la ventana la cabeza rizosa y la sonrisa de Magdalena, emborrachaban a Moisés más que si bebiera trago del que descomisaba. Si la sorprendía la madre, la retiraba a golpes y a tirones del pelo.

—¡Sácame! ¡Llévame con vos!

—Sí, negrita, pero espera...

—No... Pronto. Si no el viejo te mata o me mata... ¡Tú no lo conoces!

Se lo había dicho una de las

últimas noches que conversaran. A escondidas de la madre ya dormida, ella bajaba al zaguán. Juntaban sus lágrimas. Magdalena venía en camisa y envuelta en una cobija. Moisés no la hizo suya porque la quería, porque la iba a llevar a Guayaquil, ¡se iba a casar! El sabor ardiente de sus besos y sus lágrimas, su cuerpo tibio y elástico de piel sedosa que acariciara, fueron desde entonces uno de sus recuerdos más queridos.

***

Don Catalino había hecho ya un sinfín de medios cosos de aguardiente.

Se columbraba su figura rara: la cara de aguileñas facciones parecía de cuero de caballo, rodeada por la cabellera toda blanca. Sus ojos pequeños se veían deslustrados e inyectados como si fueran a reventar. Se mecía en la hamaca empujándose con el pie.

—¡Esta noche lo mato! —roncó

por lo bajo.

Se oía en el cuarto a oscuras un aleteo de murciélagos. Olía a cerrado. En su cama, de bruces, Magdalena sollozaba con angustia loca.

Por la puerta abierta se veía el cuarto inmediato, con luz. El fulgor del candil humeante recortaba la cara de la madre, ganchuda, como de bruja. La pared de cañas grises la apambazaba en contorsiones. La boca desdentada reía.

—Esta noche lo mato —repitió don Catalino, dejando en el suelo, a un lado, el coso en que para beber vaciaba el aguardiente.

Magdalena se irguió en la talanquera. No, no podría soportarlo. Moisés iba a morir. Su padre iba a matarlo. ¡Y ella! Porque ella le había mandado, como era costumbre cuando iban a poder encontrarse de noche en el zaguán, un papel diciéndole que viniera. Don Catalino se lo quitó al muchacho que lo

llevaba. Hizo que la mujer se lo leyera. Luego, mandó al chico a que fuera a dejárselo a Moisés. Y encerró en la casa a la hija aterrorizada.

Moisés vendría. Entraría al zaguán en tinieblas. Y cuando creyera ir a estrechar en sus brazos el querido cuerpo amoroso y semidesnudo, don Catalino le vararía en el pecho el machete crucero...

—¡Acuéstate desgraciada! ¡Duerme, carajo! ¿Por qué no

duermes? ¿Estás caliente como las yeguas, maldecida?

Sordos sollozos estallaban.

—Dígale usté, mamá...

La risa de la vieja fue un chirrido.

—¡Que lo joda! ¡Que lo joda por garañón! ¿Dirás, condenada, que no te ha dormido?

Y se levantó, yéndose hacia la azotea con un caminar a saltitos y cojitranco que le hacía parecer un

muñeco grande movido con piolas. Su silueta curva bailaba en los aleteos amarillos del candil contra las cañas de la pared.

—¡Esta noche lo mato!

Magdalena vio destellar el machete crucero, en un reflejo perdido.

—No, por Dios, taita, no...

Vino hacia la hamaca, desgreñada, ronca. Don Catalino eructaba un soplo de aguardiente prieto y punzante. Ella se echó de

rodillas en el piso y se abrazó a las piernas del viejo, tratando de quitarle el arma.

—¡Deja, so arrastrada, deja!

—¡Por Dios, taita, no!

Al viejo le envolvían la cabeza y los ojos redes de telarañas rojizas. La sombra se rasgaba a su alrededor, en círculos concéntricos y ensangrentados. Los brazos tenaces de esta mujer pugnaban por arrancarle el machete de la mano.

¡Y era fuerte, la maldita! Pero no podría. ¡Ahora iba a ver! Y hurtaba hacia arriba el brazo con el fierro. Forcejeaba y los medios mates de los senos de ella se aplastaban contra sus rodillas, contra sus piernas, contra su vientre. Sentía extrañamente endurecidas y agudas las puntas de esos senos.

—¡Taita, taita!

Ella lanzó un grito ronco y ahogado al sentir lo que le hacía. Entonces don Catalino bajó el

machete, dándole un planazo. El cuerpo cayó pesado, rebotando la nuca en las tablas. El viejo, en medio del toldo de tinieblas que se cerraba más y más, se le echó encima.

***

Napoleón, en su peluquería, se pasaba la peinilla por la enorme melena untuosa de cosmético. Moisés, en el sillón de cortar el pelo, oía afuera el pregón perezoso de un aguador y miraba el tumbado

empapelado con periódicos viejos.

—Oiga, jefe.

El chico que siempre le traía recados de Magdalena le alargaba un papel. Moisés lo cogió apresurado. Su corazón era un galopar en el potrero.

—¿Qué jué? —dijo Napoleón— ¿Te ha escribido la hembra?

—Ahá.

Pero no le gustaba hablar de ella, con nadie. Era como celos: le

parecía que al hacerlo fuera menos suya.

Se fue a buscar el almuerzo en la chingana. Todo el día lo tuvo embriagado la cita. ¿A qué hora era de noche? ¿Y si no podía bajar ella? ¿Si fuera a encontrar el zaguán cerrado? Pero no, no le hubiera escrito. ¡Tantas veces como se habían visto allí!

Después de la merienda se fue a su cuarto. El pueblo se acostaba con las gallinas, como decían. Un último

reflejo rojizo bañaba en el horizonte. Del campo venía un caliente olor de caña dulce. La yerba de los lados de la calle se mecía suavemente.

Se echó en la hamaca a esperar. Encendió un cigarro. La noche se adueñaba del pueblo. Ladraban perros distantes. Se veía luces en ventanas y puertas.

Contó las horas esa apartados cantos de gallos. La impaciencia lo hacía agarrarse a la hamaca, morderse los labios. Sentía ansia de

verla. Desde hace cuánto debió llevársela sin más...

Por costumbre se puso el revólver en el bolsillo. Ahora, ya era tarde, el sueño del pueblo era completo. No se veía una luz. Todo hermético y las ventanas de algunas que no tenían batientes, semejaban boquerones. La calle no estaba oscura. Hubiera habido luna sin las enormes nubes lechosas. La claridad atravesándolas hacía la noche blanca. Y una penumbra vaporosa

volvía palpable el aire.

La torre de la iglesia era una mole sombría. De su umbral es que vio Moisés desprenderse una figura vestida de negro. No distinguía si era hombre o mujer.

Tuvo un sobresalto extraño. Tocó el revólver. A lo que apretaba el paso, la sombra se apresuraba sin volver la cabeza. Se detuvo y la sombra también se detuvo. Un escalofrío sin causa le hizo erizar los vellos.

¿Iba a dejarse plantar por el miedo? Si era un guardaespaldas de don Catalino, le daba bala. Ninguno de estos montuvios le ganaba a jachudo. Felizmente a una cuadra se veía ya la casa de Magdalena. Don Catalino se daba ciertos lujos. Un farol colgaba en el soportal, delante de la puerta.

La sombra iba delante. Todo iba a disiparse. El transeúnte seguiría. No era más que un transeúnte. El llegaría, empujaría, entraría. Lo

estaría esperando Magdalena. Cesaría el escalofrío. No habría sino sus labios...

La sombra no siguió. Se paró frente al zaguán, bajo la luz parpadeante y amarilla del farol. Era una mujer con manta en la cabeza. Moisés no quería ser cobarde. Avanzó.

Y de pronto la sombra retrocedió de espaldas contra la puerta y defendió la entrada, abriendo en cruz los brazos sobre ella,

silenciosamente.

La manta no le dejaba ver la cara. Moisés dio un paso. La sombra cerró los brazos sobre el pecho y volvió a abrirlos cerrando el paso. Había un no sé qué de desolado e implorante en ese gesto.

No era miedo, pero no podía seguir. Tampoco disparar. Una soga indesamarrable le apretaba las piernas. Igual debían sentir los caballos que se espantan frente a las cruces de los panteones de pueblo.

Solamente tres días después una amiga de ella vino a buscarlo para contarle.

—¡Magda estaba que se moría, creyendo que ibas a ir! El viejo te esperaba con el machete en la mano, en el zaguán oscuro. Había chupado mallorca todo el santo día... Estaba jumísimo. Te hubiera matado de seguro... Ella dice que no la busques más, que no te verá más nunca. Que te vayas del pueblo, que ella te lo ruega como última cosa...

—¿Sin verla?

—Ni más.

—¿Pero, por qué?

—Ella no quería que lo supieras. Pero no puedo. Vos debes saberlo. Figúrate lo jumísimo que estaría ño Catalino, que cuando Magda se le botó a pedirle que no te mate... el muy maldecido... ¡abusó de ella!

Sin responder, fue ahora que Moisés sintió miedo.

Hambrientería

—¡Como sigan peliando les meto bejuco! ¡A todos dos! ¡A todos dos! ¡Peliando por la comida! ¡Ni perros que jueran!

—¡Máma, es que er ñaño me quiso quitar er espinazo der bagre!

La mujer se volvió hacia el marido. Le confesó por lo bajo:

—Si me da grima, Nemesio, decirles nada. Si yo veo en mi corazón que con un puñao de arroz y

un pedazo 'e bagre no es pa llenarse naiden.

El hombre no contestó. Se oyeron crujir en las cañas del piso sus pasos cansados. Quedó de espaldas, con los ojos perdidos afuera. El arrozal inundado se cubría de nubes de mosquitos. Una nata de agua tapaba la vega donde hasta hace poco se doblegaban las espigas henchidas.

Los chicos, brillándoles las manos de la grasa del pescado, se pusieron a jugar. La mujer removía

las ollas de barro y los mates y exclamó:

—San Jacinto lindo ¿y ahora qué hacemos?

A Nemesio no le importaba por él. Le dolía por ella y por los chicos. No les quedaba un grano de arroz. Las chocotas y los tilingos volaban sobre el agua estancada que ahogaba el sembrío. Sus gritos eran como risas. Se posaban en el espantapájaros —dos palos cruzados vestidos con harapos— que

extendían los brazos en el cielo de la tarde, plateado por el sol de invierno.

—Y lo que es er blanco no afloja ni medio más.

—Dice que tiene ya demás plata perdida fomentando sembríos.

— Y las bendecidas crecientes que lo han ahogao too.

Se oía la queja de una paloma santacruz. Alta, volaba una bandada de garzas. La sombra subía como un vaho de la tierra anegada y de los

árboles. La choza destartalada parecía un escombro: pajas, cañas y palitroques negros y el fulgor del rescoldo del fogón.

Gritaban ranas. Chirriaba una cigarra. Nemesio encendió un humo para alejar a los mosquitos. La punta de su cigarro despedía menudas chispas. Los dos chicos se cogieron de la falda de la madre. La soga de la hamaca crujió al sentarse los tres. Sus manos ásperas se hundieron en el pelo zambo de las cabecitas.

—Este jué er que tuvo la culpa, mama.

—No mama, no es cierto, jué er ñaño.

—Juiste vos, Pepe.

—No, mama, no es cierto, jué er ñaño.

—Callen, muchachos. No van a peliar otra vez. Jueron todos dos. Y no es de que sean así. Malísima es la hambrientería. ¡No quiero que sean tragones! Pa que vean, les vo'a contar

un caso...

—Cuente, cuente.

—¿Vas a contar lo de la angurrienta, Zoila? —preguntó Nemesio.

—Ahá.

—Cuidao al Zancudo ques medio atingido le va a dar fiebre de espanto.

—Pero así aprienden.

El Zancudo, el menor, hubiera preferido que no contara. Quería y no

quería oír. Además, todo estaba tan oscuro: el chiquero del chancho que mataron para salidas de agua y en cuyas guadúas él jugaba; las albardas viejas colgadas de una estaca; los travesaños donde dormían las gallinas cuando las había.

Los dos apretaban con los puños la falda de la madre. Se acercaban mucho. Ella contó:

—Lejísimo, aguas abajo, supo haber una vez una mujer que se llamaba María Angula y que era

hambrientísima. Tragaba'e todo con la mesma angurria: carne, pescao, arroz, fruta o lo que juera. Todo er santo día se pasaba dándole al diente.

—Ha de haber sido gordísima.

—Ahá. Pero lo pior era que no se conformaba con la parte de ella sino que agarraba la de cualesquiera, aunque lo dejara con el estómago pegao. Er marido le tenía dicho: "no seas así, María Angula, que de repente a vos te va a pasar algo malo

como le pasa siempre al cristiano que es vicioso sea pa lo que sea". Y esto le decía porque una juerza'e veces se le había comido su parte de arroz con bagre —¡óiganme ciertos pollos!— dejándolo sin merendar al volver der desmonte .

—Ya viste, ñaño.

—Con vos es la cosa.

Hasta Nemesio escuchaba. El cielo pálido era ya completamente negro. Una brisa tibia con olor a lodo movía las pajas del techo. Saltaban

candelillas y cocuyas luminosas en la oscuridad del monte.

—Como les cuento, María Angula lo hizo dormir barriga vacía tantas veces, que el hombre al fin se calentó y le dijo: "¡Como vuelva a no encontrar merienda al regresar de la desmontación porque vos te la hayas comido, te vo'a meter más palo!".

Nemesio intervino:

—Por áhi debiera haber empezao.

—No metan más er pico que de

no esto va a ser er cuento'e nunca acabar. Bueno, y así jué que una vez que habían mercao un mondongo al hombre de la canoa ventera que subía por el río, lo cocinó con ají tan bien que quedó riquísimo'e chuparse los dedos. Er marido sabía der mondongo y se pasó er día en er desmonte haciéndosele la boca agua. ¿Pero qué pasó? Que la muy angurrienta no se pudo aguantar y se comió todito hasta lamer la olla ni gato, sin dejarle nada.

—¿Y cuando volvió er marido?

—¡Aguárdate! Al acabarlo'e comer es que María Angula se acordó de lo que la había amenazao y áhi jué que le dentro la canillera. "¿Y ahora qué hago? ¡Virgen Santísima, ilumíname!" decía y juraba no volver a caer en er pecao'e la hambrientería. Pero er mal estaba hecho. "¡Tengo que reponer er mondongo por que de no este hombre me medio mata a la oraciponn de que venga!". Tuavía no era tarde, pero lo que es mondongo

no había trazas de onde conseguir.

—¿Y entonces?

—Verán lo que se le puso en la cabeza a la condenada mujer. Bien dicen que er cristiano que hace un mal, solito como palo en correntada se va a hacer otros. Agarró la mardita María Angula y se jué a las ajueras der pueblo calladita sin que la vieran y se metió al panteón y escarbó la sepultura de un finao que lo habían enterrao er mesmo día y le sacó las tripas pa hacer er mondongo

con ají.

—¡Mamá! —gritó tembloroso el Zancudo apretándose a la falda.

—¡Qué desgraciada la angurrienta! —dijo Nemesio.

—Al principio le jué muy bien a María Angula. Lavó er tripaje de cristiano dijunto y a la carrerita preparó er mondongo. Cuando vino er marido, se lo sirvió y ér se lo comió contentísimo. "¡Qué milagro que estando tan rico no me hayas dejao sin parte!" —le dijo—. "¡Pero

te hubiera rompido una costilla si lo hubieras hecho! Y ahora dame er poncho de aguas que tengo que irme ya mesmo onde mi compadre Tutivén a palabrear de la cosecha". "No te vayas, hombre, que me da miedo quedarme solita". "¡Si no la haces no la temas! ¡Qué miedo ni qué niño muerto!". Y montó a caballo y se jué.

El Zancudo preguntó, susurrando:

—¿Y se quedó solita?

—Ingrima en la casa.

Un sudor frío cubría la frente del

chico. Sus ojos se abrían enormes frente a las tinieblas. Las sentía contra la cara. Avanzaban del campo. Subían debajo del piso. Salían de los rincones. La madre no lo sentía temblar. A ella, su vieja le había contado. A todos les había oído contar ese y mil otros casos. Le gustaba contar. Veía casi las cosas que iba diciendo.

—Pa esperarlo al marido se acostó, pero no podía reconciliar las vistas. Oía todo el ruido der monte:

sapos, bichos y pájaros. Cuando un pollino rebuznó la medianoche, se había amodorrado un poco, pero en eso oyó sonar lejos una caja ronca: "¡tam! ¡tam! ¡tam! ¡tam!".

Zoila ahuecaba la voz. Parecía querer imitar el son del tambor fúnebre. Los chicos contenían el aliento para oírla.

—La hambrienta se santiguó —"¡Jesús!— y er corazón le empezó a patiar hasta er pescuezo. La canillera que le dentrara era pior que

la de la tarde. Sabía que er muerto es er que toca la caja ronca con dos huesos de las costillas. Y se le puso que venía por ella. Así que cogió y atrancó la puerta, porque no vivía en casa'e pobre sino que la de ella era con puertas. Le amarró las aldabas y le acumuló bastantísimos trastes. Sudaba pior que si estuviera jalando canalete con la contra. "¡San Jacinto lindo, te he de llevar manda a Yaguachi si haces que venga pronto mi marido!". Y mientras, en medio'e lo negro der monte se iba acercando

la caja ronca: "¡tam! ¡tam! ¡tam!".

El Zancudo se hallaba como nadando en el aire. Lo envolvía un ligero frío. Lo que sentía fuerte era la mano agarrada al traje de la madre. En ella le latían cinco corazones de chagüices asustados. Le parecía que él fuera María Angula escuchando venir la caja ronca.

Nemesio, sin saber por qué, y en tanto que veía en sí un chorro de millares y millares de granos de arroz, blancos, advirtió a Zoila:

—No sigas contando.

Pero ahora el Zancudo quiso:

—Sigue, sigue, mamá.

—¡Entonces la caja ronca llegó al pie de la casa y sonaba juerte, juerte. Y de repente se quedó callada y la hambrienta oyó una voz gangosa, la voz der muerto que izque habla así porque tiene atravesaos gusanos en er guargüero, y que le decía: "¡María Angula! ¡María Angula! ¡Devuélveme mi tripita que robaste de mi santa sepultura!" y áhi jué que

la hambrienta no aguantó y agarró y se metió al catre y se envolvió en er colchón, pero siempre le llegaba la voz der muerto.

Zoila carraspeó. En el agua estancada se oyeron chapoteos. Se mecían los árboles en el aire tibio y apretado. Crujía como un gemido de hombre la soga de la hamaca contra la viga.

—Hecha un atao'e cangrejo en er colchón, sintió María Angula que er muerto empujaba la puerta y que los

huesos de las manos dentraban, astillando las tablas. Después oyó, metida en er mesmo cuarto, la voz gangosa: "¡María Angula! ¡María Angula! Devuélveme mi tripita que robaste de mi santa sepoltura!" Y er muerto que tenía una juerza enorme le desenvolvió er colchón y ella lo vio parao delante de la cama, altote, altote.

Pepe, el mayor de los chicos, deseó saber:

—¿Y cómo era?

—Ahora verás. A la hambrienta, viéndose perdida, se le ocurrió hacerle conversa al muerto, pa ver si mientras tanto regresaba er marido. Así es que le miró la cara que no era todo calavera sino podrida a pedazos y con los dientes pelaos. Y comenzó a preguntarle: "¡Muerto! ¡Muerto! ¿Pa qué tienes esos ojazos?" "¡María Angula! ¡María Angula! ¡Pa verte bien!" "¿Y pa qué tienes semejantes orejas?" "Pa oírte bien". Y a todo esto ér se le seguía arrimando. Y ella, como perdido un sentido,

también seguía: "¿Y pa qué esas narices?" "Pa olerte bien". "¿Y esa bocaza?"

A Zoila le habían contado siendo chica el caso de la hambrienta. Sabía que no está bien contado si a la última pregunta no se contesta con un gran grito y amenazando de improviso con las manos a los chicos que aguardaban con los ojos muy abiertos.

—"¡Pa comerte!" —gritó dando un salto.

Y oyó a su lado en un soplo:

—¡Ay!

La mano que le templaba el traje se soltó. La cabeza del Zancudo resbaló suave sobre el tejido deshilachado de la hamaca. Ella bruscamente tuvo miedo. Sospechó. Se dio cuenta de algo.

—¡Nemesio! ¡Nemesio! ¡Er candil! ¡Prende er candil! ¡Mijo! ¡Mijo! ¡Er Zancudo! ¡No sé qué pasa!

Tomó en brazos al chico. Se

astilló la luz palúdica en las cañas y pajas humosas de la casucha. El Zancudo, lívido, la nariz perfilada, no respiraba ya. Los ojos eran dos bolas de vidrio turbio. En la mano tendida le había quedado el gesto de empuñar.

Pasada la confusión y el llanto, el mayor de los chicos averiguó a la madre:

—Jué castigo por el espinazo der bagre que me quiso quitar ¿no es verdá, mama?

Por el Cachorro

Se detuvieron, mirándose. En el monte cantaba el catacao. Su canto se asemejaba a un gemido.

—¡Maldecida sea! ¡Esa ave es de mal agüero!

—¿Qué jué? ¿Seguimos, Juancho?

—¿Y qué? No vamo'a perder el día.

Eran las cuatro y parecía ya de

noche. La montaña brava era de ébano. Los dos tigreros calzaban corvas. En sus cotonas se prendían espinas. Juancho apretó los dedos en su escopeta de cargar por la boca.

Por la pisada que seguían, suponían que el tigre debía hallarse lejos.

—Ajo, pero hoy lo agarramos.

—¡Ha de ser un burrazo, con un cuerote! Lo muy menos que se saca...

—¡Alza!

—¿Qué hubo?

—Me creo que por aquí ha sabido estar el nidal. Acabo'e columbrar los farolotes ahí en el higuerón.

Un golpe de aire trajo de pronto el hedor a verraco de la fiera. Las altas yerbas, los bejucos, los montones de hojas no dejaban ver bien. Apuntaron las escopetas.

—Aquí será el sucucho, pero lo que es el tigre no está.

—Ahá. Si estuviera, juyeran las ardillas y no cantaran los coloraos... ¿Pero los ojotes que vide?

—Las crías. Vámoselas agarrando.

—¡No seas güeno! Pa que la máma nos vaya siguiendo hasta las mesmas casas.

Asencio no sabía qué empeño le daba a Juancho. Tampoco él mismo lo sabía: tal vez fue el haber andado amargado toda esa semana con lo que se le había largado la mujer. Quién

sabe qué sería.

—¡Oh! —dijo—. Desde enantes tengo gana de agarrar uno pa criarlo con mamadera. Ahora mejor, pa tener dos: el cachorrito y mi hijo que me lo ha dejao botao la máma.

En medio del monte se puso a recordar a la María de la Cinta. ¡Linda la zamba, con las dos trenzas sobré los hombros! Mocita: sólo desde las entradas de agua del año pasado se salió con él. Y bueno que se largara. El era hombre para reírse.

Cada cual es libre. Mujeres no le faltarían. ¡Pero que le dejara tirado al muchacho de pecho! Eso no se hacía. A él hasta se le hubiera muerto si no fuera por la vecina, la mujer de Asencio.

—¡Zamba perra! ¡Si la llego a merecer!

Cogió un palo y se acercó al hueco del árbol. Había que apurarse. La noche se venía. Arriba, las copas de los cascoles y las palmas reales que no se distinguían desde tierra,

resonaban con el viento de la tarde.

—Juancho, déjate'e gracias. La tigra no se aleja mucho'e la cría y ya mesmo se nos bota. La tigra parida es pior que el tigre cebao. No hagas eso y pior hoy que nos ha cantao el catacao.

—¡Si el cristiano juera como el animal! ¡Si la mujer juera como la tigra!

El cachorro moteado cerraba los ojos, aún ante la luz escasa. Se arqueaba queriendo morderle a

Juancho. Parecía un gato: sólo las manotas eran zarpas.

—Güeno, ahora hay que volver ni venaos.

—Vamos, vamos. ¡Las cosas que vos haces, Juancho! Por vos el mejor día vamo'a dejar los huesos en la barriga'e los tigres.

II

Se desgarraron la ropa en los espineros. Fue una carrera larga por

la montaña. El último rayo de luz hería el estero que corría al pie del rancho donde dormían las noches de cacería, cuando llegaron. Entre las lechugas de agua de la orilla brincaban camarones. Olía a tierra y yerba mojada.

—Hermano, vos eres medio atarantao. Yo qué sé qué te dio de agarrar ese cachorro.

—Ya no te hey dicho que es pa criarlo con mamadera. Y lo vo'a criar parejito a mi hijo, para que

cuando esté grande me le digan de apodo el hermano del tigre.

—Si la tigra nos pesca descuidaos esta noche, de-deveras que vas a criar al tigre y al hermano del tigre.

Encendieron una fogata y comieron carne charqui. ¡Cuántas veces habían pasado así la noche en la montaña! Ser tigreros era su negocio. Disparaban a los tigres cargando con postas de cazar patos sus escopetas. Los remataban con

lanza. Vendían las pieles. No comían la carne; únicamente, en ocasiones, el corazón. Lo hacían para no ir a salir teniendo miedo o fallando el pulso de repente. Es santo remedio.

El negocio había dado para vivir. Lo malo era que los tigres se hacían escasos. Cada vez había que buscarlos más montaña adentro. La bulla de las haciendas los ahuyentaba. ¡Era una vaina!

Cualquier día iban a tener que ponerse a cazar garzas: ¡ellos

tigreros! En las pulperías compraban las plumas.

¡Aunque son medio lagartos! Pero todo comprador es lagarto: lloran por medio y las mujeres son las más regateadoras. Felizmente ellos no eran ambiciosos. ¡Con tal que hubiera para darle a la mujer para parar la olla! ¡Y con tal que quedara para chuparse unos lapos los sábados!

III

Por el claro que formaba el follaje sobre el estero se veía un trozo de cielo. Parpadeaban oscuras estrellas. La montaña vibraba: chirridos de bichos, zumbidos, vuelos, croares, graznidos se mezclaban en una sola voz jadeosa.

El rancho se paraba sobre altas y recias estacas. Calentaron agua y tomaron café. Sus oídos cogían hasta el menor ruido. Conversaban, las escopetas a la mano y el ojo al monte.

—No hace sueño.

—Mejor.

¿A qué hora asomaría la tigra? Sabían que vendría. Era seguro. Antes se tardaba mucho. Los corazones les golpeaban en la espera. Claro que no era miedo. Vendría. O sólo que hubiera perecido por ahí. Porque ya era hora.

—¡Te haces aguardar, desgraciada, ni mujer creída!

—De venir viene. Olfatea al hijo

desde lejísimo.

El esperar sería lo que les hacía largo el tiempo. Por las estrellas se veía que no era tarde.

—Ajá, ¿sentiste?

La voz múltiple y jadeante de la montaña se calló; volvió a sonar; volvió a callar. En el silencio hueco retumbó un rugido lejano.

—La bandida se ha venido callada hasta cerquita —dijo Juancho.

Porque conocía que el tigre modula a voluntad su rugido, pegando el hocico en el suelo o alzándolo en el aire. Y cuando se le oye lejos es que está cerca.

—Es revesera: tigra vieja.

La montaña callaba. Los micos se treparían a las ramas más altas. Las guantas se esconderían bajo las raíces. Los pájaros se encogerían en los nidos. Todo ser buscaba un refugio.

—Ahura, Asencio.

—Uhm.

El salto hizo caer como un saco de arena el cuerpo pesado en el fuego. Con un aullido enorme al quemarse las zarpas, volvió a saltar. El rancho se remeció como hecho de palos de fósforos. La tigra atacaba de frente. Era tal su rápido empuje que no había cómo apuntarle. Parecía ya una bola, ya un rollo parduzco, veteado por el débil fulgor de la fogata.

—Tírale el cachorro pa que se

largue.

—No.

Fueron segundos de pesadilla. Había ya conseguido prender las garras en las guadúas del piso. Juancho le disparó en medio del pecho blanco y esponjado. Cayó.

IV

—Lleva vos el cuero, yo no tengo sal en la casa. Le haces que te ayude mi comadre.

—Cómo no. Y apenas esté, te llamo pa bajar tempranito a venderlo al pueblo.

El caserío dormía. Ni un candil brillaba. Debía estar creciendo la marea. Se aspiraba en el viento. Más allá de los potreros, tras el palmar, el cielo clareaba. Juancho se separó de Asencio. Apretaba el cachorro caliente contra el pecho. Ya no quería morder. Iba dormido.

Se habían pasado la noche esperando la tigra. Ya tarde dejaron

el rancho. El cachorro dormía. No, ya no mordía, no. Le tuvo pena.

—¿Pa qué lo cogí? Y ley matao la máma. ¡Lo hey dejao guácharo como mi hijo!

¡Guácharo! El también estaba guácharo. La había sabido querer a esa perra. Ajo, y qué feo es ir a encontrar la casa vacía. ¡Maldición! Antes, lo esperaba siempre María de la Cinta, con la boca fresca y las manos calurosas. ¿Con quién sería que se había largado? El nunca le dio

mala vida. Ah, pero si ahora la cogía, la mataba. ¡No sólo por lo que le dejó botada a la criatura: como macho!

Subió las cortas gradas y empujó la puerta. Entró al cuarto en tinieblas. Tanteó hacia la talanquera donde dormía el chico. Y sintió bruscamente algo extraño, una presencia. ¿Serían ladrones?

—¿Qué jué? ¿Quién está aquí? —roncó echando mano al machete.

—Soy yo, Juancho —sonó la voz

de la zamba.

—¿Vos? ¡Desgraciada! ¡Perra! ¿Vos? ¿Dónde estás?

—Juancho... espera... oye... he vuelto...

No la encontraba.

—¡Maldecida!

—He vuelto... Aunque sabía que me matarías he vuelto... he vuelto... No por vos, sino para ver mi hijo... No me aguantaba. Ya lo he visto, le he de mamar. Ahora mátame nomás.

La voz de esa mujer allí en lo oscuro lo rompía. Tenía algo que desgarraba. ¿Por qué fue perra? ¿Por qué se largó? Mas... Había vuelto como volvió la tigra. A veces una mujer sí es como una tigra. ¿Y él? ¡Quería matarla! Pero no podía matar dos madres en la misma noche. La odiaba. No volvería a ser su mujer. No podía serlo.

—¡Desgraciada!

Dejó colgar el brazo. Los dedos fríos y sudorosos se entreabrieron. El

machete golpeó metálico en las cañas del piso.

El Hombre y el Río

El golpe de la desbarrancada de algún matapalo, río arriba, lo hizo volver. Las aguas se hinchaban, espesas de lodo disuelto. Por la ventana de la casucha de la balsa, Luis, encima de las orillas sombrosas, contemplaba el cielo que también semejaba de lodo.

—Ve, Polibio, sáltate y anda a dormir al puerto. Aquí la noche va a ser fregada.

El viento olía a almizcle, a caimán: es decir, así mismo a agua y lodo.

El peón, más palúdico que una vela de sebo tartamudeó:

—¿Y usté, patrón?

Luis se encogió de hombros. Le chispearon alegres los ojos claros en el rostro sanguíneo. El boleo de pepitas de la lluvia engrosaba en el techo.

—¿Yo? Yo no puedo dejar

botada la tienda.

—Pero es que, como le decía todoy, patrón, si sigue lloviendo por arriba, esta noche se le va la balsa.

—Por eso es que te digo que te vayas.

—¿Pero usté se va a ahogar, blanco?

—No es tan fácil. ¿Cómo no se ahogan los bagres y los guanchiches?

—¡Qué gracia! ¡Son peces!

—"Donde nada uno, nada otro",

dice el dicho.

Sonrió Luis y salió a la plataforma delantera, sotechada pero, en lugar de paredes o barandillas, postes. De cuatro haciendas y de un recinto del contorno, venían a comprarle. Once mil sucres, de bien surtida mercadería, se acumulaban en perchas y rincones: botellas, sacos, latas, telas, machetes, linternas, todo lo útil en el monte.

La construcción era de madera con cubierta de zinc. Los gruesos y

bien ensamblados troncos de balsa, sobre los que se acostaba el piso de figueroa colorada, extendían una superficie donde podrían bailar treinta parejas.

Aquel castillo flotante se mantenía uncido con cabos de cáñamo, a cuatro robustas estacas de guachapelí, clavadas hasta las entrañas del barranco.

Es que el Zaino era un río temible. La gente orillera le profesaba miedo. No recelaba tanto

de sus peligros. Desconfiaba de su mala alma. Escuálido y sediento en los tiempos secos, ese río se volvía correntoso y revesero al llegar las lluvias. Los montuvios estaban convencidos de que era voluntariamente que echaba a pique canoas, descuajaba cafetos y naranjos, o desviaba los cordones de los riachuelos invernales. A Luis, recién llegado, lo habían prevenido:

—¡El Zaino es malo y lo ha sido desde tiempísimos! ¡Cuídese, blanco!

Este río, perdonando la comparación, se parece al perro cuando la perra está enlunada... ¡Muerde antes de ladrar!

—¿Pero acaso es persona o animal?

—¡Adiós, blanquito! ¿Qué se cree? ¡Este río es así! Pregúntele a cualquiera... y óigame otra cosa, que capaz que va a decir que miento o que soy alardoso: el Zaino es garañonsísimo. Sabe empreñar a las mujeres: por eso ninguna se baña en

él, ni a la orilla con mate. Y es celoso: a la casada que le gusta, le ahoga o le arrea los caimanes al marido...

Los meses en la balsa le habían ido haciendo impresionantes esas abusiones. Bastaba mirar al Zaino gris entre los árboles negros, desbordado tres veces su anchura natural, arrastrando troncos que podrían servirle de puentes, en los amaneceres invernales, para sentir el alma mala que los montuvios le

atribuían.

—¡Pero ni de hombre, ni de río, ni de diablo, me puedo dejar quitar la tienda! —decidió Luis esa tarde, cuando el peón Polibio se hubo largado salvando su pellejo.

Con la pulpería en la balsa, mantenía a su madre y hermana en Guayaquil, con ella contaba ganar para casarse con su prima Alicia. Era esta la baraja en la que jugaba su vida.

¿Qué hombre tiene miedo cuando

lo espera la mujer que ama? El claro rostro entre las trenzas y la negra mirada dulce, respondían con una voz pequeña que Luis no temería.

En la alta tiniebla invisible chillaron aves que huían del temporal. ¿Resistirían las estacas? La balsa se ladeaba imperceptiblemente. Gemía el alma de su madera herida. El aleteo de los rayos menudeaba, copioso como el aguacero. Oía bramar a la corriente casi como la resaca del mar.

Súbito brincaron botellas y latas de la repisa. La linterna colgante danzó, despedazando sombras y claridades. El piso se le escapó de los pies. Luis sintió que la balsa toda se torcía. Tuvo que cuadrarse para no ser derribado. No le cupo duda: la balsa se le largaba aguas abajo.

—Ah, Zaino maldito, ¿conque así eras?

Después en la confusión de la pulpería en que cada tarro y cada cajeta de fósforos se animaba de

horrible vida, Luis se desnudó, febril. Sabía de antemano cuál debía ser hasta el último de sus movimientos. Seguro que las estacas se habían desarraigado. Sus once mil sucres de mercadería, su vida, sus sueños, se los arrebataba el río a sepultarlos en el fondo de su fondo. Estaba como loco. Gritó:

—Tú o yo, Zaino.

Fue íntegramente desnudo y con cincuenta libras de cabo de cáñamo al brazo, y se echó de cabeza a las

aguas tenebrosas. El miedo le encogía el estómago. Pero Luis sabía que la única forma de ser valiente es vencer al miedo. Le repiqueteaba una frase que siendo chico le oyó al abuelo: "¡La gente no se pierde por sentir, sino por consentir!".

Las aguas del Zaino eran un aceite helado y viscoso. Previamente, Luis había amarrado la punta del cabo al puntal más firme de la balsa. Los relámpagos quemaban las corrientes. Al nadar, se rozaba

con guanchiches, con lechugas de agua y raíces a la deriva.

Al ver, al fulgor de una centella, cabecear la balsa, comprendió que todas cuatro estacas debían haberse desprendido. Quedaban, ahora sí, frente a frente, él y el río.

Todo temor se disipaba de sus sienes lúcidas. La necesidad de aprovechar su infinitamente pequeña oportunidad, con todo el empuje de sus puños, sus hombros, su vientre, sus muslos de acero y sus pies

aplastadoras, prendía un incendio en sus ojos. Si lograba vencer no sería el triunfo de su cuerpo de caucho bruto; sería la victoria de su cabeza y de su corazón. Masculló:

—¡Todo de una vez!

El Zaino, el río de mala alma, aceptaba el reto. La marejada torbellinosa, oliendo a caimán, envolvía a Luis. Las tinieblas le daban vértigo. Los troncos de la orilla en los que afincaba su esperanza, se le volvían más que

remotos, imposibles. Pasó por infierno de angustia en parpadeos de tiempo. Llegó a admitir que sus huesos se disolverían en el fango del cauce traicionero del Zaino.

Dado vueltas a un naranjo de doscientos años, el cabo de cáñamo, con un tirón atronador, detuvo a la balsa. Luis desfallecía. Sus rodillas se imprimían en el lodo del barranco. El río, a sus pies, seguía exhalando su piafar de potro recién domado.

Continuaba lloviendo rayos.

Quizás fuera verdad que misteriosos sémenes, originarios de ese río, preñaban a las mujeres. Mas, también era cierto que, pecho a pecho, un hombre, si se resolvía, podía vencer al Zaino.

El áspero nudo se apretaba ahora indesatable. Asfixiaba el vaho a caimán. A Luis le giraba la cabeza. Con cierta ironía, reflexionaba sobre qué frágiles bases se levanta el valor humano. Sosteniéndose en un garrasposo mogate, alzó torso y

cabeza. Los cabellos mojados le caían por la frente. Susurró:

—¡El hombre derrota a todo otro animal, aunque éste sea un río de mala alma!

Este es un Cuento de la Sierra y de la Mar, una Leyenda de los Indios sin España

Un joven Guayas, huankavilca, se internó una vez en la selva, persiguiendo a un zaino. Con tal ardor se lanzó a la cacería, que franqueó —sin sentir— barrancos y esteros, tembladeras y ríos, sabanas y lomas.

El carcaj le golpeaba el muslo al

costado; el arco de plazarte endurecido al fuego, con una flecha de guachapelí lista a tirar, se agitaba en su mano. Claramente oyó, por entre los macizos de caña brava o entre los troncos de palma real, el chillido de los micos burlones o la voz de los pericos-ligeros que invita al descanso. Creyó que hasta el mismo zaino le gritaba:

—Cógeme si puedes. Cógeme si puedes.

El viento le chafaba, en la

carrera, la pluma de cóndor de la frente. Pluma de cóndor abatido por sus flechas, en mejoras tiempos, allá en el andino Coyoctor. Cuando un guía, el zaino, lo llevó tras él, sin dejarlo darse cuenta de las horas, sin perderse de vista del todo y sin dejarse atrapar.

Al anochecer sintió frío. El zaino había desaparecido. Volvió la vista: en las planicies numerosas de su yunga nativa se hundía el Inti, el Inti enemigo de los ojos ensangrentados.

Bajo la tincullpa que le ceñía el pecho, le latió precipitado el corazón. Tal que allá abajo late la mar en el mangle. No padeció miedo: un Guayas de labios agujereados, jefe de los hombres, no puede temer. Mas se tubo: por el aire helado, por la tierra sin selva, por las errantes y asustadizas zorras de cola gruesa, conocía que estaba en tierra cañari.

El joven Guayas era —naturalmente— hijo de otro Guayas, Gran Jefe éste y hombre poderoso.

Fue él quien primero cubrió de belicoso achiote las caras huankavilcas en señal de guerra, negándose a pagar el tributo de cueros de venado, de especias y de vírgenes que exigía el Inka del Sur.

"—Ni al shiri de Quito, de frente verde, ni al borludo Inka de frente colorada del Kusco y Tomebamba, obedeceremos. ¿Con qué derecho quieren someternos a nosotros, hombres salidos de la mar? ¿Adoramos acaso a su Inti o a su

Quilla? Nuestro dios es del norte: se llama Vizcilipuztli, es el dios de la guerra, bebe sangre de hombres como todos los dioses Thlalocs... Hijos míos, librémonos del yugo del Inka".

Y como el viejo Guayas tenía tantos años como gotas de agua hay en las cabeceras del gran río blanco y tenía el pelo de la cabeza como las ardillas sabaneras, fue oído por las tribus unidas.

Los chongones de pétreos ídolos

y los daules de lanza y guayacán, los mangleros huankavilcas y los chonanas achiotados de pies a cabeza y los balseros punáes de la isla del golfo azul, se reunieron en agresiva junta a la sombra de un ceibo de mil años. El clamor de los guerreros fue tal que vibraron y se hicieron aristas los cristales de nieve de las cumbres amanecidas.

La imperial Tomebamba de populosas calles tembló. Por las calzadas inkas el kechua

conquistador esparció la noticia sin perdón, por todo el Tahuantinsuyo.

Sobre los altos torreones blancos del Kusco eterno, los sabios Amautas, hijos de los grandes Waris salidos del lago originario, se interrogaban en el idioma grave de los aymaráes:

—¿Quiénes son estos salvajes insumisos que turban la paz imperial?

—Son tribus de la tierra caliente: el poniente de Tomebamba; se dicen

hombres del norte y pretenden hallar su origen en nuestros hermanos mayas de más allá de la lengua de tierra que pasa entre dos mares.

—¿Lo mismo que pretenden nuestros enemigos, los Shiris de Quito?

—Sí, pero al contrario que los Quitos, estos son salvajes, hombres autóctonos, sin kipos, sin ayllus, que ni labran la tierra ni tienen ciudades llenas de Amautas, como nosotros...

—No pueden descender de los

sabios mayas nuestros hermanos.

—Todavía los Quitos sí: pues ellos en breve serán totalmente sometidos al Tahuantinsuyo, como los Cañaris.

—Los Huankavilcas, aunque salvajes, también serán sometidos al invencible poder del Inka.

Pasaban nubes sobre los torreones blancos, nubes rojizas bañadas por la luz del Inti ocultándose y empujadas por la brisa del Titikaka materno. Pero los

Amautas no las interpretaban como presagios.

En la noche, el joven Guayas fue aprisionado por los Cañaris. Con cuerdas de cabuya trincaron sus miembros. Arrancáronle de la frente la pluma de cóndor. Como hombre de la yunga ardiente que era, los dientes del frío le mordían la carne al marchar por los páramos, amarrado entre los guerreros del Inka. Al amanecer llegó a Tomebamba. Insultaba a sus aprehensores,

sentencioso:

—Campamento grande: campamento de cobardes.

Contestaban los otros, pues que Guayas les hablaba en lengua cañari:

—Los Cañaris tenemos la civilización del Tahuantinsuyo: nuestra ciudad está llena de Amautas. Los Huankavilcas son un rebaño de salvajes.

—¡Los hombres se amujeran encerrándose a vivir en los campamentos estables! ¡Los Cañaris

son esclavos de los kechuas del Inka! ¡Se tendrán que olvidar de la lengua cañari! ¡Se les impondrá el aymará de los amos! ¡Serán sabios pero no serán hombres!

—¡Cierra tu lengua de perro, runa estúpido!

El bullicio de la ciudad inmensa lo aturdía. Hombres y mujeres vestían trajes de lana de llamingo: él estaba desnudo y achiotado. Se aglomeraba el populacho a contemplarlo. Las armas de cobre y

los arreos militares inkaicos fulgían al sol. En los mercados se amontonaba la papa y el mote y los demás fragantes frutos del frío. El huankavilca mascullaba indócil:

—¡Campamento grande: campamento de cobardes!

La hija del gobernador inka de la ciudad vio pasar ante sus azoteas de palacio al bronco prisionero y se enamoró de él. Con ayuda de su nodriza compró a los guardias de largas trenzas y penetró a verlo de

cerca en el calabozo oscuro.

—Hija del Inti ¿qué quieres?

Ella le habló en aymará. El huankavilca no la comprendía. Sólo la voz le llegó al pecho: tenía una voz baja y dulce de una vocalización incomparable. Y era rosada como la carne de las nubes cuando el Inti nace.

—Me he apiadado de tu suerte, por eso he venido.

Respondió en cañari:

—No te comprendo. Háblame, si sabes, una lengua del norte.

—¿Estás triste en tu prisión?

—Estoy con furia: me vengarán los hombres de allá abajo de la mar. Yo soy uno de ellos: un hombre salido de la mar.

—¿Y qué es la mar?

—La mar...

—¿Qué es?

—Es azul: mi balsa es como una hija cortante en sus aguas, mi

canalete como una espada. La mar es madre. Acaricia y gruñe. Echa a la orilla amarillas flores de mangle. ¡Cómo quisiera dormir en su seno! Tener la boca llena de su amarga dulzura... Ella inclinó la cabeza, mirándolo.

—También amo la mar. Yo quiero conocerla. Huyamos. Llévame. Te amo...

—¿Me amas a mí, tu enemigo, Guayas de los labios agujereados, tú una cañari de piel clara? ¿Te burlas,

hija del Inti? ¿No sabes que voy a morir?

—No me burlo: te amo. Me gustas más que cualquiera de los guerreros Inkas, cubiertos de cobre, más que cualquiera de los bárbaros orejones. Te amo.

Y partieron, burlando a los guardias de largas trenzas en la noche negra en que sólo son blancas las nieves lejanas. La Tomebamba imperial era como de nieve tras ellos, en su cuenca entre cerros.

Atravesaron los páramos bejuqueados de viento. Descendieron por las heladas vertientes. Salvaron quebradas y precipicios. Una tarde llegaron a un río que no era de fondo de piedra: lenta agua verdinegra allí corría. La selva cálida empezaba.

Con una hacha de piedra de dos filos, abatió Guayas troncos y troncos. Los ató con fibras de zapán grueso. En la balsa se lanzaron río abajo.

—El calor, hija de Inti. ¿Tienes

fiebre?

—Tengo la fiebre de estar a tu lado y la fiebre de la mar, hijo de la mar.

Hacían sus jornadas navegando despacio los ríos que, al romper su cauce en la tierra dúctil de las llanadas, se volvían más anchos. Guayas hirió con su hacha la fauce recia de los caimanes gigantes, la torpe cabeza achatada de los tigres pintados, el rollo áspero de las serpientes sobrecamas, la cabeza de

las iguanas venenosas, el cuello flexible de las equis rabo de hueso. Con su canalete condujo la balsa por entre remolinos y revesas.

Salieron al fin al gran río blanco; juntáronse a las tribus de los pesqueros huankavilcas. La balsa dejó atrás los manglares, pasó la isla de los Punáes. Guayas tendió la mano y dijo, sencillamente, a la que sólo conocía la sierra eterna, señalando la mar eterna:

—Esta es la mar.

Este es un cuento de la sierra y de la mar, una leyenda de los indios sin España.

Los Fugaces Aromas

—¡Gonzalo! ¡Gonzalo! ¡Ven!

En la penumbra vaporosa, clareaban sus vestidos. De María Teresa, de diez y ocho años, a María ligia, de seis, enfilaban un rondador de siete carrizos esbeltos.

Aparté el libro y miré por los vidrios. Un fulgor lila aureolaba los árboles. Abrí el balcón. El frío olía a mil presencias de aromas, pero sobre todo a menta. Al asomarme, mis

primas me llamaron desde el jardín.

—La noche está primorosa, Chalo: ¡baja!

—¡No ahora, siete cabrillas! —respondí—. Estoy leyendo.

—Vamos hasta el río antes que llamen a la merienda.

—Si fuera de veras tal vez bajaría...

—¡Si nos acompañas, seguro que nos ranciaremos!

Pasábamos, como siempre, las

vacaciones en la granja de la abuela. Desde niños amábamos la casa fragante a capulíes, el vergel, los panales, el campo claro de la aceña y los tréboles en las orillas. Para mi gusto, por el río bien valía la pena abandonar un rato el mundo mágico de la lectura.

Otra voz más, bromeó:

—¿Y tú te fías de promesas de mujeres?

—¡Ah, con que son de esas! Yo no voy.

—No harás caso a esta filática de Eva.

—¡No seas rogado! ¡Iremos, te lo juramos por la Dolorosa!

A ojos vendados yo diferenciaba las voces de mis primas. Más que el río que atraía la que lo nombró: María Estela, con quien contábamos iguales trece años. Incluso habíamos nacido un mismo día y casi a la misma hora.

—La luna llena estará blanqueando sobre los sig-sigs de la

otra orilla...

Estela sabía que me encantaba el río. Sabía todos mis gustos. Sabía, quizás, hasta que el primero era ella misma, en pugna con mi presunta vocación de cura. Y acaso, ambos sabíamos que sabíamos.

Salí del cuarto de estudio. A trancos descendí las gradas. Crucé el estragal tenebroso y surgí al aire libre. El jardín, los céspedes, el viento, las muchachas y hasta las rosas, me olían a menta. Para mis

ojos noveleros, mis primas semejaban apariciones.

—Así tan calladotas me han parecido los ángeles custodios del Santo Grial.

María Eva se mofó:

—Compararás con los ángeles a Celeste que es santita, o a Ligia, por huambringa, pero no a la carishina de Estela o a Remigia que, tan grandota todavía moja la cama. Y lo que es a Zoila, como chola, diablo mismo parece!

Zoila era la menuda sirvientita india, de cabeza rasurada, cocola. Remigia se irguió, hecha una avispa:

—¡A vos tampoco que robáis el pioquinto de la alacena y le murmuráis a las monjitas!

—¡Callen, callen, bobas! —respondió Teresa—. Vamos pronto al río.

Corrimos por el vergel. Íbamos cogidas de la mano, sofocadas, alegres con la noche y con las savias de nuestros años cortos. Bajamos el

chaquiñán. Las lumbres de las chozas jugaban al escondido entre los troncos. Esparcidos a puñados, los ninacuros electrizaban los follajes.

—¡Cómo huele la menta! ¿Respiran? —preguntó Estela.

Con tono ahogado, Teresa le contestó, siempre corriendo:

—Hay sobradísimas matas: son de la abuelita, sembradas por sus manos...

Picaras de todos los tamaños, redondeadas o chatas, pulidas o

musgosas, se amontonaban en el rincón de playa a donde salimos. Estela había callado. Sus pasos coincidían con los latidos de mi pecho. Me atraía más que nunca, vertiginosamente. De pronto volvió hacía mí el vago alabastro de su cara.

—¿Qué es el Santo Grial, Gonzalo?

—Es la copa de oro en que José de Arimatea recogió la sangre sagrada de Nuestro Señor Jesucristo,

pero es también el símbolo del Espíritu Santo, la señal de Dios en la tierra, el ideal... —dije, un poco confuso, con recelo de no atinar a explicar.

El resonar perenne del río, arreaba el rebaño de espumas hacia las tinieblas.

—¿En qué libro leíste del Santo Grial?

—En uno que se llama Los Caballeros de la Tabla Redonda: eran doce con el Rey Arturo, que

vagaban buscándole para rescatarle.

—¿Quiénes le retenían?

—Los moros o paganos, pero mejor he de darte a que leas vos misma, Estela.

La fragancia a menta se hacía más aguda.

—¡Qué noche! ¡Es todo Julio, todas las vacaciones! —nos dijo Teresa, sentándose en una piedra alta. Al echarse hacia atrás, se le desciñó el chal y se le empinaron sus senos, como queriendo romperle el

vestido. Aturdido, temí el pecado de mirarlos. Me consolé, prometiéndome que me lavaría de él en octubre, al confesarme antes de clase. ¿Cómo serían los senos de Estela, que no se le encabritaban tanto? Me descorazonaba mi perversidad. Un anhelo presuntuoso me impulsó a baladrar:

—¡Si el Santo Grial estuviera aún en el mundo, yo me permitiría ir a buscarle y a combatir por recobrarlo!

Teresa me miró, descubriéndome:

—Entonces ¿qué mismo quiere ser, guerreante u ordenado?

La pregunta me desconcertó. Sin verlos, sentí los ojos dulces e interrogativos de Estela, envolviéndome magnéticos.

El viento remecía las copas de eucaliptos, alisos y nogales. De repente comprendí que era de Estela, de sus cabellos, de su boca, de su cuerpo, de sus ropas, de donde

provenían el aroma de menta.

—No son las matas del jardín, sino tú, lo que tanto huele a menta ¿verdad, Estela?

—Será de lo que enantes masqué unas hojitas...

Alcé a contemplarla y, aunque ruborizada, me sostuvo la mirada. Teresa se rió suavemente, sin explicar por qué. Luego torció:

—No es sólo de las hojitas que has mascado... Todas las personas exhalamos un olor particular,

nuestro, propio, y vos, Estela, siempre hueles a menta.

—Yo no percibo, ñaña, pero vos sí, todo el tiempo derramas vainilla... Respírala, Gonzalo, por el cabello, la cara, la oreja.

Me allegué, e involuntariamente mi mejilla rozó la de Teresa. Era cierto: ella despedía hondo y cálido vaho de vainilla. Evocaba las arboledas ardorosas, de las haciendas de los yungas o valles calientes. Era la mayor de mis siete

primas María: alta, de talle de bejuco, labios encapullados y dorada piel canela.

El aroma de Teresa me incendiaba la sangre. Me atraía. Me hacía recordar los gruesos muslos, tersos y oscuros, de las indias, a las que había visto cruzar los vados, con las faldas arremangadas; o, a las lavanderas desnudas de cintura arriba, con los pechos de bronce orondos al sol, afanadas despercudiendo ropa en los

pedregones de las retorcidas orillas de los ríos.

¿Había sido, en realidad, tan exclusiva de mi madre la promesa votiva de mi sacerdocio? Sin duda nació en ella. Mas, mi apasionamiento, mi afán de consagraciones absolutas, y mis divagaciones y lecturas, la convirtieron en espontáneamente mía. Recuerdo que deseaba ser cura para procurar elevarme a santo.

—¡Santito! De mayor ha de ser

santito y nos hará milagros...

—¡Linditico! ¡Parece un mismo San Luis Gonzaga!

—¡Caritativo! Ñañito de los ángeles.

—¡La devoción con que reza! ¡Quierde otro como él!

Esta letanía de las mendigas, alabándome las mañanas de los sábados, al recibir sus limosnas, en el zaguán de la casa, influía en mí. No me envanecía. Me incitaba al misticismo. Las sirvientas

corroboraban: —¡Le oyeron orándole con qué fervor a la Salve! Es devoto de Nuestra Señora.

Colgaba de la cabecera de mi cama una estampa de la Virgen María. Era una reproducción del cuadro de Leonardo de Vinci, "La Virgen de la Hostia". Yo lo veía como un retrato de mi madre embellecida. Me arrebataba en éxtasis antes de dormir y en diáfano júbilo al despertar. Aquella cara era para mí la prueba viviente de que

existen en el mundo la pureza y la dignidad.

—Dios te salve, reina y madre... A los cinco años vi un mendigo indio. Casi no pude dormir una semana. Hablaba. Por ello, a pesar de su rostro seboso, sus llagas agusanadas, sus piojos y su mirada estúpida, no me avine a creerlo un animal más, como los burros, las ovejas o los chanchos.

Rápidamente observé que aquella roña no corroía sólo a los

pordioseros. Todos los indios vivían lo mismo, si eso era vivir. Las chozas de lodo, los harapos, el hambre, los chiquitines agobiados de trabajo. Los tejedores de sombrero vertiendo sangre por los ojos y los demás escupiéndola, fueron para mí pesadilla.

¿Quiénes sino Nuestro Señor y su Madre Santísima podrían curar esa lacra, que era una blasfemia contra ellos? El padre Mortier nos enseñaba a leer juntos a María Estela y a mí.

Nos regalaba pastillas de chocolate y figuras de santos. Nos contaba que los salvajes de la Polinesia y África andan desnudos porque aún no se les predica el cristianismo. Por él supimos que los polos son helados y que allí la mitad del año es día; la otra, noche. Sinceramente, yo deseaba ser santo.

La Última Erranza

Antes de entrar al pueblo, la carretera cruzaba un puente. Abajo, encajonado en la quebrada, rodaba el rio. Heinrich se asomó a la barandilla. Aunque meditaba la posibilidad de tirarse por allí, no experimentaba la famosa atracción del abismo.

—¿Aquí es Guadual?

—Aquí mismo, patroncito, pasando la puente —contestó el

indio, sonriendo. A Heinrich le pareció que igual habría sonreído el asno que arreaba.

Había preguntado por hablar con alguien. Conocía Guadual, la villa de blancas casas y rojos tejados, de la que le venía un olor a humo de leña de eucalipto, en el frío atardecer.

Un rato siguió con la vista la pelambre, el poncho raído y los talones polvosos del indio.

—¡Este está peor que yo! —se dijo.

Y se notó que el largo tiempo de hablar casi exclusivamente español, no lo había hecho dejar de pensar en alemán.

A la entrada de la callejuela, estaba un automóvil. Heinrich se reflejó cabezudo en el cromado portallantas. Entre los cabellos y barbas enmarañados, la frente y los pómulos le brotaban marfileños. Confluyendo, lo abrumó, la última abominación, el tufo de su propio cuerpo sin baño. Era tan atroz como

el hambre vergonzante .

No probaba un mendrugo en dos días, desde que salió de Cuenca. Viajaba a pie hacia Guayaquil. A su llegada a Ecuador, Heinrich se había radicado en Cuenca, porque allí residía Walter Nussbaum, un hermano de su padre, que emigrara desde que tomaron el poder los nazis. Al partir, le había regalado una bicicleta a Heinrich, que entonces tenía diez y seis años. Los Nussbaum, en Nurenberg,

tradicionalmente, se dedicaban a la industria de juguetes. A Walter, Cuenca le gustaba por su clima delicioso y por su paz. Instaló allí una pequeña fábrica. Prosperaba. Se había casado con Rosita Heredia, una ecuatoriana de veinte y cinco años menor que él.

Walter acogió a Heinrich, cordialmente. Le facilitó trabajo. Lo hospedó en su casa. Pero desde el principio no se avinieron. A Heinrich no cesaba de martillearle el ritornelo

del hermano de su padre.

—¡Eres peor que un ecuatoriano! ¡Eres igual a los indios! ¡Si no me hubieras tenido en América ya te habrías muerto de hambre!

Al fin, rompieron. Heinrich calló. Walter vociferaba contra él ante todos los conocidos. Los pocos otros semitas que vivían en Cuenca, insinuaban que algo tendría que ver en la disputa, la joven esposa del mayor de los Nussbaum.

Cuenca era una ciudad de

cincuenta mil habitantes y cien templos católicos. Su antipatía a los hebreos no era racial sino religiosa. Le fue imposible a Heinrich obtener nueva ocupación.

No se marchó. Primero, esperaba emplearse. Luego, ya le faltó dinero. Para comer, malbarató la estilográfica, los ternos y los libros en francés. Los libros en alemán nadie los quiso. No tenía amigos. Estaba solo, pero solo en el mundo. Pero la miseria verdadera sólo lo

había vencido haría un mes.

De pronto se halló hundido: sin pan, sin techo, en harapos. Su nítido aseo, su pasión de leer, su alegre sonrisa contenida, de soñador, que atraía a las mujeres, todo naufragó. Ni las calles le quedaban: los chicuelos lo seguían, tirándole piedras.

—¡Vele, vele al gringo loco!

—¡Judío! ¡Judío! ¡Vos le matasteis a Nuestro Señor!

—Hele ve, oíle lo que conversa

solo...

Escuchó a un grandulón explicar:

—¡Les han corrido de su tierra porque mataron a Dios!

Dormía en una orilla de arena, bajo un puente. Por más que se tapaba con periódicos, lo descuartizaba el frío. Los policías lo correteaban. Suponía él mismo que el no comer, la intemperie y la soledad lo tenían un poco transformado.

Siendo una víctima del racismo,

siempre se había reprochado su involuntaria repulsión por los indios. Una tarde, una india vieja, vendedora de pan había sacado uno de su canasta y, envolviendo a Heinrich en una inmensa mirada de madre, se lo había tendido.

Estaba él sentado al borde de una acera. Asombrado, contempló el barro mal desprendido de la tierra, de aquella cara que ni supusiera humana. Dudó. Se paró de un salto. Y apretando el pan contra el pecho,

corrió, llorando a gritos, en roncos sollozos varoniles, que alarmaron el barrio del Carmen, sumido en quieto y dorado morir de sol.

Para sus pies fatigados, Guayaquil se hallaba tan remota como Nurenberg y la casita Aathenan Strasse 27, donde fue feliz. Los nazis le cambiaron el nombre por Rosenberg Strasse. Un borrón de sangre cubría en su memoria lo que allí vivió, poco antes de escapar y venir a América.

Al emprender la caminada, soñaba ganarse la comida ayudando a las faenas agrícolas. Pero nadie trabajaba. La bubónica asolaba las tierras. Sólo encontraba chozas abandonadas. Columbraba carroñas que se peleaban los perros y las aves de rapiña nativas llamadas curiquingues. Sobre las cresterías azules se empenachaban columnas de humo: la Sanidad quemaba los corrales y viviendas apestados.

Heinrich se cruzó con cortejos de

campesinos plañideros y borrachos que iban a enterrar sus muertos. Aquellos dolientes comían y bebían. De pedir, de seguro le habrían dado. Pero Heinrich era demasiado orgulloso y tímido para mendigar. Además, hasta allí había rechazado la tentación del robo.

Decidió, por fin, entrar a Guadual. Avanzó por la callejuela. Tal era la soledad que se podría oír crecer la yerba. La inmovilidad de los cerros resaltaba hasta el vértigo

el vuelo de las nubes. Los muros, las cercas, las puertas, las luces débiles, rodeaban a Heinrich con el temblor de niebla de la frágil diafanidad del ayuno.

Las acequias susurraban. Amaba el fluir apacible de estos arroyos medievales de los pueblos andinos.

—¡Alemania! ¡Alemania! —se masculló. La angustia de Alemania se confundía en su pecho con la angustia de su madre, asesinada por Alemania.

Tras una tapia le ladró un perro. Olió comida caliente. Calles adentro, la campana de una iglesia dio una hora. Le oprimía el estómago algo como una piedra muy pesada. Tuvo que apoyarse en una fría pared polvorienta.

—¡Señor! ¡Señorcito! Ayudaráme...

Era una mujer que salía de una choza: una campesina no india, de esos campesinos a los que dicen chazos. Era alta y blanca. Vestía

falda oscura. Se envolvía en un pañolón. Por los hombros le caían largas trenzas. La voz le temblaba.

—¡Por el amor de Dios!

—Quiero ayudarla, señora... Diga en qué.

Ella se contenía, sollozante:

—Dios no querrá que le pase nada... Pero, si recela, mejor será que no...

Heinrich no conseguía casi hablar. Ya no tintaba. Ahora se le

engarrotaban las mandíbulas.

—Nada temo. Quiero ayudarla. ¿Qué debo hacer?

—A darle tierra a mi marido que murió esta tarde. Soy sola, estoy sola... Sólo éramos los dos en la vida. Yo, yo... No quiero mentirle: él murió de peste...

La mujer se acercó más.

—¡Jesús! ¿Qué mismo le pasa? ¿Está con la peste?

Si a Heinrich no se le encendía la

cara, sería por no tener ya sangre. Balbuciendo, confesó su hambre, su viaje a pie. La mujer lo tomó por el brazo. Adentro, flameaba rojizo candil. Un velón de sebo cincelaba la cabeza roqueña del muerto. Oprimíanse, diferenciados, aroma de altanizas quemadas y denso hálito de fiebre y ropas sucias.

—Ha de comer algo, de no, no tendrá fuerzas. No, no es que me ha pedido: yo de mí le ofrezco y no de paga ni de limosna. ¡Si los pobres no

nos ayudáramos!

—No se cobra por enterrar a un hombre, cuando uno no es enterrador.

—¿O es que le repugna mismo?

Casi lo asustaba la delicadeza inteligente de la chola.

—No, no es eso. Bueno, acepto, señora.

—Me llamo Rosa. ¿No es del país usted, no señor?

—Me llamo Enrique y soy de muy lejos.

¡Qué casualidad rara que ella tuviera el mismo nombre de la mujer de Walter! Debía callarle que él era judío. Un poncho cubría al recio cuerpo yacente en la tarima.

—No somos de aquí sino de Cuenca. Por eso no tenemos familia ni conocidos. Habíamos venido recién a cultivar una chica chacrita.

Heinrich no sabía qué decir. Rosa añadió:

—Vendrá acá afuerita a darle de nuestro cucayo.

La luna se había alzado enorme. Rosa lo hizo sentar en el poyo de tierra del soportal. Heinrich comió despacio el maíz cocido y la carne salada.

Cuando terminó, se pusieron a abrir el hueco, en el maizal, tras la choza. El cavaba, ella extraía la tierra con una batea. La comida y el esfuerzo transfundían calor a Heinrich.

—Desterronaremos bien hondo a que no alcancen a hocicarle los

perros.

Al reposar el muerto bajo el humus y una improvisada cruz de palo, a ambos, cumplido su propósito, les pesó el silencio de la noche, verdosa de bubónica. Entonces parecieron temerse mutuamente.

Heinrich se despidió. Le dijo que seguía al pueblo próximo. Quizás lograría introducirse en el tren del día siguiente. Al estrecharle la mano, Rosa le deslizó unos centavos. El

sintió que no podía rechazarlos.

La luna se volvía una luz opaca en la frente de Rosa. Le enviaban una súplica de niña asustada, los negros ojos doloridos que tanto le gustaban en las ecuatorianas.

Caminó, atravesando el pueblo. La soledad le precipitaba de nuevo en los oídos el clamor de su miserere. Volvería y le pediría a Rosa que le permitiera acurrucarse en el portal. La iglesia tocó otra hora. Heinrich se percibía en una

cima. Estaba, sí, peor que los indios. Ante el dolor, él los creía casi animales. Y él, aunque acosado, era un hombre en ejercicio de espiritualidad. Un interlocutor interno le añadió burlonamente:

—¡Y un cerdo judío!

No recordó las befas inocentes de los rapazuelos de Cuenca. Le estallaron en los oídos los ecos de las voces ponzoñosas de los nazis.

Transmitían su veneno no por las palabras sino por el sonido. Su

discordancia no era humana ni animal. Evocaba el vasto rumor de un aguacero de gargajos. O era como si un micrófono agigantara el rebullir larvario de miríadas de bacterias.

No se explicaba Heinrich por qué las peores de esas voces, fueran las de las mujeres. Raspaban con un maldito chirrido de racimo de murciélagos, alarmado por un rayo de luz. A través de su metal cascado de odio, él reconocía, más viscosa que todas, las de algunas muchachas

estudiantes amigas, Elsa Loeve, Amalia Schmidt, Frida Stein, convertidas en amazonas nacional-socialistas.

Aquél coro se le desgalgaba físicamente en las orejas. Pero él sabía que nacía entre las paredes de hueso, de su cabeza. ¿Necesitaría comer más?

En la plaza, damero de adoquines desiguales, la iglesia de piedra se erguía hacia la luna, como una enorme joya helada, construida en

material de la misma luna. Se halló ante una tienda mal alumbrada y entró.

—Véndame... A ver... —y Heinrich hurgó en los bolsillos los centavos que le diera Rosa—. Véndame real y medio de pan.

El cholo, soñoliento, de pie tras el mostrador, abrió un cajón. A Heinrich allí dentro se le aliviaba el frío. Un vaho de manteca rancia parecía provenir del bombillo eléctrico sucio.

Al entrar, había pasado al lado de una mujer sentada a la puerta. Un pañolón bajo el cual abrigaba las manos, la envolvía. Ahora, ella se levantó de pronto. Miró y con un retintín de inquietud preguntó:

—¿Cuánto de pan, pues, dijo?

—Real y medio —informó el dependiente.

La mujer dio la espalda y salió. Heinrich tomó los panecillos, duros, como congelados. Lentamente, traspuso la salida. El aletazo de un

poncho y una mano atenazándole el hombro, lo sorprendieron.

—¿Vos sois el judío?

El aliento del emponchado era tan aguardentoso que habría ardido si le prendían un fósforo ante la boca. Heinrich se soltó de un tirón.

—¿Qué? ¿Qué le pasa? ¿Qué se le ofrece?

—¡Decí quién sois!

—¿Y a usted qué le importa?

En segundos una veintena de

personas los rodeaba. Abundaban mujeres y muchachos. El emponchado de arrebatada carota, volvió a echarle la zarpa al hombro.

—¡Verán la prueba! —gritó a la gente que aumentaba, agolpándose—. A ver, decí la verdad: ¿cuánto acabáis de comprar de pan, donde la Maño?

La pregunta, el emponchado, la chusma, le resultaban a Heinrich un sueño extravagante, quizás un delirio famélico.

—Pero ¿qué quieren? ¡Déjenme en paz! No me meto con nadie. ¿Qué quieren?

—¿Cuánto comprasteis de pan? —le repercutió el otro, zarandeándolo.

***

En la primavera de hacían cinco años, Elsa Loeve, en la piscina de la Universidad, riendo nerviosa, le palmeaba los hombros y los pectorales tostados:

—¡Qué fuerte eres!

Elsa era tan blanca que hacía cerrar los ojos. Vestía un traje le baño de moda: pórtasenos y calzoncito leves, de jersey rojo. ¡Qué fuerte, en verdad, era él, Heinrich, entonces! Y cómo lo había consumido la miseria! ¡Y Elsa era nazi!

Estalló:

—¡Bey, majadero! He comprado quince centavos de pan ¿y qué?

El otro brincó de alegría, pateó el suelo:

—¡Ajá! ¡Ajacito! ¡Diosito lindo! ¿Vieron? ¡Es él! —vociferó, llorando a carcajadas, gesticulando.

—¡Es él! —repitieron cincuenta voces unísonas.

El aliento de esa turba sopló a la cara de Heinrich el mismo tufo de fiera que, de tarde, abominara en su propio cuerpo privado de aseo.

—¡Es él!

Meses de manos lo amenazaron. Veía, con una proximidad tan lacerante como un mordisco en una desolladura, los rostros amoratados, contraídos por una rabia heredada como la savia en los árboles y la sangre en los hombres.

Una piedra que —cosa rara— no le dolió, retumbó contra su pecho. Un escupitajo le latigueó la frente. El emponchado le soltó el hombro y empuñándole la muñeca, le torció el brazo, lanzándolo de bruces.

Se revolvió y yació de espaldas y el cielo era inmenso y remoto como no puede concebirlo la mente. Puntapiés, guijarros, salivazos y gritos le menudearon.

—¡Ahora sí que le vengamos a Nuestro Señor Jesucristo! ¡Piedra! ¡Piedra!

—¡Acabémosle al judío y así Guadual será pueblo bendito!

La dueña de la tienda, desceñida, jadeante, sacudía el puño frente a Heinrich:

—¡Patentitas, Diosito santo, todas las señales: le acompaña la peste, se pierden los huahuas, asoma en los cielos la planeta, y él carga siempre en el bolsillo real y medio! ¡Es él! ¡Le agarramos al judío condenado que le negó agua a la sed de Nuestro Señor y anda que anda por el mundo!

La Maño barbotaba espuma. Alguien, con un hierro, descoyuntó las rodillas a Heinrich. Le punzaban una axila, cosquilleándole

intolerablemente. Una mujer, cubriéndolo con su cuerpo voluminoso y caliente, le metió la mano a la bragueta y lo apretó hasta el filo de la agonía.

Pero nada lograba distraerlo del horror mental ante aquellos seres que, confundiéndolo con Ashavero, surgían a apedrearlo desde la tiniebla de los siglos muertos, desde el fondo de hacía dos mil años.

Oía, oía a la Maño continuar su lúgubre cotorreo. Por escucharla se

desentendía de las nuevas pedradas.

—¡Aquí está mi comadre Encarnación, que no me dejará mentir y que juntita conmigo y las otras vecinas, en la vigilia en la panadería, leíamos el libro "El Judío Errante", donde se puede estudiarle a este verdugo, matador de Dios!

—¡Muere! ¡Muere, judío! ¡Piedra! ¡Piedra!

Una desgarradura eléctrica rompió la cueva de luna de la noche. ¿Era ya morir? Le apartaron el brazo

con que protegía la cara. Le echaron un puñado de polvo en los ojos. El ardor raspante le inundó los párpados y lacrimales.

Nació a la sombra eterna. Desde ella, humildemente, creyó comprender. Cumplía él el destino de los suyos. Admitía, en un misterioso sentido, que él, Heinrich Nussbaum sí era . Muriendo realizaba lo que estaba escrito. Su anónima muerte, con los otros millones de muertes anónimas, tal vez era el fin del

anónimo viaje por los siglos.Ashavero

—¡Piedra! ¡Piedra, que todavía patalea!

Todo él lacerado y con las visceras vueltas afuera, desolladas vivas, su ánimo fulgía en efímero centelleo de relámpago. Sin pasar cuentas aceptaba la herencia. Ser judío era sencillamente ser hombre. Judíos fueron Judas y Shylock, pero también judíos Jesús y Marx. En cada magnate y en cada rebelde,

alienta un judío.

"Y se quedó Jacob solo, y luchó contra él un varón, hasta rayar el alba. El otro le dijo: ¿Cuál es tu nombre? El respondió: Jacob. El otro replicó: en adelante te llamarás Israel, porque has peleado con Dios y con los hombres y has vencido. Y vio a Dios cara a cara y fue librada su alma".

No se quejaba. Mas ¿de qué estaba seguro? El mismo hierro acaso con que le quebraron las

rótulas, le cayó sobre el cráneo, fulminante.

Abril, 1946

Notas

1. Judío errante: es una figura legendaria de cierta literatura cristiana. La leyenda relata que un personaje judío (su caracterización concreta varía según las versiones) negó un poco de agua al sediento Jesús durante el camino hacia la Crucifixión, por lo que este lo condenó a «errar hasta su retorno». Por tanto, el personaje en cuestión debe andar errante por la Tierra hasta la Parusía.